



DE LA ESTANCIA DE SUS MAJESTADES

::: :: EN SÁNTANDER ::: :::

La Reina Doña Victoria, visitando uno de los submarinos españoles anclados en la bahía santanderina (Fot. Del Río)

LOS DESAPARECIDOS

UN telegráfico fragmento de cierto informe de la Policía londinense, reproducido hace muy pocos días por toda la Prensa, se tronca para el comentarista de las actualidades con aquella parte del crimen que aun tiene en carne viva la curiosidad hispana anterior al descubrimiento del cajón macabro, es decir, á los meses durante los cuales, oficialmente, Pablo Casado no era un muerto, sino un desaparecido nada más. Las desapariciones en la capital de Inglaterra adquieren, según confesión policíaca, el promedio diario de veintidós. Y en estos tiempos, en que hasta la Aritmética se ha hecho hiperbólica, la cifra nos parecería casi mezquina, de no ir aplicada á un capítulo, que abre hasta á las imaginaciones más tímidas, alucinadoras perspectivas de misterio, de dolor y de delito.

Ya hace años, con motivo de un informe semejante emanado de la Policía neoyorquina, Alfonso Reyes escribió un sagaz ensayo, saturado de extrañas sugerencias. Para el hombre normal, aristócrata, burgués ó proletario, la idea de ser arrebatado á sí mismo, por decisión propia ó por mala voluntad ajena, subvierte todas las garantías del progreso. Apenas si cabe en su fantasía, y si se presenta á su mente alguna vez con los desdoblamientos necesarios para infundirle el pavor, hermano del pavor de morir, pero más extraordinario todavía, de que la idea está llena. Morir es el fin inevitable, y todo modesto «yo» se consuela, sin darse bien cuenta de ello, con dejar en el cementerio la efímera «fe de muerte» de una losa bajo una cruz. Pero desaparecer es algo más terrible. La desaparición es como la sombra del esqueleto de la muerte. Quien desaparece puede haber muerto ó haber expulsado de su funda carnal el alma primigenia para aceptar ó adoptar otra.

¿Que la metamorfosis es peligrosa y difícil? Sin duda. Mas no tanto: ahí están las estadísticas policíacas. De una parte tratan de impedir la inscripción del Registro Civil, las autoridades ciudadanas, la pequeña curiosidad pública; pero del lado opuesto la favorecen el carácter cada vez centripeto y egoísta de la vida contemporánea, la complejidad de las grandes urbes, la imposibilidad de cada uno, dadas las exigencias de la lucha vital, para transformar la curiosidad, que dura unas horas, unos días, en filantrópico ariete de investigación capaz de horadar el túnel del misterio.

Esto es desconsolador, terrible, y también innegable. Si el asesino ó asesinos de Pablo Casado hubiesen tenido lugar donde enterrar sus restos para siempre, como lo tuvieron para guardarlos durante cuatro meses, la extrañeza de la desaparición, agitada apenas entre un grupo escaso, habría sido en unos días más borrada por los grandes disolventes del tiempo y el olvido. Y en ciudades como en París, Nueva York ó Londres, empero las multiplicaciones policíacas, la trágica prestidigitación de seres humanos ha de ser mucho menos difícil.

Pero, ¿quiénes son y adónde van esos seres arrebatados de la vida, ó, por lo menos, de su

vida? Arcano. Con un granito de la fantasía de Wells sería hacedero imaginar en un remoto lugar del planeta una ciudad de inconformes. La realidad dará, sin duda, elementos acaso más dramáticos y menos homogéneos.

De esos desaparecidos, el crimen impune absorberá cerca de la mitad, y el resto habrá de dividirse entre los forzados por un delito propio á cambiar de estado civil, y de otro grupo, el menor, el más interesante, de los movidos por una dolencia turbadora ó por un anhelo extraño. La lectura del informe policíaco *in extenso* causaría estupor á la inmensa cantidad de seres tan satisfechos y celosos de su propia personalidad, al notificarles que esos desaparecidos, esos premuertos voluntarios, no se reclutan sólo entre los parias. Muchos hay que para entrar y perderse en la zona oscura abandonaron un hogar de apariencia feliz, un empleo pingüe, la protección de un capital incrustado en las entrañas áureas de un Banco. Y es que, á pesar de la fuerza uniformadora de la civilización, y á pesar de las potencias largas y rápidas de la sociedad, el individuo posee recónditos resortes, contra cuyo designio tenaz y sinuoso todos los anzuelos sociales se mellan. ¡Y hay quien se queja de no poder hallar protagonistas novelescos en la vulgaridad de la vida actual!

La historia de cualquiera de esos semilocos ó superlucidos capaces de un suicidio civil y de una resurrección no sahumada de hedor á tumba, cual la de Lázaro, sino ágil, burlona, orgullosa de milagro divino, bastaría para justificar á un novelista. Entre los veintidós seres á diario desaparecidos en Londres, dos ó tres, por lo menos, habrá ajenos á todo crimen y á toda persecución por deudas. ¡Qué irónica fuerza de voluntad la precisa para contemplar su cadáver social perderse en la fosa común; para volverle por completo la espalda á un pasado rico, cuando no en afectos, en costumbres; para nacer, adulto ya, sin acordarse nunca más de la otra infancia; para desfigurarse las facciones del rostro y del alma hasta poderse presentar sin miedo ante los conocidos de antes!... Pero no hay cuidado de que esas vetas vivas del gran secreto humano se nos revelen. Sería menester juntar al novelista, al detective y al sociólogo. Salvo contadas excepciones, los novelistas de gran éxito no escriben para los curiosos capaces de interesarse directamente en una acción sutil, sino para la blanda curiosidad de los vulgares. Y escriben en su despacho con muy poquita imaginación y unos cuantos recuerdos de su propia vida. Schopenhauer decía: «La verdadera labor del novelista no es narrar sucesos extraordinarios, sino revelar lo que de extraordinario tienen los cotidianos y menudos.» Ellos, apoyándose en el ingenioso y agrio filósofo hasta tirarlo por tierra, en lugar de irse á buscar increíbles historias de desaparecidos, prefieren ponerle un hábil multiplicador á la nimiedad con que las grandes pasiones son falsificadas cada día.

A. HERNANDEZ CATA



El Palacio Nacional de la Exposición de Barcelona en su fantástica iluminación nocturna

ASPECTOS

La Exposición de Barcelona y las industrias

LA Exposición Internacional de Barcelona —dice el *Journal de Genève* al comentar la importancia de los dos grandes certámenes españoles— tendrá un carácter distinto, que le dará no sólo la aportación casi exclusivamente europea, sino el mismo carácter de la ciudad. La industria estará ampliamente representada.»

Al mismo tiempo, un escritor austriaco declara en una de sus crónicas vienesas destinadas a la Prensa española: «Nuestra ambición consiste en intensificar nuestro comercio con España.»

La prensa extranjera expresa estos días, en general, su deseo de que la Exposición de Barcelona tenga amplias repercusiones en los mercados industriales del mundo. Así, no es de extrañar que toda esa expectación, saturada de sincera simpatía, haya extinguido en el acto el eco de viles campañas interesadas.

Las cosas no podían ocurrir de otro modo. Nuestra Exposición no es un hecho local y aislado. Su universalidad la coloca en un plano elevado de coincidencia de intereses, y su carácter eminentemente europeo y marcadamente industrial hacen de su vasta zona un refugio neutral, al cual se acogen, con idénticos derechos, todas las actividades del mundo de la producción.

Es posible que muchos no se hayan dado cuenta todavía de la trascendencia de este aspecto de la Exposición. En general, la actitud expectante del público se muestra reducida por la parte externa de esos magnos concursos. La masa advierte claramente lo que tienen de inusitado festejo internacional; percibe la brillantez extraordinaria de los núcleos urbanizados con sus soberbios palacios y suntuosas avenidas; pero la eficacia práctica que se desprende de esta clase de manifestaciones suele pasarle inadvertida.

Y, no obstante, los hechos nos demuestran la repercusión que una Exposición Internacional de la índole de la que se dispone a celebrar Barcelona suele tener en la vida de los pueblos.

Si los barceloneses comparan lo que era su ciudad antes de la primera Exposición Universal y lo que ha llegado a ser después de ella, no necesitarán otros argumentos para convencerse del impulso que nació de aquella inolvidable manifestación colectiva.

Un caso de influencia bien determinada de una Exposición reciente nos lo ofrece la de Artes Decorativas celebrada últimamente en París. No es necesario insistir demasiado para demostrar que dicho certamen ha incorporado plenamente a la normalidad las iniciativas del arte nuevo que hizo sus tímidos balbucesos iniciales a orillas del Sena.

Ante esta perspectiva, no tenemos más remedio que aceptar de antemano el amplio margen de posibilidades de renovación industrial que han de incubarse indefectiblemente en la vertiente de Montjuich.

Porque es indudable que mientras la muchedumbre se entregará frívolamente a gozar de los festejos innumerables que se le brindan en el recinto de la Exposición, las minorías de estudiosos, que son las que impulsan el progreso, recorrerán, un día y otro día, las salas donde han de ser exhibidos aquellos adelantos de la técnica indispensables a la evolución de las industrias.

La maquinaria moderna, al hacer gala de sus últimos adelantos, ¿no será un estímulo para la renovación adecuada de esas industrias que, por estar estancadas en sus rutinarismos, tienen que renunciar forzosamente a llevar a los mercados consumidores legítimas competencias?...

El núcleo industrial de nuestra Exposición, con su monumental palacio de las Artes Industriales y Aplicadas, puede ser—será inexorablemente—el punto de partida de una nueva Cataluña industrial perfeccionada y libre del lastre de ancestrales rutinarismos que hoy dificultan, todavía, su indispensable evolución.

A las nuevas generaciones de fabricantes les será mostrado minuciosamente el alto valor que encierra el perfecto conocimiento de la moderna

organización del trabajo y orientación profesional é higiene y seguridad del mismo. Acaso este aspecto, ¿no justifica por sí solo la necesidad de haber llevado a cabo el esfuerzo gigantesco?... No olvidemos que, salvando escasas excepciones, nuestra producción nacional está necesitada de enseñanzas que vengan a aumentar su eficacia.

La idea primitiva de ofrecer a nuestro país una amplia Exposición de Industrias Eléctricas documentadísima, en el mismo momento en que los saltos de agua empezaban a convertirse en fuerza motriz capaz de revolucionar los fundamentos de la mayoría de las industrias establecidas, no sólo dejó de malograrse, sino que va a ser ahora una de las más espléndidas manifestaciones técnicas de la Exposición actual, destinada a señalar nuevos rumbos eficacísimos a la producción española.

En realidad, nos hallamos ante una Universidad industrial, en constante lección de prácticas de aplicación inmediata. De aquí el punto de vista de los que esperamos fundadamente una repercusión de positivos resultados prácticos que, al marcar nuevos derroteros, asegure a las industrias nacionales un esplendoroso porvenir.

Es decir: si la primera Exposición Universal de Barcelona se tradujo, con el tiempo, en crecimiento urbano de altos vuelos, ésta de ahora, ¿no ha de ser la impulsora de un nuevo desarrollo de la producción encauzada en un sentido insospechado hasta el presente?

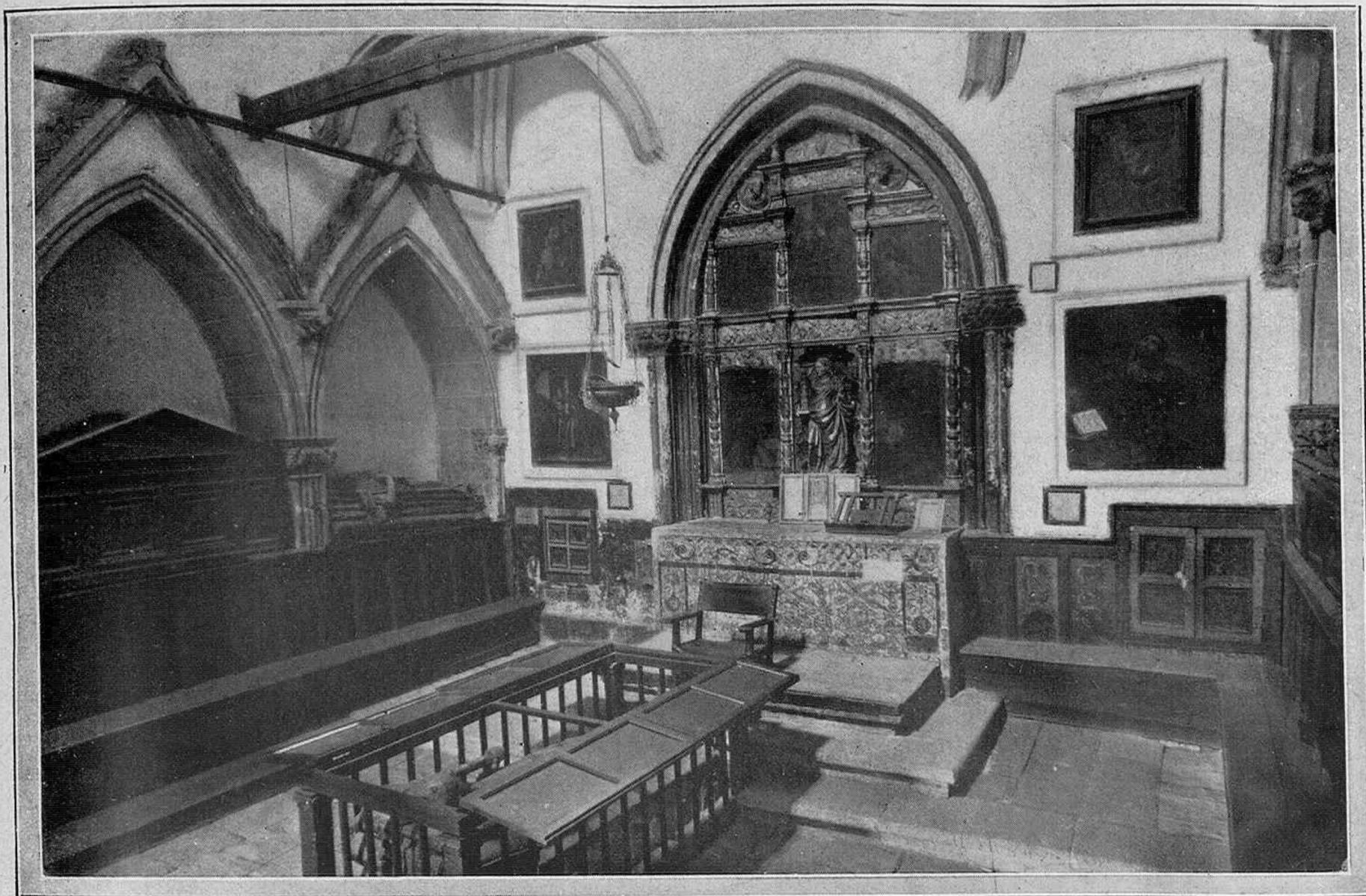
Es evidente que este que queda señalado no es el único aspecto de la Exposición Internacional de Barcelona. Pero es, indudablemente, el que más expectación ha despertado en los mercados extranjeros. El hecho de estar enclavada en una ciudad eminentemente industrial le da un valor de cosa viva a esta Exposición nuestra —«nuestra» en el sentido apasionado que hizo decir al poeta: «Barcelona, nostra»—, con la cual todos nos hemos de sentir íntimamente identificados.

SANTIAGO VINARDELL



Las figuras más destacadas de la Conferencia internacional de La Haya

Pocas reuniones como esta de los políticos más destacados, de los países que fueron beligerantes, han tenido al mundo pendiente de sus complicadas deliberaciones. En La Haya, el ministro de Hacienda británico Mr. Snowden se ha obstinado en no aceptar la liquidación de las deudas de la Gran Guerra de acuerdo con el plan Young, que habían aprobado sus ex aliados Francia, Bélgica, Italia y Japón. En nuestra fotografía, de izquierda á derecha, Mr. Henderson, Mr. Snowden y Mr. Graham, delegados de Inglaterra, saliendo de una de las reuniones de la Conferencia de La Haya (Fot. Agencia Gráfica)



Capilla de Santa Bárbara, donde se reciben los grados universitarios

(Fot. Ausede)

ESTAMPAS ESPAÑOLAS

LA CAPILLA DE SANTA BARBARA

GRADOS universitarios en las postrimerías del siglo XV, en los albores y en los promedios del XVI... Salamanca la roja, y la Escuela frente a los claustros de la Catedral, no vieja, sino flamante y en piedra recién labrada, y la Casa de las Conchas, que es un primor, y la Rúa, que comunica la plaza de San Martín con los bulliciosos patios salmantenses... Isabel, que alguna vez visita Salamanca desde Medina, y su hijo Carlos, el flamenco, con su procurador Adriano y su llavero y administrador Xebres, que cuida la amistad y el arrimo de los doctores —siempre bienquistos con los gobernantes—, y Felipe II, nimio y detallista, que mete su cucharón real así en el color de la beca y del manteo, como en la conformación del gorro y del chambergo de los colegiales.

Grados en Santa Bárbara. El marqués de Villena, estudiante, se esconde detrás del púlpito de San Ciprián, inventando cuentos y mentiras de magia, hechicería y brujería. En Salamanca comienzan las leyendas de los quiromantes y de los nigrománticos. Otro marqués—el de Santillana—es también estudiante, y por los montes y encinares de la Armuña, y del Abadengo, y de y de las Cuevas de Ledesma, se adiestra ya en la caza de las perdices y en la persecución silvestre y montaraz de las mozas charras, frescas y sanotas como las manzanas. Grados en Santa Bárbara. Un bachiller talaverano, Rojas y Montalbán, cansado de textos de Instituciones y Pandectas, contempla los ojos verdes y miste-

riosos de una salmantina. Surgen Melibea y Calixto, y la vieja Celestina—que ha dejado cría perenne entre las comadreas siempre crecientes de la ciudad—inventa las primeras tinturas para quebrar y suprimir el rubor de las doncellas. Hay un eclipse de sol. Hay inundaciones en la ciudad. Muere el príncipe D. Juan, fruto de los amores de Isabel y Fernando. Las mancebías de la ciudad van en aumento. La puerta de los carros de la capilla ve salir continuamente á graduandos suspensos y fracasados.

Grados en Santa Bárbara. Se han empezado las obras de la Catedral nueva. El padre Vitoria, impedido y achacoso, explica á los escolares su derecho de gentes; un alumno del padre Vitoria se llama fray Luis; ha profesado en la Orden de San Agustín, y es de Belmonte, en la Mancha. En el pupitre compone sus primeras imitaciones de Horacio... Los colegiales hartan á la ciudad con sus fueros y privilegios. Los del Colegio Viejo, ó San Bartolomé, son después, en la vida, obispos, corregidores, secretarios de despacho, inquisidores, oidores. Todos pasan por los bancos de Santa Bárbara.

La capillita se conserva ahora como antaño. En el centro, los pupitres de los graduandos y el sillón del objetante. A la vera de los sepulcros, donde reposan para siempre las cenizas de varones ejemplares, los bancos para los claustrales y doctores de la Universidad. ¡Qué pesados son estos señores en las pruebas! Hasta ocho horas seguidas aburren al aspirante á maestro, al aspi-

rante á doctor, con dilemas y entimemas y scrittes. Muchas veces cae el ratón en la ratonera. Entonces sale el pobre, mustio y lloroso, por «la puerta de los carros».

Y cuando sale victorioso, ha de preparar el ágape para los maestros y para los compañeros. Todo está medido y tasado en ese ágape. Las alubias y las truchas serán del Barco, aunque los que pescan delgado en aguas estancadas, saben que las mejores truchas son las de al lado; las de las Chorreras y las de la Laguna del Duque, más allá de Béjar. Ha de haber después el asado de tostón: ¡divino manjar! El vinillo tinto, fuerte y espeso, se prefiere de Villarmayor. El trigo para los panes blancos se compra en la alhóndiga de la Universidad, y es de las tierras de la Armuña ó del Abadengo.

Grados universitarios salmantinos. Capilla de Santa Bárbara. Se juegan luego toros y cañas. Por eso hay alusiones taurinas en la preciosa escalera universitaria levantada en los buenos tiempos de los Reyes Católicos de Castilla y de Aragón, Fernando é Isabel. «Tanto monta..., monta tanto, Isabel como Fernando.» La tradición llega hasta el siglo XVIII, con catedráticos toreros del fuste de D. Diego de Torres Villarroel. A nosotros llegan los posos y las rebañaduras. De los dos circos, el taurino y el académico, los del campo se comen á los de la ciudad, y los encerraderos suelen ser más frecuentados que los paraninfos.

José SANCHEZ ROJAS

Nos llega el tema con unas líneas de periódico: «A D. Luis Morales, español, le reclama miss Florence Hicks, neoyorquina, por rompimiento de promesa matrimonial. Miss Florence ha presentado al juez unas cartas en las que el español de referencia demuestra hallarse vivamente enamorado de ella, y otras más, en las que, reducido su ardor, afirma sus temores de haberse equivocado al elegir mujer con propósitos de matrimonio. En esas cartas se apoya la defensa de miss Florence para reclamar la cantidad de cien mil dólares como compensación á los perjuicios recibidos por su patrocinada.»

Luis Morales es nuestro buen amigo, y la noticia del proceso en que se encuentra envuelto nos sobresalta y nos apena. Así, tras saber su desgracia, nos falta tiempo para buscarle, para encontrarle, para lamentar ante él la extraña decisión de miss Florence Hicks, la bonita rubia entusiasta que conocimos apenas llegados á Manhattan, y que jamás nos pareció capaz de una actitud tan agresiva.

—Absurdo, absurdo todo—nos dice nuestro amigo con inquietud bien manifiesta—. Mis diez años de vida neoyorquina, de trato frecuente con su medio social, no me dieron la menor experiencia para caminar, sin otro peligro que el que propiamente naciera de la lucha sentimental por los caminos del sentimiento y de la relación afectiva. Tengo, claro es, observaciones, datos; pero experiencia provechosa, profiláctica, que pudiera servirme en la hora exacta en que mi capacidad cordial se polarizase en pasión ardiente por una mujer norteamericana, ninguna, absolutamente ninguna. Lucho sin armas, sin otras armas que mi ternura, y estoy á merced de un juego absurdo, de un para mí dramático juego, incapaz de ser comprendido por mi efusión intacta, inadaptaada por completo á las variantes del medio.

La reclamación de miss Florence puede prosperar sin gran trabajo; puede muy bien deshacer mi vida, trabar mi vida con una obligación tan grave que malgaste mi juventud, que neutralice los duros esfuerzos de mis últimos años, que reduzca mi temperatura afectiva hasta la frialdad más desesperante.

—¿...?

—La he querido mucho; he sufrido por ella lo que no es posible decir. Culpa mía todo; lo comprendo. Me siento ajeno, absolutamente forastero, incapaz de dar un solo paso hacia el conocimiento y la aceptación de la sensibilidad norteamericana en lo que al amor se refiere. Ellas tienen la cabeza fría, clara, y esclavizando sus transportes vigilan una s cuantas leyes dominadoras, inflexibles, dispuestas á surtir su efecto en la ocasión más adecuada.

Me ha hecho sufrir esa mujer... Ya sabes sus poderes: gracia alada, inteligencia aguda, ímpetu, gran capacidad de trabajo, un cierto ardor polémico lleno de atracción y de encanto y, sobre todo, un ritmo cordial veleidoso capaz de deshacer, de atomizar, de incapacitar totalmente voluntad y fe. Yo la quiero; la quiero... No la podré dejar de querer nunca. Pero la odio á la vez, de un modo absurdo, con una mezcla de temor y de desprecio de mí mismo, de asco de mi debilidad, de pena por este encogimiento de mi alma que me tiene, que me ha tenido, irresoluto, en un continuo vaivén grotesco, paradójal, capaz de dejar sin objetivo mi compleja vida interior.

—¿...?

—Las mujeres americanas... Buenas. Tiernas. Cariñosas. Camaradas cordiales. Muy cierto esto. Mas para un español, para mí, esas virtudes, compartibles en todo momento y con todos, son nada ó casi nada cuando de amor se trata. Esas cualidades forman un tejido atrayente, incitador. Tras esas realidades generales

uno quiere hallar lo vedado, lo reservado cuidadosamente, lo virginal é insobornable; quiere encontrar la lucha dramática por el dominio mutuo, por la transmisión y la incorporación respectiva de fuerzas y taras. Para mí, el amor es un proceso de absorción de lo más privativo del otro, de incorporación en el otro de lo más esencialmente nuestro. Y una lucha por dominar y por vencer. La norteamericana no lucha sino cuando tiene la certeza de ser vencedora. Luego de casadas cambia el tono. A la ligereza primera corresponde una cautela atenta. Se trata de mantener su propiedad, de cuidar su conquista, y ya saben ellas que saben las demás; como ellas mismas, reconquistar y desbancar.

—¿...?

—Romanticismo. Lo comprendo. Romanticismo frente á razón. Confusión frente á claridad. Ardorosa vida interior frente á dominante objetiva. Un deseo apasionante, ciego, por rehacer el mundo conforme á leyes de efusión y ternura íntimas; una infección, si así lo quieren estas gentes, que en su deseo de prevenir, en su propósito de evitar, van camino de eludir el dolor, de hacer plana y rosada la vida afectiva, de reducir las dimensiones de las fuerzas eternas que han movido el mundo, que han dado al mundo fuego y sed, que han capacitado á las criaturas para una muerte trascendente.

Luego de estas palabras sin control, mi amigo, excitado, me pide perdón. Le tiene deshecho la actitud de esa miss Florence, su novia reciente, á la que quiso y quiere de modo inadecuado, con la que no sería feliz de realizarse el matrimonio, porque ella apremia, y que en el fondo no desea. Pide perdón mi amigo; pero como me sabe suyo, atento, continúa tejiendo su tela, mordiendo el fruto amargo, respondiendo á preguntas más de modo confuso y absurdo.

—¿...?

—Sin duda. Todo les atrae con parecida intensidad. Correr. Correr... Resbalar entre algazara y risas huyendo del dolor, del recogerse dentro de sí mismo, de reorganizarse á base de sus personales principios. Un miedo horrible al sufrimiento... Estas figurillas graciosas van cuajando minuto á minuto una teoría de la vida hecha á base de risa, de sensualidad sin angustias, de camaradería sin auténtica cooperación; es decir, sin transmisiones esenciales.

Son los amos de América. Se podría rectificar sin miedo á error el debatido principio de Monroe, diciendo: «América para las americanas». Y un español aquí, cogido por la gracia de estas mujeres, avivadas sus brasas interiores por su engañadora inquietud...

•••••

Este buen amigo Morales, español representativo, con diez años de vida norteamericana... Parece mentira... Tras escuchar sus duelos, tras atender sus desventuras, nosotros, tan recién llegados, le habríamos podido recordar las armas de dominio que abandonó en la lucha. Le hubiéramos podido preguntar por qué no aprendió á gustar del placer ligero que ofrece la vida en su primer encuentro, por qué no intentó, rehuendo la llamada interior, jugar á todo, rehuir el trato con lo amargo, aprovecharse de la apariencia de las cosas, ser apariencia, leer para lucir, trabajar para conseguir una valoración social llamativa. Olvidarse del amor que lleva á la compunción dolorosa, asociarse á una religión, al matiz tranquilizador de una religión sin agobios...

¿Por qué no tuvo un automóvil—pues que podía tenerlo—nuestro amigo Morales? El automóvil es el auxiliar más eficaz de los espíritus someros. Huyendo, huyendo, en el automóvil amigo se llega hasta el placer gozoso formado de abrazos, de risas, de sol, de viento, de sobresaltos y riesgos nocturnos.

¿Por qué no tuvo—pues que podía—un confortable apartamento, con una bien abastecida bodega renovada por algún marinero adicto que navegase en la *Ward Line*? Un apartamento confortable, unas botellas de licor, son los amigos más leales de la alegría sin sombra. ¿Por qué pidió á Florence Hicks lo que ella muy difícilmente podía darle?

Intentó, sin duda, la rubia bonita, hallar el tono de su amigo. Se esforzó, sin duda, la pobre, en detenerse, en atender, en mirar y ver panoramas enrarecidos por el amor refundidor. Pero no pudo más. Y un poco tarde se dolió de su fracasado propósito; se avergonzó de su desmedida ambición; se recobró, llamó á su razón y, decididamente dispuesta á ser ella misma, á cobrarse las pasadas horas dedicadas al propósito necio de huir de su condición natural, aprovechando la perfecta oportunidad que le ofrecían unas cartas apasionadas, unas cartas desesperanzadas, consultó con un abogado especialista, reflexionó, reflexionó, y, segura de ser atendida por la justicia diligente, presentó una demanda que prosperará, sin duda alguna, que habrá de condenar al español inadaptaado á vivir vida económica dependiente durante años y años, que le permitirá, como es de razón, tener á ella un buen apartamento, con su buena bodega, que le permitirá tener un automóvil, que le dará margen gustoso para gozar de la adecuada compañía de amigos rientes sin feos problemas sentimentales á resolver, amigos que toman de la vida la flor, sin ambiciones angustiosas, que no se empeñan, como los españoles rezagados, en encontrar en los jardines norteamericanos y en retener con ciego amor inexistentes mirlos blancos.

DANIEL SOLANA

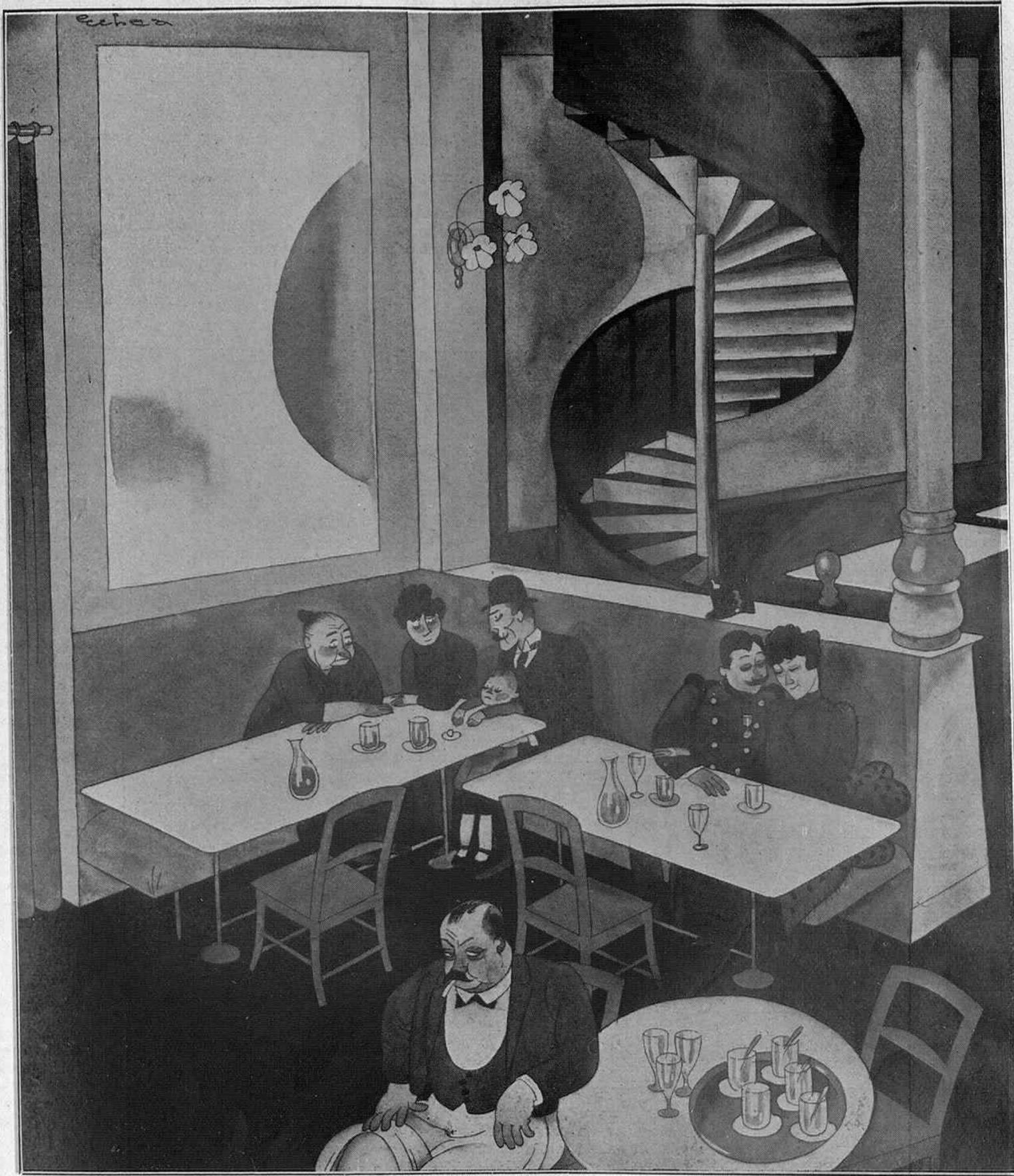
Nueva York.

HUESPED ILUSTRE



DON FELIPE YURRITA CASTAÑEDA

Ilustre filántropo español, caballero de la Orden de San Silvestre y Cónsul de varios países en Guatemala, que ha venido recientemente á España para visitar las Exposiciones de Sevilla y Barcelona



CANCIONES DE LA CALLE

VIEJOS CAFES

El bar con pianola
mató al café romántico;
la bárbara estridencia de la «jazz-band» de negros
ahogó la voz divina de los viejos pianos.
¡Rinconcitos amables
para soñar á ratos,
y las citas de amor que tenían un suave
matiz de ensueño y una fragancia de pecado!
Rincón en donde Bécquer
halló un leve remanso;
ya han desaparecido los antiguos espejos
que vieron el marfil de su semblante pálido.
Los celestes fantasmas de sus «Rimas»
un punto revolaron
por el viejo café que tenía un ambiente
conspirador y literario.
¡Por lo que soñó Bécquer en su rincón del Suizo
lloremos en la ruina de los cafés románticos!

Bohemia del año diez: chambergos, pipas,
melenas y pergeños arbitrarios;

en honor de Rubén se quemaba un incienso
de exaltación y ensueño en todos los cenáculos.
Nuevo Levante, alegre parnasillo
—Beethoven y Mozart, en el piano—;
melenas merovingias de Valle Inclán; monóculo
de Azorín; de Bargiela los tremendos mostachos.
El poeta Godoy, de un museo
de figuras de cera parecía arrancado;
la traza quijotesca—y el alma—de Luis Bello,
y Dora, la modelo, con su pelo dorado.
Viñeta modernista que ya está trasnochada
y sepultada bajo veinte años,
en los que alegremente no escuchamos al Tiempo
que al lado nuestro iba cavando.
¡Por nuestra juventud, que ya es sólo un fantasma,
lloremos en las ruinas de los cafés románticos!

Rinconcito apacible
de los cafés de barrio;
rojo peluche en los divanes;
versos y monigotes en las mesas de mármol.

Parejitas amantes en todos los rincones;
los espejos copiaban rostros apasionados
con ojeras de lirio. El violín lloraba
al compás de las lágrimas de marfil del piano.
Niñas cursis que escuchan «El anillo de hierro»
—croquis ramplón que tiene cierto encanto
de poesía humilde—. Domingo por la noche,
en el café de Prada ó en el de San Bernardo.
Y aquella morenita de ojos de Dolorosa,
¿se llamaba Martirio ó Carmen ó Sagrario?
Era un nombre español atormentado y triste
y oloroso á azucenas de místico retablo.
He olvidado su nombre; pero al pensar en ella,
¡el sabor de sus besos me perfuma los labios!

Por aquella muchacha que ya no será bella
lloremos en las ruinas de los cafés románticos.

EMILIO CARRERE

(Dibujo de Echea)

ENCUESTA DE «LA ESFERA»

¿Deben suprimirse las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes?
OTRAS DOS OPINIONES

JOSE PINAZO

REQUERIDO POR LA ESFERA para que dé su opinión sobre el importantísimo tema de las Exposiciones nacionales de Bellas Artes, el ilustre pintor D. José Pinazo—que se halla actualmente en El Escorial—nos dice lo siguiente:

«Tal como vienen celebrándose nuestras Exposiciones, es mucho peor que si no existiesen.

Ni el Estado tuvo interés jamás en que se celebrasen decorosamente, dignamente, ni los pintores pusimos más empeño que el del triunfo de la pandilla. Todo se hace mirando hacia abajo. El Estado va para cumplir, y los artistas para encontrar su acomodo.

Con idea precisa de lo que deban ser estas manifestaciones por parte del Estado, y con todo el amor y respeto que hace falta por parte de los artistas, no se ha celebrado nunca.

Hay que ir hacia la luz, hacia la renovación constante.

Yo creo, pues, que había que empezar de nuevo. Deshacer todo lo actual, acabar con la rutina, acabar con las pandillas, y que el Estado, primero, y los artistas, después, pusieran todo lo necesario para hacerlas dignas, por lo menos, de consideración. Que los premios tengan un valor que perdieron. Que las adquisiciones se hagan con verdadera conciencia de lo que se hace, pues con ellas se tiene que formar la muestra de lo que somos y el principio de lo que seremos. Que no nos averguence por más tiempo ese Museo Moderno, reflejo en todo de las exposiciones (yo el primer arrepentido de los pecados que allí tengo). Que la gente salga de las Exposiciones con deseo de ver el Museo, y que el Museo Moderno sea aliento para las Exposiciones. Porque tal como ahora se celebran, es peor que si no existiesen.

Todo esto será un poco difícil de realizar. ¡Hay que poner para ello tanto fervor! Hacer un local digno; que los pintores procuremos formarnos bien, para que nuestras obras estén bien formadas. Hay que meditar mucho; hay que trabajar mucho. Hay que ser fuertes por dentro y por fuera. Hay que tener un ideal claro y limpio.

Todo esto es labor demasiado maciza para que nos entretengamos en ella. Verá usted, amigo *Julio Romano*, cómo todo acabará, después de esa buena intención de LA ESFERA y del trabajo de usted, en que se tapan las goteras de ese almacén del Retiro; que todo se realizará según se viene haciendo; que triunfará la pandilla, y que á ese Museo de *Arte Moderno* (¿arte moderno?, también habría que cambiarle este nombre. El museo de Arte Moderno se hará después que

florezca el arte nuevo) seguirá llenándose hasta las goteras. Hasta el techo.

Después, unos banquetes, unas protestas, y hasta la otra.

Ahora, mi más sincera y grande satisfacción será no acertar en mi desconfianza, y que todo, desde la próxima Exposición, vaya hacia arriba, hacia arriba los artistas, hacia arriba las Exposiciones y hacia arriba todo (todo lo que deba ir hacia arriba)»



JOSE PINAZO
Ilustre pintor

(Fot. Cortés)

JOSE FRANCÉS

Cuando el periodista ó escritor—todo es uno y lo mismo—se propone hablar de un compañero, parece que la pluma, dócil y blanda para el encomio de gentes de otro oficio, rechina, tropieza y chirría como si la cuartilla tuviera la aspereza del papel de lija. Y es que en ese momento hurga y remueve el poso turbio y mezquino de nuestra vanidad y de nuestro egoísmo. Nos negamos á ser justos con el camarada, esté junto á nosotros ó en el lejano tajo.

Y estrujamos, cobardes, entre nuestras manos el adjetivo, sin sentir remordimientos por la fea acción. Y esto tan frecuente en el misérrimo mercado literario, no tiene más que un nombre: miedo. Tememos colocar una pobre ¡ni tan pobre! piedrecilla en los escalones de la fama del camarada. Y más bien que ser justos, miramos de reojo, teniendo un ojo en la sartén y otro en el

gato, esperando el desliz del camarada para darle el zarpazo. Y he aquí que hombres que generalmente trabajan por el triunfo de la justicia en los demás, no se ronrojan de cometer la injusticia con el compañero.

Yo no quisiera caer en esa vulgaridad, y por esto he colocado en el estrecho zaguán de esta información las anteriores palabras. Porque voy á hablar de una camarada ilustre: José Francés, cuyas actividades literarias se desenvuelven siem-

pre con fortuna en el campo de la novela, del cuento y del artículo crítico. Multiforme y proteico, Francés ha llenado ese hoyo sin fondo que hay que atravesar para llegar á la fama, con la tenacidad indestructible de los hombres que poseen las cualidades indispensables del éxito: voluntad é inteligencia.

Queriendo conocer la valiosa opinión de los más destacados críticos de Arte acerca de nuestras Exposiciones Nacionales, hemos visitado á José Francés. La casa del ilustre escritor es un museo: libros, cuadros y estatuas se disputan el espacio. En los testeros, repisas y anaqueles de los estantes hay multitud de bronceos y cuadros, y los libros, en hileras y montones, apretados, como reclutas en pelotón, enseñan los dientes de los lomos para librarse de la asfixia.

LOS VALORES SÓLIDOS
Y LOS PARÁSITOS

—Yo he sido enemigo siempre—comienza diciéndonos José Francés—de las Exposiciones Nacionales. No tienen razón de ser, desde ningún punto de vista, por lo menos como se han celebrado hasta ahora. Desgraciadamente, no representan el nivel artístico de nuestro país, y en la actualidad son el refugio de los artistas

que no pueden valerse por sí mismos.

Todos sabemos que hay artistas: Anglada, Zuloaga, Beltrán y Macho, que no han necesitado la primera medalla para alcanzar la máxima categoría en las artes españolas. ¿Quiere esto decir que todos los que han alcanzado la primera medalla, ó que luchan por ella, sean mediocres? No. Hay muchos que la tienen con justicia. Pero al lado de estos valores sólidos existen veinticinco ó treinta señores con medalla que no tienen ni méritos ni importancia. Es decir, que los grandes artistas se destacan, viven y se dan á conocer sin las Exposiciones Nacionales, y que existe una gran cantidad de parásitos artísticos que no pueden vivir sin ellas.

ASILADOS DE LA ENSEÑANZA

—¿Cuál es el motivo principal de la decadencia de las Exposiciones Nacionales?



JOSE FRANCÉS

Ilustre crítico de arte

(Fot. Cortés)

—A mi juicio—responde Francés rápido—, el descrédito y decadencia de las Exposiciones tiene su origen en los Jurados de pintores y escultores. En todas las Exposiciones, los Jurados hacían una especie de convenio tácito con los artistas que tenía como base el adagio vulgar de *Hoy por ti y mañana por mí*. El señor que daba la medalla en esta Exposición requería, para entregar su voto, que en la Exposición venidera se la dieran á él ó á un recomendado suyo. Esto tiene, como usted ve, las características de un juego de compadres.

Otra causa del desprestigio de esos Certámenes es la de que hay una gran cantidad de artistas que no trabajan más que para las Exposiciones Nacionales, y todos sus afanes son por conseguir la medalla porque ésta les sirve después para obtener las plazas de *asilados de la enseñanza*. ¡Esto sí que es abominable! Con escasas excepciones, el profesorado de las escuelas de Bellas Artes y de las escuelas de Artes y Oficios Nacionales está integrado por una cantidad de artistas de tan escaso mérito que si estos señores volvieran á presentar ahora en una Exposición sus obras originales, no serían éstas ni admitidas ni tomadas en consideración para una tercera medalla.

LA DIGNIFICACIÓN DE LAS EXPOSICIONES

Una ligera pausa, y Francés continúa con palabra tajante y firme:

—Una muestra patente de lo nefastas que han sido las Exposiciones, está en que cada año se ve obligado el Museo de Arte Moderno á enviar á los Museos provinciales una serie de obras malísimas impuestas al Estado á causa de las recompensas. Imagínese usted el embrutecimiento sistemático de que hacen víctima á la juventud española, si se deja guiar por esas obras premiadas injustamente. Pero no acaba aquí el daño. Al mismo tiempo que se envían á los Museos provinciales esos falsos ejemplos de Arte, se esparcen también por todas las escuelas de Bellas Artes y de Artes y Oficios de España una porción de *asilados artísticos* que lo deben todo á la intriga, y que, gracias á ella, han adquirido, primero, la medalla, y después, la cátedra. ¡Estos son los maestros!...

Influye, además, en la decadencia de las Exposiciones el que los verdaderos artistas, una vez obtenida la primera medalla—cuya con-

quista creen muchos de buena fe que es un trámite necesario para adquirir una reputación—; al conseguirla, repito, se alejan de los certámenes y, por lo tanto, quedan éstos reducidos á las escaramuzas de los principiantes y de los fracasados, y entre ellos un pequeñísimo número de obras creadas por los inteligentes. Por eso estoy absolutamente conforme con el director general de Bellas Artes, en sus propósitos de cambiar radicalmente las Exposiciones Nacionales. Los trabajos del conde de las Infantas van orientados á dignificar estos certámenes, hasta llegar á la absoluta desaparición de las medallas.

MEDALLAS HONORÍFICAS Y ADQUISICIÓN DE OBRAS

—De ahora en adelante—continúa el notable crítico—las medallas serán honoríficas; la adquisición de las obras será hecha por un Jurado independiente del de calificación de recompensas, y además se otorgarán premios especiales y de elevada cuantía para los expositores recompensados con primera medalla en Exposiciones anteriores. De este modo las Exposiciones Nacionales podrán adquirir aquella dignidad espiritual que pedía Chicharro, y los artistas que hoy día tienen medalla, á pesar de tener talento y honestidad profesional, no se verán en el dilema de tener que negar el derecho á la medalla á los que han venido detrás de ellos.

—¿Son las Exposiciones Nacionales el único medio que tienen los buenos artistas para destacarse?

—Afirmar eso es cometer una falsedad. Hoy no son las «nacionales» el único medio para conseguir llamar la atención pública sobre una obra ó un artista. En primer lugar, porque nunca ha habido tal número de Exposiciones particulares como hoy; nunca han existido tampoco el crecidísimo número de sociedades de Arte; en Madrid, el Círculo de Bellas Artes, la Sociedad de Amigos del Arte y el Museo de Arte Moderno ponen sus salones á disposición de los artistas gratuitamente, y sin preguntarles si son amedallados ó no. Además, el Estado cede su Palacio de Bellas Artes á toda clase de sociedades y artistas que se lo piden; organiza constantemente Exposiciones de arte español en el Extranjero, costeando en su totalidad los portes de ida y vuelta, y los seguros de las obras; concurre á todas las Exposiciones internacionales; ha creado los concursos nacionales del Ministerio de

Instrucción Pública y Bellas Artes; el Patronato del Museo adquiere constantemente obras de artistas, amedallados ó no, ilustres ó desconocidos, con destino al Museo de Arte Moderno; y aparte de lo que hace el Estado, las revistas ilustradas están nutridas de artículos referentes al arte contemporáneo. Después de lo que le he dicho, no hay derecho á suponer que las Exposiciones Nacionales son el único medio que tienen los artistas para destacarse. Pero, ¿quiere usted más? Ahora mismo se celebra una Exposición Internacional de Arte Moderno en Barcelona, en la que se concederán medallas y se adquirirán obras por valor de medio millón de pesetas.

ATAQUES Á LA CRÍTICA. LA VENTA DE CUADROS

—¿Qué opina usted de los ataques hechos á la crítica por algunos artistas?

—Mire usted; para el crítico, esos ataques, en vez de molestarle, le producen satisfacción, por venir de artistas á quienes el crítico, con la excesiva benevolencia que le caracteriza, no ha podido encontrar en sus obras motivos de elogio. A trueque de estos ataques de los despechados, el crítico cuenta con la amistad firme, lealmente compartida, de aquellos otros artistas á quienes admira sinceramente, los cuales no necesitan suplicar el elogio para obtener la merecida justicia.

—¿A qué obedece la escasez de venta de que se quejan todos?

—Los artistas no venden más porque le ponen á sus obras un precio excesivo. Se da el caso en las Exposiciones Internacionales de que los precios que ponen á sus trabajos los artistas españoles superan en bastantes miles de francos á los que les marcan los extranjeros á los suyos. Y en muchas ocasiones los españoles llevan á tal extremo su obcecación que prefieren volver á arrinconar las obras en sus estudios antes que rebajar 500 pesetas del precio que le han fijado.

—¿Qué nuevos medios cree usted factible para incrementar la venta de obras modernas?

—Tengo en estudio, y he cambiado acerca de esto impresiones con algunos artistas, para un proyecto de protección á los artistas vivientes, cuyos fondos saldrían de la contribución impuesta á los coleccionistas de arte antiguo. Pero de esto es todavía prematuro hablar.

JULIO ROMANO

CUENTOS ESPAÑOLES

E L E N E M I G O

CUANDO llegué aquella noche al café, donde nosotros teníamos la *peña*, no estaban mis amigos, ni Adolfo, ni Pepe, ni Emilio, ni Joaquín, ni ninguno, en fin. Me senté, bostezando. Mi *Nini*, ofendida por mis faltas de los pasados días, no había querido tampoco esperarme aquella noche, y entonces dirigí mis pasos hacia la *peña* de mis compañeros. Sin ellos... ¿qué iba á hacer aquí?... Hojeé un periódico. El café, con poca gente, parecía sin alma en aquella fría noche de Noviembre. Sólo las cinco ó seis señoritas que, vestidas de blanco, semejantes á grandes nardos vivientes, hacían ruido con el piano y los violines, calladas ahora, por fortuna, ponían una nota de alegría y juventud en la sala inmensa.

Y ya me disponía á marcharme cuando de pronto entró en el café y se dirigió hacia mí un viejecito pulcro y sonrosado, que me saludó con completa cortesía, y me preguntó, mientras se sentaba en la mesa contigua, en el mismo diván:

—¿Está usted solo, pollo? ¿Y esos colegas?

—¡Oh, estarán de trabajo fino!— como dice Adolfo, uno de ellos, cuando anda con las mujeres.

Sonriendo entonces, el viejecito se vino á mi misma mesa, tras pedirme permiso. Accedí gustoso y con sencillez. En realidad, aunque no sabíamos nuestros nombres, nos conocíamos de vista. El venía todas las noches aquí, á una *peña* que se formaba junto á la mía. Ellos eran gente grave, hombres maduros, ricos algunos, por lo que habíamos ido coligiendo de conversaciones y detalles... Así es que, cuando, unos instantes después, comenzaron á llegar los contertulios de mi amigo, me saludaban también como á un camarada, con un alegre «¡Hola, pollo!... ¡Hola, joven!», y se sentaban con nosotros. Ya llenábamos dos mesas. Yo me hundía beatíficamente en el diván amable y tibio. ¿Para

qué intentar marcharme?... ¿Adónde iría?... En la redacción no habría nadie... ¿A ver á mi *Nini*?... ¡Sí!... quizá la encontrara en el balcón; pero yo le había hecho muchas por aquellos días... y mi *Nini* tenía el balcón lleno de macetas... ¿Comprendéis?...

Y entonces decidí quedarme en el café.

•••••

Ya sabéis lo que son las *peñas* del café. Se habla en ellas de todo y de nada. Sin embargo, aquella noche, para mi regalo, la conversación de aquellas gentes graves recayó en un asunto interesantísimo. Salió al azar, expresado por no sé quién de entre los contertulios; pero lo recogió y como lo acarició y lo hizo suyo en seguida un señor alto, guapo, de unos cincuenta años, que concurría á esta reunión vestido siempre con impecable elegancia, y era como el alma y el espíritu de ella. Nosotros, mis amigos y yo, sabíamos vagamente que era un abogado famoso, muy culto y muy rico. Era un hombre imponente, al que uno de mis amigos, Adolfo, el madrileño y gracioso Adolfo, siempre que le veía entrar le aplicaba estas palabras: «*Quinto*: Negro, brago, de aspecto imponente, que llena la *Plaza*...» El fué, como hombre espiritual y culto, el que recogió y supo elevarlo el tema de la conversación aquella noche. Ya he dicho que no sé quién lo había formulado, al azar... Se habló de la lucha, de las dificultades, cada día crecientes, en la vida del hombre... de la serie de obstáculos por franquear, ó, como diría *Jacinto*, «de la inmensidad del barro por atravesar»...

Y el hombre espiritual y elegante tomó la palabra.

•••••

—¡Yo creo que no!— comenzó diciendo con

lentitud, con aquella clara sonrisa que dejaba mostrar sus dientes blanquísimos—. Yo creo que el hombre de hoy no tiene más obstáculos en su camino ni ha de luchar más que el hombre de ayer. Seguimos teniendo un enemigo, un solo enemigo...

Paseó por el corro una nueva sonrisa, y todos nos miramos, esperando la flor de novedad que iba á abrirse...

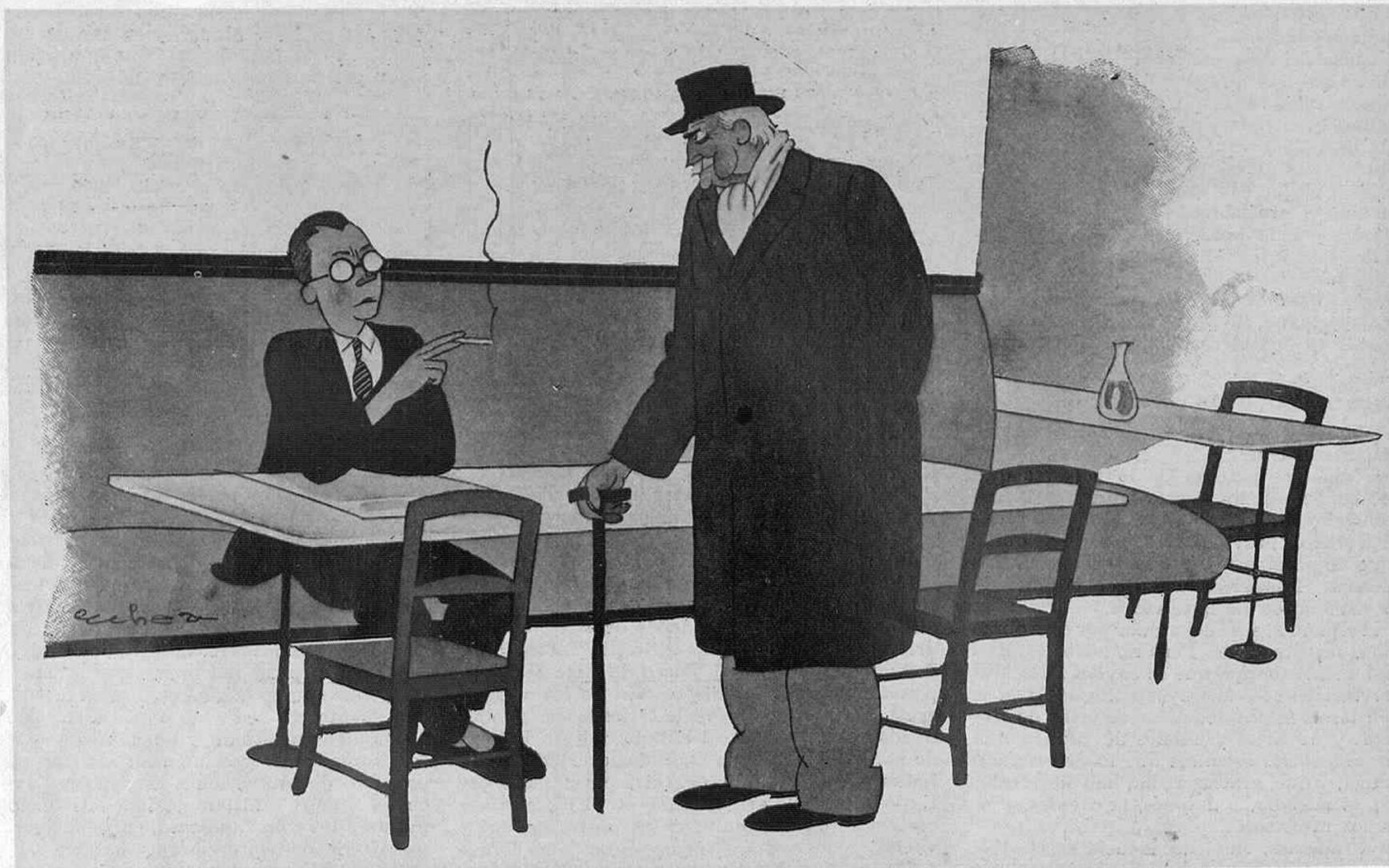
—¡Sí; hay un enemigo en la vida del hombre, nada más que uno, que es siempre el mismo para todos, que ha sido siempre el mismo desde el comienzo de la Humanidad y que morirá con ella! Y ese enemigo no perdona á nadie, no respeta á nadie; todos los hombres lo tenemos.

Calló. Y en la leve pausa, yo, ¡miserable José Fernández!, quise hacer una agudeza, y grité, dando un leve puñetazo sobre el mármol:

—¿Un enemigo?... ¡Ya lo sé: las mujeres!

Pero él me contuvo con un gesto duro, y contestó, enardeciéndose cada vez más:

—¡No hay más que un enemigo, uno solo! Y es, ha sido y será siempre el mismo para todos los hombres de la Tierra. Cuando yo les diga á ustedes cuál es, ustedes, todos ustedes, una multitud que me oyera, todos dirían: «¡Ah, sí!...» Porque es el enemigo común, implacable é inmortal. ¡Esto es lo horrible, que es inmortal! Nosotros podemos vencerlo; pero es sólo por unos meses, por unos años..., por un poco tiempo; al final... ¡Ya está ahí, irguiéndose vencedor siempre ante nuestra vista, superior á todos nuestros esfuerzos, á todos nuestros sacrificios, á toda la grandeza de nuestra alma y de nuestra vida! Porque este enemigo de todos es insensible al bien y á la bondad de los corazones, insensible á nuestros sacrificios..., y es tan cruel, tan bárbaro y tan infame que parece que lo animara un alma infernal; es grosero, agresivo, mal oliente, indelicado, soez y burdo... Y es un



—¿Está usted solo, pollo? ¿Y esos colegas?



Todos nos miramos esperando la flor de novedad que iba á abrirse

enemigo eterno en la vida del hombre, que le precede y le sobrevive siempre; ya cuando nuestra madre prepara nuestra cuna con solicitud inmensa y con inmensa ternura..., *el enemigo, nuestro enemigo*, invisible y feroz, sonríe, esperándonos, emboscado y seguro de su victoria. Esto es lo que le hace tal vez más odioso: su impunidad; sabe que ha de hacernos llorar mil veces, en silencio, desde que la razón se abra en nuestras frentes; sabe que ha de perseguirnos toda la vida, que ha de humillarnos hasta la última miseria, que ha de desesperarnos á todos, que ha de enfurecernos y hacernos desear á nosotros mismos, en momentos en que el alma sube, la muerte y el descanso final..., y sonríe, sereno, tranquilo, indiferente... Y no perdona á nadie, á nadie: chicos y grandes, pobres y ricos, hombres y mujeres..., todos sienten á lo largo del camino de su vida los pasos del enemigo, que sigue nuestros pasos; y... ¡ay del que se descuida!, ¡ay del que confía y acaba por no concederle importancia! *el enemigo* cae sobre él y lo convierte en un pingajo, lo maltrata, lo pisotea, le hace sangrar, lo deja solo en la cuneta de un camino, y allí, lleno de barro y de polvo, cubierto de arañazos, molido, deshecho, rezumando pus de enfermedades que nadie quiere curar, lo deja reventar como á un perro... Porque *nuestro enemigo* es infame, infame, innoble... y superior á todas las fuerzas de la vida y á todas las fuerzas del hombre: superior á las leyes, que nos trazan á todos el camino del bien y de la justicia; superior á la voz del deber, que nos impulsa á continuar el camino emprendido, por áspero y guijarroso que sea; superior al trabajo que ennoblece, superior á las dulzuras y á las delicadezas del alma. ¡El se ríe de todo, y goza; á

veces, en destruir, de un sólo golpe, todo el edificio de una vida humana, levantado en largos años de dolor, de heroísmo, de trabajo y de lucha... ¡Y nos persigue siempre, siempre!... ¡Y nos tienta y nos induce al crimen y á la infamia y al pecado, como el viejo demonio de las leyendas medievales tentaba á los santos y á los cenobitas del desierto... A veces, inclinándose á nuestro oído, nos propone á todos cosas innobles y ruines..., que abandonemos al mejor amigo, que olvidemos á la mujer adorada hasta la locura por nuestro corazón..., que hiramós por la espalda, que realicemos cosas

que repugnan á nuestra conciencia...; y cuando nos ve vacilar, cuando nos ve cerrar los ojos, cubiertos de sudor y temblando de miedo..., tiene siempre, para decidirnos, un cínico: «¡Qué importa!... ¡Si aceptas, me tendrás de tu parte!...» ¡Y es horrible!... ¡Todos aceptamos, todos tenemos que aceptar..., y el que no acepta muere en las manos de *nuestro enemigo*. Porque es tan poderoso que si él quiere, una mujer infame aparece rodeada de un nimbo de santa..., y hombres caídos en toda la miseria y en todo el vicio se ven aclamados por los pueblos, respetados y agasajados... ¿Comprenden ustedes ahora quién es ese enemigo infernal que á todos nos sigue los pasos, que no perdona á nadie, que manda en todas las vidas y que es eterno, eterno como el Mal?...



—Este es el enemigo de todos, implacable y feroz!

Calló el hombre elegante.
Sus ojos relucían ahora con un brillo de acero, y todo su rostro se contraía con una extraña expresión de ferocidad que yo no le había visto nunca y que delataba al antiguo luchador. Alguien, de entre sus amigos, dijo con voz débil y temerosa, casi sin atreverse:
—¿Será la Muerte acaso?...
Pero el hombre elegante denegó con la cabeza. Y sonriendo luego con sonrisa á la vez amarga y amable, de una extraña dulzura y de una extraña dureza, dijo, mientras sacaba de su rica cartera un billete, que hizo vibrar sobre nuestras cabezas, antes de entregarlo al camarero:
—¡Este es el enemigo de todos, implacable y feroz!
Y volviéndose hacia mí, añadió, con una leve carcajada sonora:
—¡Ese es el enemigo eterno y terrible! ¡Cuidado con él, pollo!...

ANTONIO GUARDIOLA
(Dibujos de Echea)

ACABA DE PUBLICARSE

"SUEÑOS CON LOS OJOS ABIERTOS"

Un representante conspicuo de la joven literatura, Tomás Borrás, ha publicado, con el rótulo de «Sueños con los ojos abiertos», tres narraciones muy interesantes y muy diversas. El libro merece encomio, y como muestra de él damos a continuación algunos párrafos de la primera de ellas, «La dama desconocida», en que el autor evoca un mundo, extinto ya, de caballeros, embrujados, zagales y pastores

III

La fragatina, pequeña y encendida como si siempre enrojese de una carrera jadeante, viene, entre miedosa y risueña, hablando con voz de secreto:

—¡El Loco!

Las otras tres se agrupan detrás de los tres pies de un olivo de corteza arrancada. Y parece que todas juegan á encontrarse.

—¡Va soñando con su sueño!

—¡Es feliz!

—Mira, Pastor, cómo hace señas. Y nada se ve.

—Dejad tranquilo al Loco.

Es un adolescente barbado; el pelo hirsuto sobre las pupilas, que brillan con reflejo escamoso de ópalos. La piel, tostada como cuero curado, deja una línea blanca en las arrugas que produce la repetición de los movimientos. Todo el traje es un haz de guiñapos sobre los miembros velludos. Los pies, metidos en una costra de barro. Las uñas forman garras sucias. Contraída la boca por un gesto de fascinación, bajo la fijeza de la mirada lunática. Se habla á sí mismo, hablando á quien produce su calentura.

—¡Urganda, qué lejos te has ido! ¿Qué me quitaste? ¿Cómo era tu rostro? Nada recuerdo, Urganda. ¡Pero algo tenía yo que ahora no hallo. Urganda! ¿Por qué me has desterrado de tu reino?

Mantiene á las cuatro garzonas y al Pastor joven apartados, respetuosos con su demencia. El anciano Pastor acercóse con el trozo de pan con que prodigan su generosidad los pobres:

—¡Despierta! ¡Oyeme! Come de nuestro pan.

El Loco escucha atentísimo.

—¿Sientes?

Sólo silencio; enfrente el bermejo resplandor del reducto, recortado y preciso sobre la lámina lívida del cielo.

—¡Ay, no me llama! ¿Sientes? No; es el aire que nos roza. Como me has desterrado aquí, aquí estoy muerto. No sé. Yo era feliz; yo me sentía en su cielo como un niño. Y ahora frío, dolor, la aspereza que me desgarras.

Se excita, perlático.

—¡Urganda! ¡Quiero vivir! ¡Vivía y me condenó á morir! ¡Urganda! ¿Por qué me has desterrado de tu reino?

La mano del Pastor prudente es rugosa, pero suave la palma, bruñida por el cayado. Acaricia al Loco las greñas que lamen el agua de sus ojos y se adhieren como lenguas de pelo al sudor. El Loco tiembla como un aterido, y muerde, inconsciente, el pan mientras vocea al alcázar, cuyo bulto geométrico está en el fondo de sus iris, tornasoles enfermizos.

—¡Urganda, tu reino, Urganda!

Clama, los brazos en invocación, y corre hacia el castillo, que le obsiona, engarabitando los dedos de los pies al clavarse espinas.

—¿Quién le hizo mal de ojo?

—¿Quién le ha maldecido?

—¡Urganda fué; la Dama mala! A los hombres deja sin ser.

—¿El la ha visto entonces?

—Era muy mozo todavía, y pastoreaba, como nosotros, alrededor del castillo. Tenía todo lo que se puede tener: el agua cadenciosa, el claro olivar y el cielo limpio. Su vida era como la nuestra, paz y dulzura. Podía cantar si era su gusto, ir á la ciudad á comprar á los mercaderes franceses; podía tener mujer de Fraga ó de otro lugar de Aragón, y, hasta después de vender la lana, podía haber ido una vez, trasponiendo los montes, á ver el mar que hay en levante, y que se alimenta de nuestros ríos. Después de eso, ¿qué le quedaba

por desear? Le quedaba una mala idea, que se fué apoderando de él, y que desde semilla, en su cabeza, bajó en raíces calando por todo su cuerpo hasta apretarle y sorberle todo: le ocurrió conocer á Urganda, la que nadie viera jamás. Tornóse preocupado y huidizo, y se daba á soñar tumbado cara á las nubes, que hacen sus viajes lentos de la sierra al Mediterráneo en busca del agua de la lluvia. Después se puso como furioso, y á todos nos aborrecía, y yo le vi por veces romper una rama y pisotearla como símbolo de que hubiera hecho así con todo cuanto daba fruto, si pudiera. Se escapó á las gargantas del monte,

imagen de su interior. Luego, por lo que se decía en alta voz, como si se contemplase fuera de sí mismo, comprendimos que había visto á Urganda. Y Urganda le sacó aquella noche el espíritu, y nunca más se han juntado ya su ánima y su cuerpo.

—¿Cómo es Urganda; no lo dijo el Loco?

—¿Es bruja ó fada?

—Los que la vieren, como éste, no pueden decirlo; pues en contemplándola quedan insensatos. Quizá para que no divulguen cómo es; quizá porque se alimente de almas, atrayéndolas; quizá como castigo á no haberse conformado con ignorar su misterio.



Vuelve el Loco, y parece que ríe su labio, caído como un belfo. Señala la ondulante senda que esquiva los árboles.

—Quiere pan. También él quiere pan.

—¿De quién hablas?

—Yo le dije que tienes de comer y que siempre me diste.

No habla más el Loco, y se echa de costado royendo su zoquete. Pastores y fragatinas están suspensos y sin ver á nadie en el camino. Les aprieta el corazón el agüero de algún hechizo de la Dama.

—¡Es el Caballero!

La fragatina de los pechos abultados es la primera que le ve, metido entre el tejido de ramaje, que ni le descubre ni le oculta. Acércase lentamente; paso cansado el de la cabalgadura que, mientras camina, arranca hierbajos. Lleva la lanza alta sobre el estribo y el escudo colgado del arzón. El rostro, oculto tras las hendiduras del yelmo, el casco sin cimera y el puñal de misericordia golpeando el borde de los guardarrenes. Todo el hierro de la armadura está patinado y sin destellos ni reflejos, muerto y ennegrecido. Ni signos, ni cintas, ni color de señora servida.

Avanza más, con implacable lentitud, el caballo, vestido también de obscura armadura de placas lisas. El cielo tomó con el ocaso amoratado aspecto de carne herida, cruzada por rachas sanguinolentas como túrdigas de latigazos. Halo de luz violeta espesa las sombras. El Caballero, mudo, hermético en su estuche ferrado, esparce deseo de huir de su cansancio y da tristeza. Es una aparición doliente del silencio y del crepúsculo, bulto espectral ante el acardenalado pellejo del cielo.

Detiéndose y queda levemente caído hacia la testa del bridón, como si éste portase una armadura hueca. Como calla y no se mueve, el Pastor viejo se destoca y háblale, con miedo reverencial:

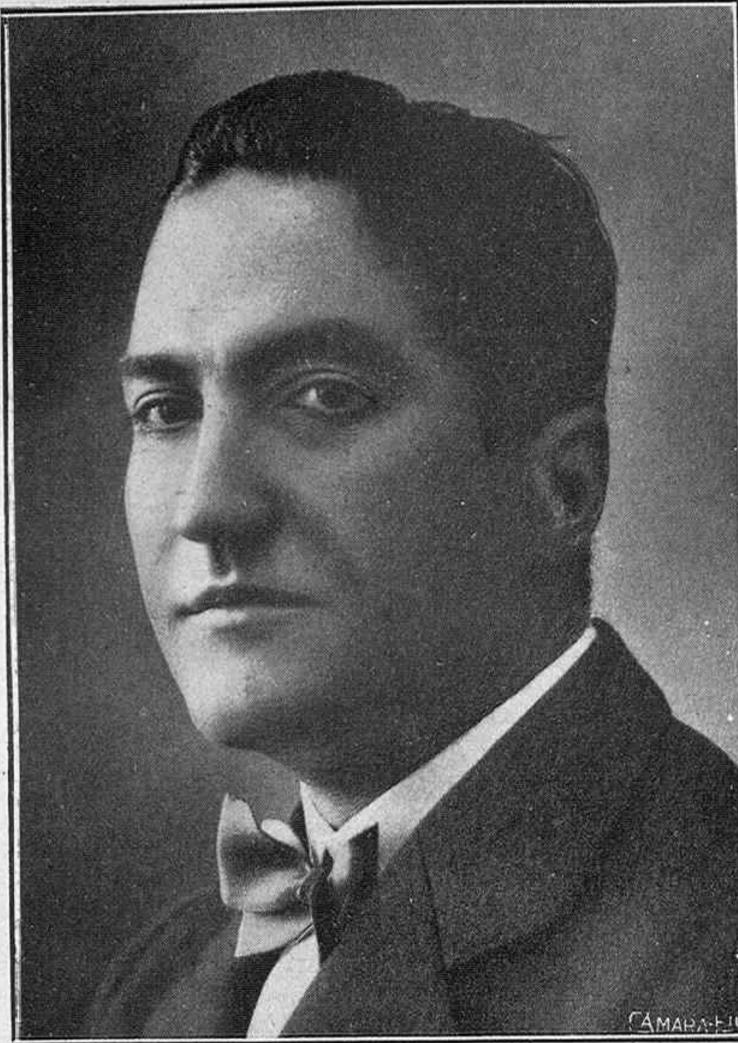
—Cristianos somos de Dios y Santa María. Señor, si venís á bien, sed bienvenido á nuestro pobre hato.

El Caballero, con sosiego, levanta al oírle la visera, y dentro del hueco negro del casco, semeja ser su amarillento rostro de antiguo marfil. La voz tiene una languidez de pesadumbre que traspasa.

—Dios y la Virgen estén siempre en vuestra compañía. Dadme sitio al fuego y pan, que la tarde es mortecina. No receléis. Sirvo orden de caballeros.

—Hicisteis bien en llegaros á nosotros, amén nuestra pobreza. Muchachos, ayudadle aún.

Las cuatro ayudan al Caballero á descabalar. Mientras el Pastor joven tiene de la rienda al bruto y, quitándole la testera, le deja por allí pacer, ellas reciben á peso el bulto de la armadura, con su cuerpo dentro, y el viejo Pastor recoge la lanza y la mezcla á los brazos de un olivo y apoya el escudo redondo. Queda el Caballero en pie, sin valerse. Delicadas, con sus manos



TOMÁS BORRAS

(Fot. Gaspar)

Autor de la novela «Sueños con los ojos abiertos»

sin duda queriendo huir de sí mismo y de su pensamiento. Pero su pensamiento, que había quedado aquí, le trajo otra vez tirando de sus ojos. Una noche escaló el castillo, y toda la pasó dentro.

—¿Durmió allí?

—No se sabe.

—¿Fué maltratado?

—¿Qué se oyó?

—Nada. Al amanecer varios pastores y acituñeros supimos la hazaña. A la puerta, con perros y las varas de cosechar, y los cayados nuestros y las hondas, esperamos la salida de algo que quizá fuera dragón y asolase. Pero el mancebo apareció solo, y huyendo; y por una barbacana baja para saetas descolgóse, dando en firme con fuerte porrazo. Quisimos socorrerle con hierbas para sus heridas, pero nos rechazó tan vehementemente, que en cada brazo tenía fuerza para dos hombres.

—¿Y estaba sin seso?

—Sólo noté, al principio, que había perdido la mirada. El tenía los ojos blanquecinos, con visos verdes y rojos y aun otros traslucos, brillando como metálicos. Al salir, su mirada no nos veía. Estaba fija quizá en lo que sólo veía él, ó en una

campesinas, un poco torpes del rubor de acercarse á varón, sueltan hebillas y clavetes; extraen el casco, la gola y la cubrenuca, que al chocar dejan una resonancia de tintineo. Así, la cabeza del andante queda airosa emergiendo de la caparazón informe. Es un perfil aguileño y de modelado aristocrático. Cabellos castaños caen en ondas sobre la gorguera, y su barba rala hace su expresión descuidada y de enfermo. Pero los ojos, en las cuencas violáceas, tienen qué divina veladura de suave agonía interior...

Hay una doncella que se conmueve y quisiera tomarle la diestra—con un beso—, pero sólo se atreve su audacia cohibida á despojarle las manoplas; las manos exangües tampoco lucen anillos. Otra de ellas le abraza, apartándose, la cintura y le descíñe la espada, que toma el viejo Pastor y aprecia su rudeza sin gemas en el puño de herrero. Otra fragatina se arrodilló de nuevo á avivar la hoguera, muy estremecida con el roce de los cabellos suaves al desbordarse de la gola. Y aquella que se quedaba suspensa y abstraída y cuya carne madura en olor de sensualidad, críspala boca seca y siente en las sienes y en los oídos tumultos arrebatadores. De ese modo, al Caballero, que le envolvía un halo fúnebre como un presagio, le rodea ahora y le alienta un círculo de amor.

Poniendo sobre una piedra rústicas pieles, hacen los pastores un asiento al llegado. Se sienta, y todos quedan respetuosos á la majestad de su dolor. Sólo el Loco, indiferente, acabado el comer, con tres piedrecillas del suelo se pone á jugar.

—Gracias os doy por vuestro pan y vuestra mano. Cuando se corre el mundo y no se gasta fortuna, se es rico en todas partes. Porque en todas partes nos auxilia la caridad fraterna.

Las mujercitas se arriesgan á preguntar, que es más en su condición curiosidad que timidez:

—¿Desde lejos venís?
—De los confines.
—¿Y adónde vais?
—Siempre más allá, más allá.
—¿Os lleva el amor?
—Mi corazón es el que me lleva; obediéndole, sigo su anhelo fatal.

También interroga el Pastor joven:

—¿Cómo no os detuvisteis en la ciudad?
—Lo dice—corroborá el Pastor viejo— porque este pobrísimo asilo es indigno de vos.

—Mi hermano es el humilde: entre vuestro ható ó la ciudad, no dudo. Como tampoco me dirigí al castillo, altanero de ver.

—¡Dios os preservó del castillo, del mal encanto y de la Dama mala!

—¿Una bruja? ¿Qué es lo que decís?
—Ved un loco que estuvo.

—¡Si pasáis cerca del castillo, no volváis la cara!

—Os recitaré, ya que por más viejo estoy en las consejas de este país, el romance que han urdido describiendo el castillo de Urganda la Desconocida.

El cielo guarda en cenizas sus rescoldos, rojos, y la lumbre sube, con la obscuridad, á rubies. El Caballero deja su pan, y el Pastor joven considera, pieza á pieza, la armadura empavonada.

—Castillo puesto en la noche,
tinieblas son sus estancias;
al que entra allí, se le ciegan
luego los ojos del alma.
Ese castillo es la puerta
del reino de Urganda.

Repetían las cuatro fragatinas como cuando canta una y las demás se aplican á la labor:

¡Ese castillo es la puerta
del reino de Urganda!

Añadía:

—Como no se ve á su reina,
Desconocida la llaman;
y si alguno lo consigue,
con la locura lo paga.
Nadie vuelve, como entró,
del reino de Urganda.

Y las cuatro fragatinas:

—¡Nadie vuelve, como entró
del reino de Urganda!

Y el Pastor viejo:

—Desde que existe esta tierra,
está en lo oculto la Dama.
Cuando una víctima escoge,
desde la sombra la llama.
Tras él se cierra la puerta
del reino de Urganda.
También dice la leyenda
que tiene barba encarnada,
que sacó de su prisión
al príncipe de Viana,
y que ha encantado á Esplandián
en su insula No-hallada
en los mares de agua negra
del reino de Urganda.

Recogen la cola del romance las cantoras infantiles:



Portada de la novela «Sueños con los ojos abiertos»

—¡En los mares de agua negra
del reino de Urganda!

Y saludan, aunque sentadas, á la manera de las cómicas. El Loco, desde que oyera pronunciar el nombre de Urganda, avizoró, desperezando su atonía. Se ha levantado sin ser sentido, y echa el aliento junto á la oreja del Pastor doncel. El Caballero sufre una fuerte impresión que caldea su rostro. Ha subido una oleada centelleante á sus ojos lúcidos. Clama con gran voz:

—¡Desconocida Dama, tenebroso reino! ¡Yo cuidaré el rescate; yo os arrancaré el cautivo que guardáis!

—Tranquilizaos. Sólo es una conseja puesta en verso por algún bululú.

—Iré al castillo y desencantaré á Esplandián, el buen caballero.

—Buen caballero vos, que así os preocupáis de la suerte de vuestros hermanos de armas. Pero creedme, no vayáis.

—¡No entréis en el castillo!

—¡Temed las asechanzas de la reina del frío, de la nada y del sueño!

—¡Temed á Urganda!

Irrumpe el Loco con exaltación delirante:

—¡Urganda es la señora de la Naturaleza! ¡A sus pisadas brota la flor! ¡El rayo blanco se rompe en siete colores para adornarla! ¡Los árboles tiemblan y derraman á sus pies el polen! ¡Música que se compone á sí misma, suena para sus oídos! ¡Urganda es de luz pura! ¡No se ve su rostro deslumbrador que ciega! ¡El mundo se conmueve y vibra á su paso! ¡Por donde va, nace un reguero de soles! ¡Por ella se hace y deshace todo incesantemente! ¡Por ella todo se nutre y se transforma! ¡En su poder está el arca de la verdad! ¡Urganda hace que empiece de nuevo lo que acabó! ¡No hay dolor en su reino! ¡No hay más dolor que estar desterrado de él! ¡Allí, la vida en hervor incesante! ¡Vivir aquí, en la muerte, es martirio! ¡Quiero ser otra vez mariposa y espíritu, flor y viento! ¡Urganda, Urganda!...

Llamándola así decae la expresión alucinadora hasta su fría mansedumbre habitual. Con gesto de hastío se aparta nuevamente, y cogiendo las pedrezuelas juega insensible y ensimismado. El susto de las chicuelas labradoras no ha dejado calor en sus manos, que trasudan. El Caballero le escuchó atentamente:

—El mancebo dice verdad. El vió el reino prodigioso de Urganda; él es el único que sabe cómo es la reina.

—La locura habla por su boca.

La sensatez del Pastor viejo concuerda con el pavor del muchacho:

—El reino que gobierna es fatídico, y Urganda, endiablada.

Mira el Caballero el alcázar de piedra obscurecida, cien codos más alto que las encanecidas cabezas de los olivos sumisos.

—¡Qué soledad la suya!

El Pastor viejo, que sabe todas las cosas del valle, recuerda un pormenor:

—Ahora no está tan solitario el castillo. Con Urganda vive una mujer.

—¡La judía renegada!

—Una mujer maldita.

—Es la que trastornó al Loco.

—Antes el Loco fué á acusarla á la justicia. Cuando la idea de entrar en el alcázar y ver á Urganda se apoderó de él, merodeando alrededor vió á esa mendiga. Furioso porque no le quiso comunicar el secreto de la entrada al reino de la bruja, el Loco delató á la mendiga. Y la dieron tormento.

—Pero no se consiguió de ella palabra alguna, acerca de Urganda ni de su reino pestilente. Ni usó decir dónde estaba encantado Esplandián.

Ha cambiado su desmayo el Caballero por el ímpetu. Su rendimiento á la carga, demasiado agotadora para él, de su propia vida y la dulzura de saúdade de su rostro triste, son ahora erguidas amenazas en pie, ilusión y movimiento en sus ojos:

—¡Yo entraré en el castillo; yo salvaré á Esplandián, mi hermano! ¡Yo contemplaré á Urganda, á la que siempre, sin conocerla, anhelé! ¡Porque ella era la aspiración sin nombre, el ansia que no comprendía, aquello por cuya posesión sufrí!

Sin saberse de dónde, fluye la voz de Urganda. Milagrosamente insinuante, la escucha el Caballero:

—Hilando estoy
el hilo de tu vida
que nunca se acaba.
La novia soy,
la novia presentida
que tu alma soñaba.

No comprende el Caballero que sea un sonido material el que escucha.

—¿Quién canta junto á mi oído tan suavemente? ¿Es acaso mi propio corazón?

La voz de Urganda continúa, como un aroma:

Contigo estoy
y sientes qué caricia
te da mi mirada,
Tu vía soy
y la eterna delicia
te tengo guardada.

—¿No oís cantar? ¿No oís cantar?

TOMAS BORRAS

NORTEAMERICA, EL PAIS DE LOS RASCACIELOS



Una de las casas edificadas últimamente en Wáshington: una entidad comercial, de cuya importancia da idea la magnitud de la construcción

(Fot. Agencia Gráfica)

EL ARTE EN EL VATICANO

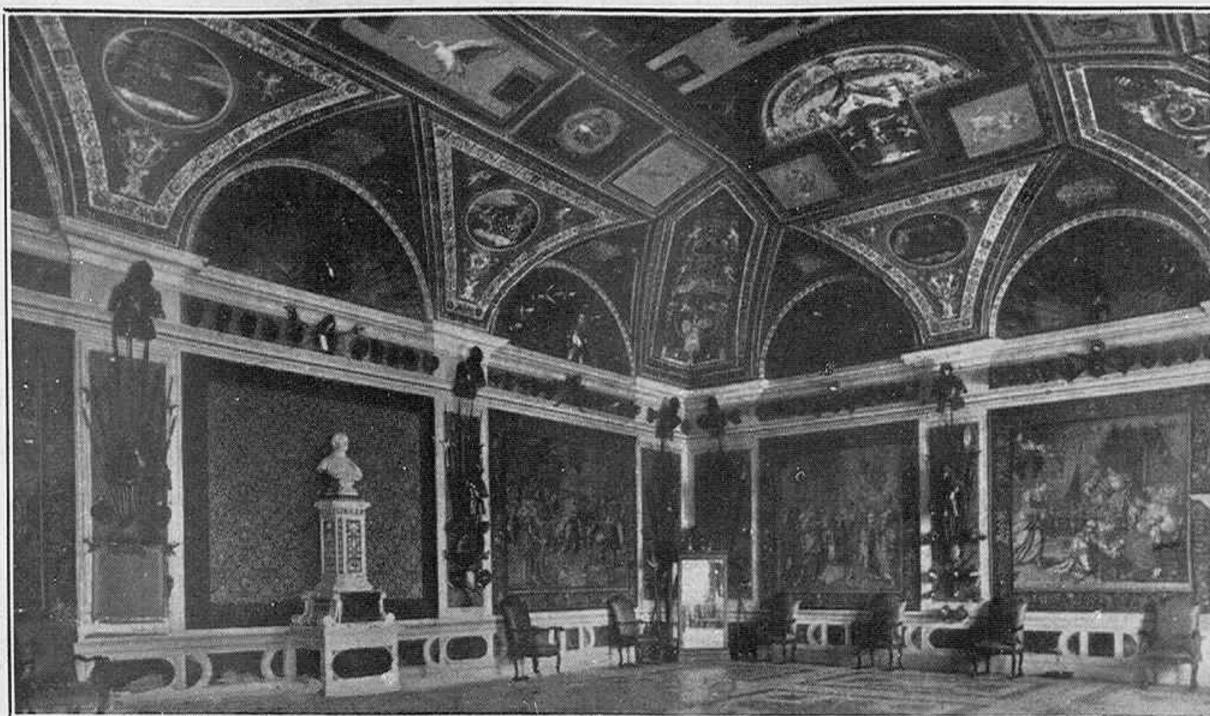
Los aposentos Borgia

El español que tiene la suerte de visitar los solemnes interiores del Palacio Vaticano, no vacilará en declarar su predilección, muy enfervorizada, hacia los llamados *aposentos Borgia*. Porque además de constituir un conjunto verdaderamente asombroso por el cúmulo de bellezas artísticas que cada uno de los mismos atesora, como eximios joyeles, el nombre famoso de Borgia, que no es Borgia, sino Borja, bien valenciano, conduce á evocar con respeto la figura interesantísima, tan condenada un tiempo indebidamente, y ya más considerada hoy, por ventura, del papa Alejandro VI, Rodrigo de Borja, padre de Lucrecia y de César, alrededor de cuyos nombres tanto se ha dilatado la fantasía.

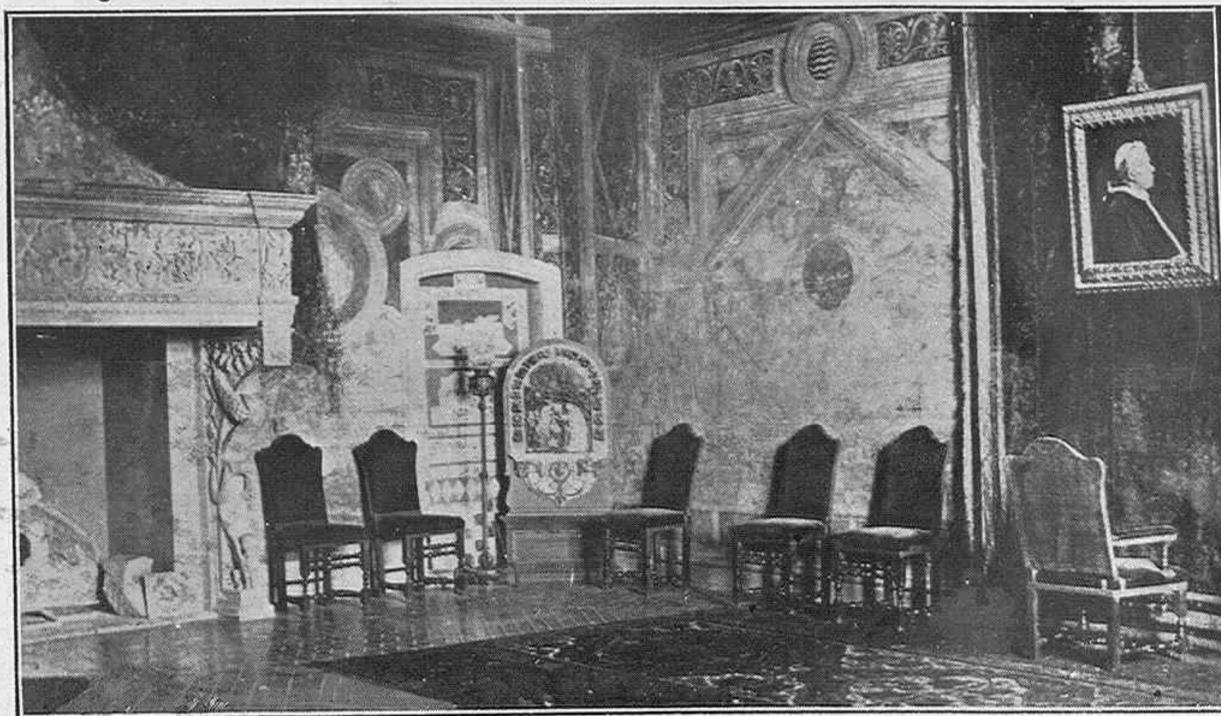
Alejandro VI, con la construcción de las seis estancias que llevan su nombre, dotó de otras tantas maravillas á la fábrica del Vaticano. El principal valor de las mismas radica en las grandes composiciones pictóricas creadas por el genial Bernardo Betti, conocido por «el Pinturicchio», de quien fué un gran admirador y un constante apoyo el Papa valenciano.

A la primera de las piezas Borgia se la llama Sala del Pontífice, que en la actualidad preside un busto de León XIII, á iniciativa del cual débese la restauración de aquellos departamentos. No es posible describir cuanto contiene la vastísima Sala papal. Dígalo la fotografía, que bien muestra las preciosidades pictóricas del techo y de los muros, y la gran magnificencia global, á la que contribuye la colocación asidua de las ricas armaduras.

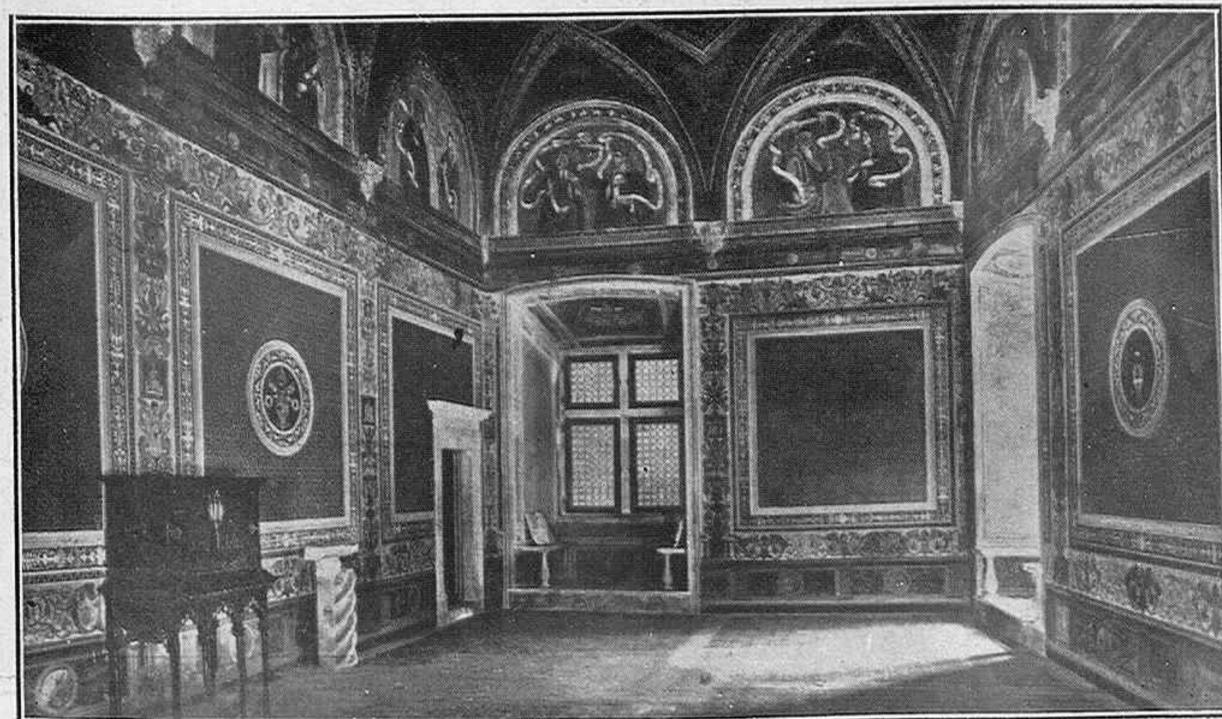
En el segundo aposento, «el Pinturicchio»



Los aposentos Borgia, en el Vaticano.—Sala papal



Sala del Trono, en los aposentos Borgia



Una de las habitaciones particulares del Papa Alejandro VI

patentizó la elevada jerarquía de su arte componiendo unos frescos portentosos, que representan escenas de la vida de Jesús. Una de las composiciones, la *Resurrección*, contiene la imagen del Papa español, arrodillada, en actitud de éxtasis, junto al santo sepulcro. De una Virgen con el Niño en brazos que aparece como tema principal de otra composición, opina el erudito Jorge Visari (1512-1574) que el rostro de María es el retrato de Julia Farnesio, la bellísima mujer, pasión postrera de Rodrigo de Borja.

En la Sala de las Vidas de Santos colman su zona superior las vastas creaciones del artista perusino, como protegiendo la iniciación de los des-

bordes decorativos del techo. En el *Juicio de Santa Catalina*, la figura del Emperador parece que está inspirada en la persona de César Borgia.

Tan notable como las anteriores es la Sala de las Artes Liberales y de las Ciencias, igualmente matizada de primorosidades. Como también las dos restantes piezas, que Alejandro VI utilizó para capilla privada y dormitorio. Una de ellas ha sido transformada más tarde en un secundario Salón del Trono.

A través de los seis departamentos, cada uno bien severo é imponente dentro de su característica ornamentación profusa y lujosa, el genio de «el Pinturicchio» queda de manifiesto, admirablemente definido. Sus pinturas, poseedoras de una vibrante fuerza emotiva y, á la par, de soberanas delicadezas, son en cada caso sendas meritisimas, magistrales producciones que la crítica siempre ha ponderado con pasmo y entusiasmo unánimes.

Y es como un símbolo el escudo de los Borja, con el vigoroso y tremendo toro en su flanco diestro, reiterado con frecuencia en el exorno del aposento. Un símbolo, un motivo para consideraciones muy peregrinas..., que debe de eludir el turista en el momento de la visita, por respeto.

SALVADOR SEDO



«Socorro á Génova por el marqués de Santa Cruz» (fragmento), original de Antonio Pereda, que se conserva en el Museo del Prado

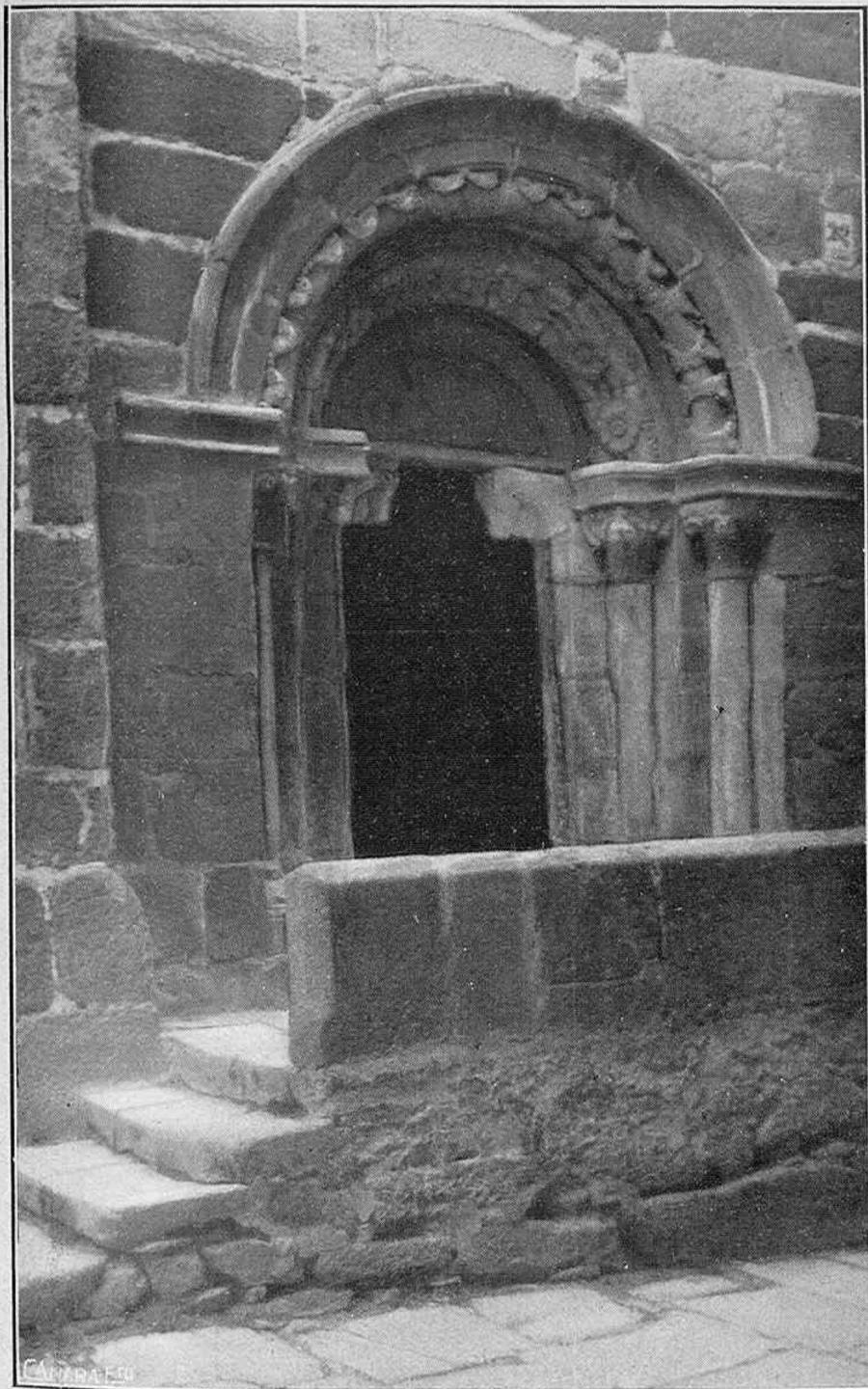
LA CORUÑA, CIUDAD DE VERANO

LA ciudad herculina se ha engalanado para recibir á los millares de veraneantes y turistas que han acudido al bellissimo rincón galaico para pasar gratamente los días del descanso estival.

Hay pocas ciudades en nuestra península tan bien dispuestas para el verano: una población limpia y alegre; paseos y jardines bien cuidados y espaciosos; espectáculos varios para todos los gustos; una plaza encantadora situada en el más bello lugar de la costa; temperatura agradabilísima constante; pintorescos lugares propicios al excursionismo á distancia breve de la capital y unidos á ella por rápidos y cómodos medios de locomoción.

La Coruña no ha necesitado hacer ningún extraordinario para recibir á sus huéspedes con los honores que se merecen. La temperatura es, en la capital gallega, de una suavidad encantadora. El calor no deja nunca sentir los rigores de otras playas, y el ambiente es siempre cordial, encantador.

La población parece siempre en fiesta. Los paseos ofrecen el encanto adorable de las lindísimas mujercitas coruñesas, orgullo y gala de España



La Coruña.—Puerta lateral de la iglesia de Santiago



Nocturno.—Iglesia de Santo Domingo, de La Coruña

entera. Pero entre todos los espectáculos, el de aquella calle Real, bulliciosa y alegre, no tiene comparación con ningún otro trozo de rúa galana y españolísima. La calle Real es única, y es el más fiel espejo de una Coruña adorable y maravillosa.



El magnífico Palacio Municipal de La Coruña

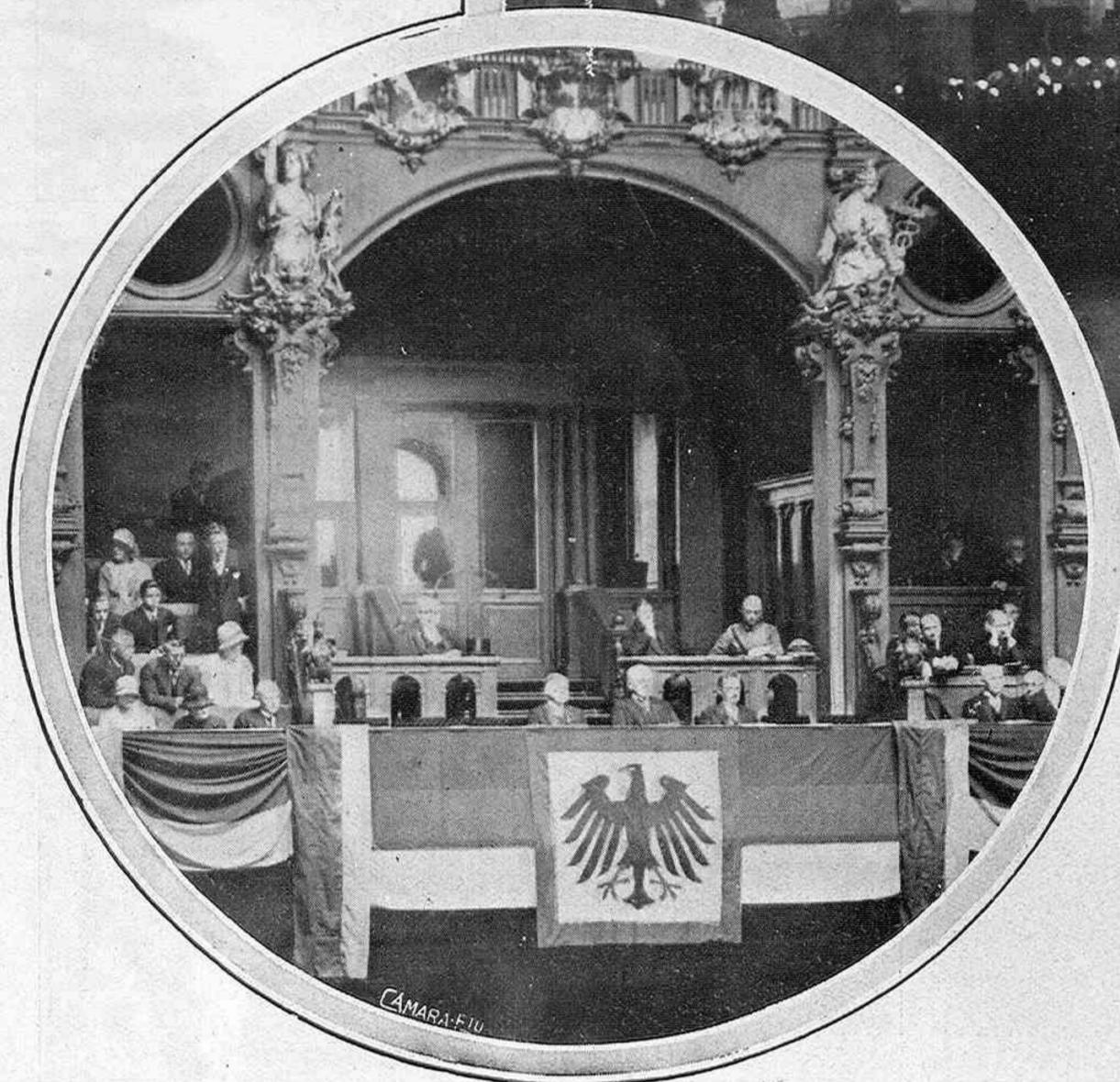
FECHA HISTÓRICA

El aniversario de la
Constitución de Weimar

Ha sido celebrado con gran solemnidad y pompa oficial el X aniversario de la proclamación de la República alemana y la Constitución de Weimar



El palacio del Reichstag, en Berlín, iluminado en la noche de la víspera de la conmemoración de la Constitución de Weimar



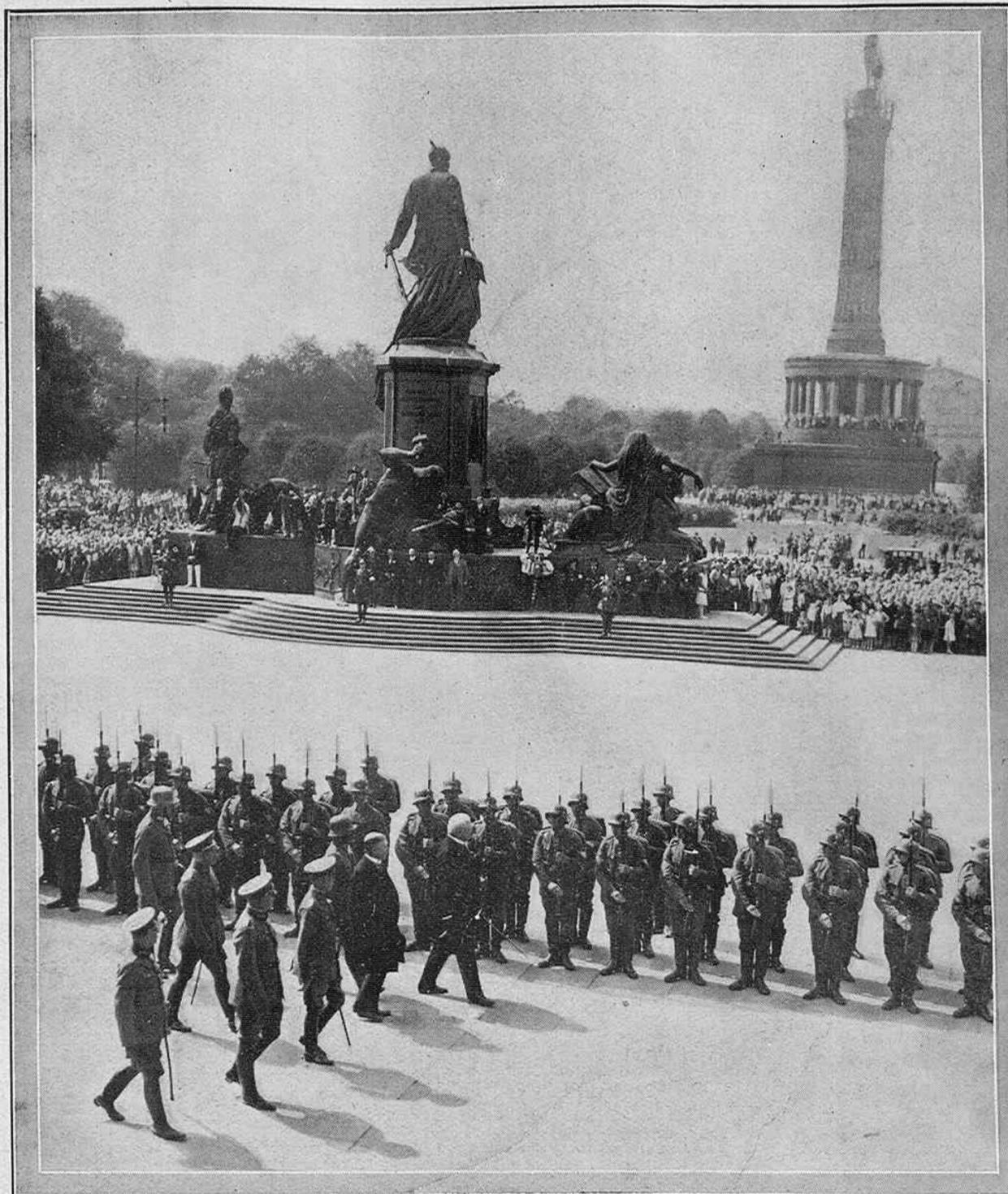
El presidente de la República alemana, general Hindenburg, presenciando desde el palco de honor del Reichstag la solemne sesión conmemorativa

LA República alemana ha celebrado solemnemente el décimo aniversario de su existencia. En la sesión histórica celebrada en el Reichstag, el ministro del Interior, Sr. Severing, pronunció un discurso expresando la esperanza de que los hombres de Estado reunidos en La Haya logren transformar los debates sobre la paz de 1929 en una paz real, que liquide de una manera definitiva la guerra. El Sr. Severing hizo constar con satisfacción que la República, nacida en tiempos terriblemente

difíciles, ha salvado á Alemania, en el transcurso de estos diez años, de la ruina bolchevista y ha conservado la unidad del Imperio, añadiendo que la paz exterior, á la que aspira la república, su voluntad de paz, nacen de la convicción de que una nueva guerra en Europa, en el mundo, amenazaría aniquilar definitivamente la cultura de hoy.

El orador se refirió luego al desarme militar, y dijo que la práctica demuestra la desigualdad y la injusticia á la que se condena todavía á Alemania en el concierto europeo, y añadió que, á pesar de todo, la república procede voluntariamente á un desarme, que debe ser el desarme del odio y de la desconfianza entre los pueblos.

Invitados por el señor Groener, ministro

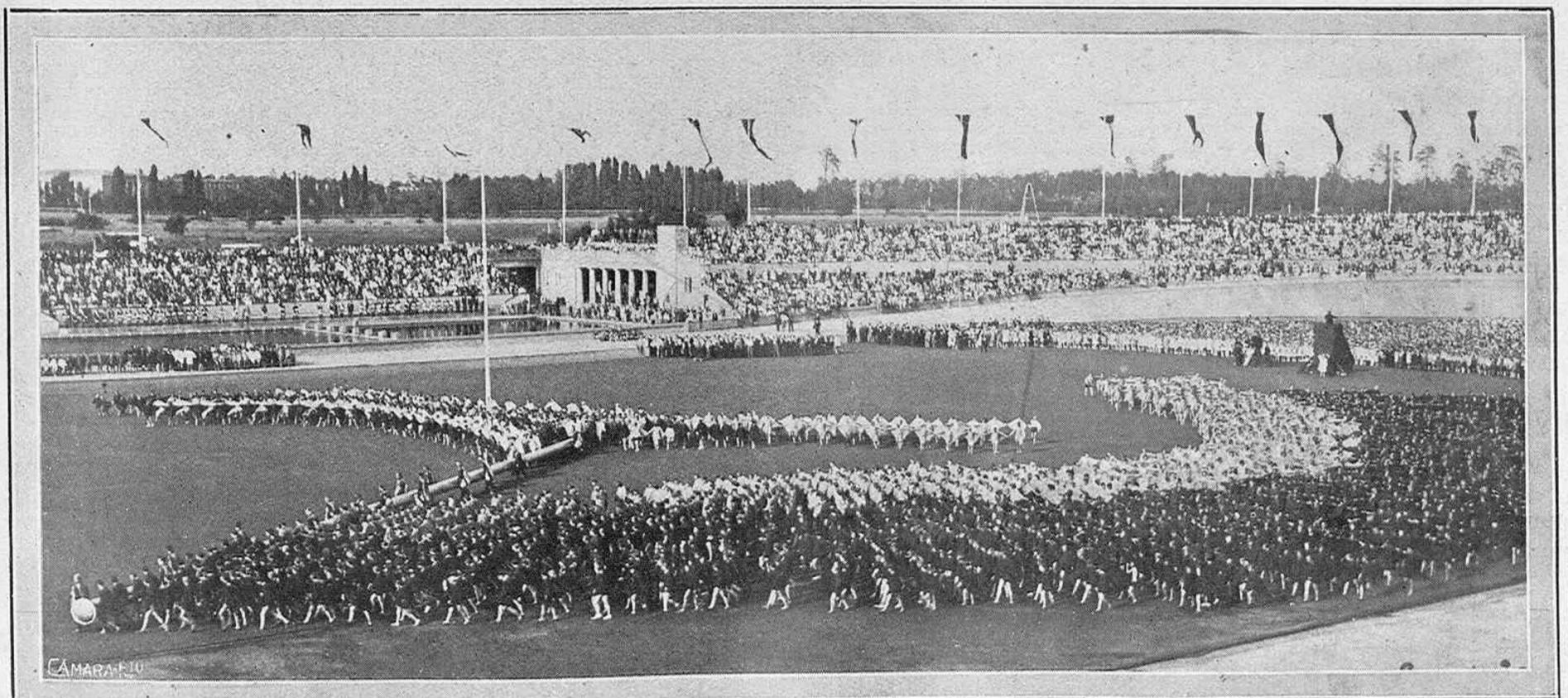


El presidente von Hindenburg, acompañado del ministro de la Guerra general Groener, á su derecha, pa-

de la Reichswehr, en representación del canciller Müller, enfermo como se sabe, los miembros de la Asamblea se levantaron, dando una aclamación en honor al pueblo alemán, unido en la república. Terminada la ceremonia, el mariscal Hindenburg pasó revista á la compañía que rendía honores ante el palacio del Reichstag, y regresó á su domicilio entre las aclamaciones entusiasmadas de la muchedumbre.

Además de estas fiestas, en el Stadium se celebró un festival atlético brillantísimo, y por la Unten der Linten desfilaron ante el Presidente más de cincuenta mil miembros de la Asociación Reichs Banner, cuyo presidente pronunció un discurso, haciendo votos por la constitución de la «Anschluss» ó gran Alemania.

sando revista á las tropas de la Reichswehr, en la plaza de la República, el día de la fiesta conmemorativa



Más de tres mil escolares alemanes tomaron parte en la jornada atlética celebrada en el Stadium Grunewald, de Berlín, en la fiesta de la República, ante cuarenta mil espectadores. En la fotografía, los muchachos, vestidos de negro, rojo y oro, los colores de la bandera alemana, hacen ejercicios de conjunto

(Fots. Agencia Gráfica)



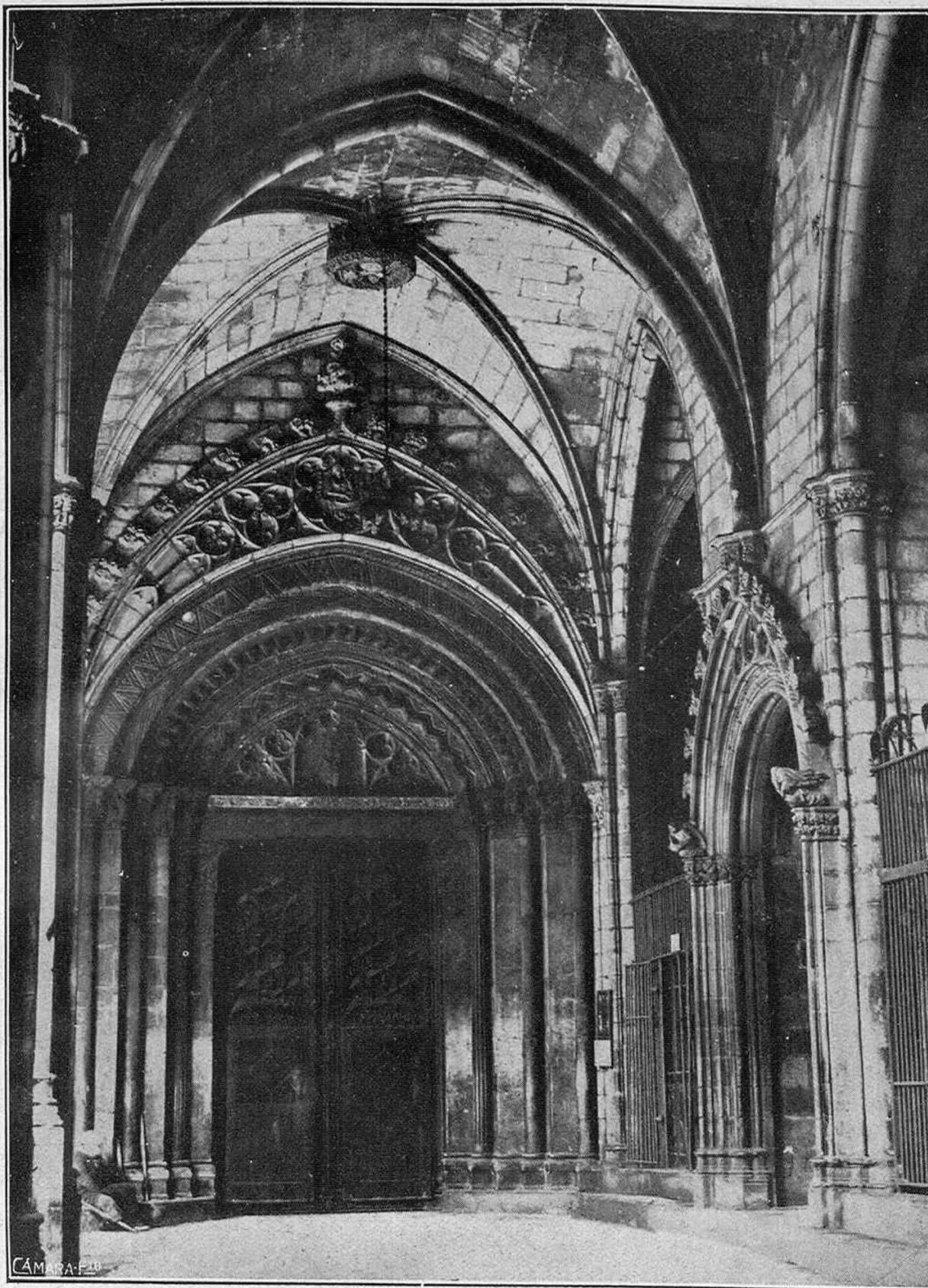
La vida femenina en las playas



Las puertas del paraíso terrenal se han abierto, de nuevo, ante las hijas de Eva... Hay un paraíso terrenal en cada playa... Y las «evas» de nuestro viejo siglo de maquinismo, de fatiga y de ciencia, vuelven por algunas semanas al encanto, a la sencillez, a la verdadera vida de la naturaleza... A bordo del yacht; en los juegos deportivos sobre la arena; en la merienda, el té o la «creama» después del baño; respirando el puro aliento del océano a plenos pulmones y absorbiendo la sanadora energía de los rayos solares por todos los poros de la piel; en poder de los grandes, de los únicos bienes de la existencia—la luz, el aire y la libertad—, las mujeres hallan de nuevo el perdido paraíso, cerrado durante siglos y siglos por la estupidez, los prejuicios, las supersticiones y el egoísmo de los hombres...

TEMPLOS ESPAÑOLES

Vagando ante las puertas de la Catedral de Barcelona



Puertas interiores del claustro ojival, en la Catedral de Barcelona

Es al anoecer de un véspero otoñal tranquilo, cuando se extingue la luz crepuscular tras de la verde sierra del Tibidabo; cuando sobre el mar se eleva una luna llena esplendorosa, produciendo sobre el inquieto oleaje centelleantes reflejos dorados. Es en esa hora maga en que la gran urbe condal se anima aumentando su bullicio, de congestión de autos y de paseantes en las Ramblas, plaza de Cataluña, Vía Layetana y calle de Fernando, que gradualmente se inundan de luces y rebosan plétora de vida.

Pero apartémonos de la luz y del bullicio; tomemos en la plaza de San Jaime la estrecha calle del Obispo, y en brusco contraste veremos cambiar radicalmente la decoración al penetrar en el barrio arcaico de la Catedral, en el corazón de la antigua Barcino, en la ciudad medieval de góticos templos y palacios renacientes, de estrechísimas callejas solitarias, de misteriosa penumbra con señoriales casonas blasonadas, de redondos soportales, ventanales geminados y salientes aleros. Allí se congregan los palacios de la Generalidad ó la Real Audiencia, el de los condes de Barcelona, el del Obispo, la Casa del Arcediano, la Canonja, las torres y columnas romanas..., todo en quietud de secular encantamiento y en silencio interrumpido solamente por el susurro de una fuente. Si de tarde en tarde

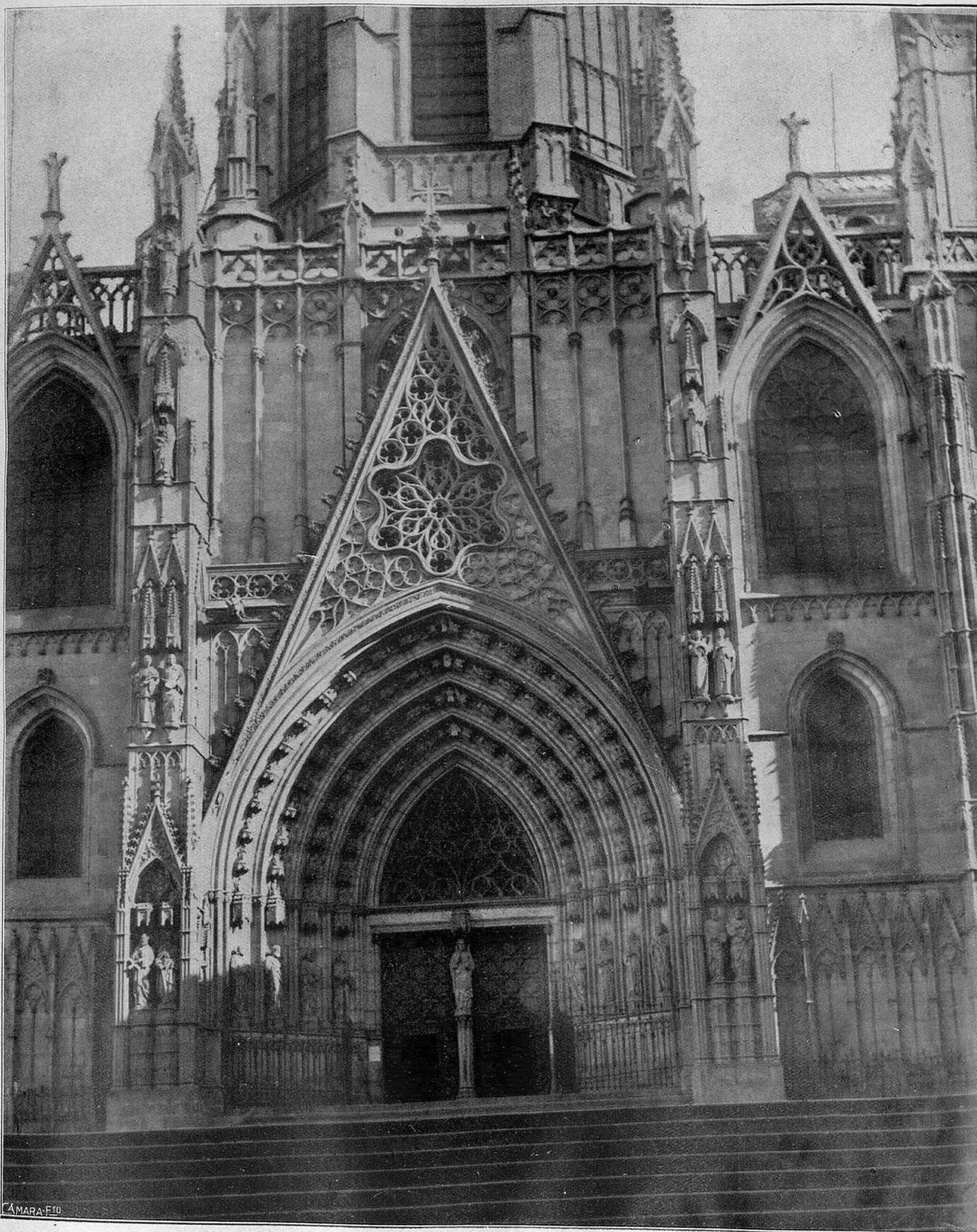
turba el reposo la bocina de algún automóvil, parece que se estremecen esos muros patinados.

Un marco de luz, un anillo de hormigero humano, limita el cuadro de la Barcelona antigua que á través de las centurias sigue defendiéndose heroicamente de la invasión del modernismo exótico que la acecha y pudo conservar su rancio abolengo, su sabor de época, su pureza de estilo que se perdió ya en otras ciudades y que en ésta encuentra campo en la reforma y los ensanches.

Cual centinela gigante que cobija estos palacios de su barriada, descuella la mole oscura de la antigua Catedral, irguiendo sus torres gemelas á cincuenta metros de altitud, sus chapiteles calados y sobre todo, el atrevido cimborrio que pretende elevar la cruz de su remate á la región de las nubes.

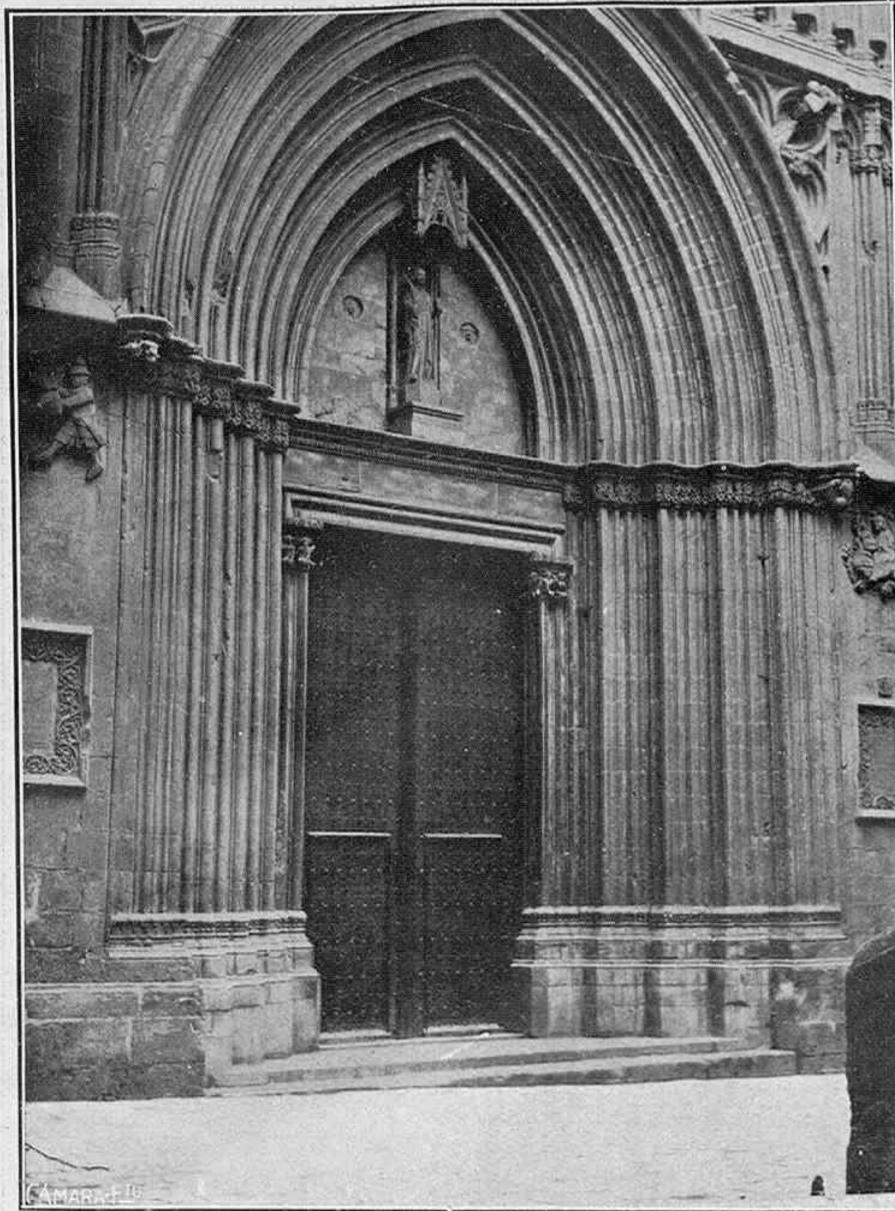
Fren e á la amplísima escalinata que divide en dos distintos planos la plaza de la Catedral, contemplamos un momento su aparatoso frontispicio de complicada traza con su gran portada ojival de tímpano calado, el óculo que la surmonta, los rasgados ventanales, las esbeltas agujas, las volantes cresterías y el altísimo cimborrio. Visto á la luz de la luna se agiganta y la imaginación sugiere quiméricos detalles en las sombras. Hasta las estatuas parece que adquieran vida. A la luz brillante del sol sufriríamos un desencanto; veríamos que todo es obra moderna del dadivoso Girona, felizmente realizada á fines del pasado siglo por los arquitectos Mestres y Font, según diseños de un pergamino del archivo. Mas, junto á esta obra pseudogótica, contrasta la pequeña puerta netamente románica de la capilla siglo XIII, de Santa Lucía, formada de finos arcos de medio punto.

Demos la vuelta á la Catedral que forma con su claustro una gran manzana y admiremos así sus puertas y ventanales. Lástima grande es que la estrechez de las calles que circundan su perimetría, y la escasa luz, no permitan contemplar el complicado ábside de capillas poligonales, las prismáticas torres, las artísticas gárgolas y los aspectos de conjunto del exterior de la basilica.

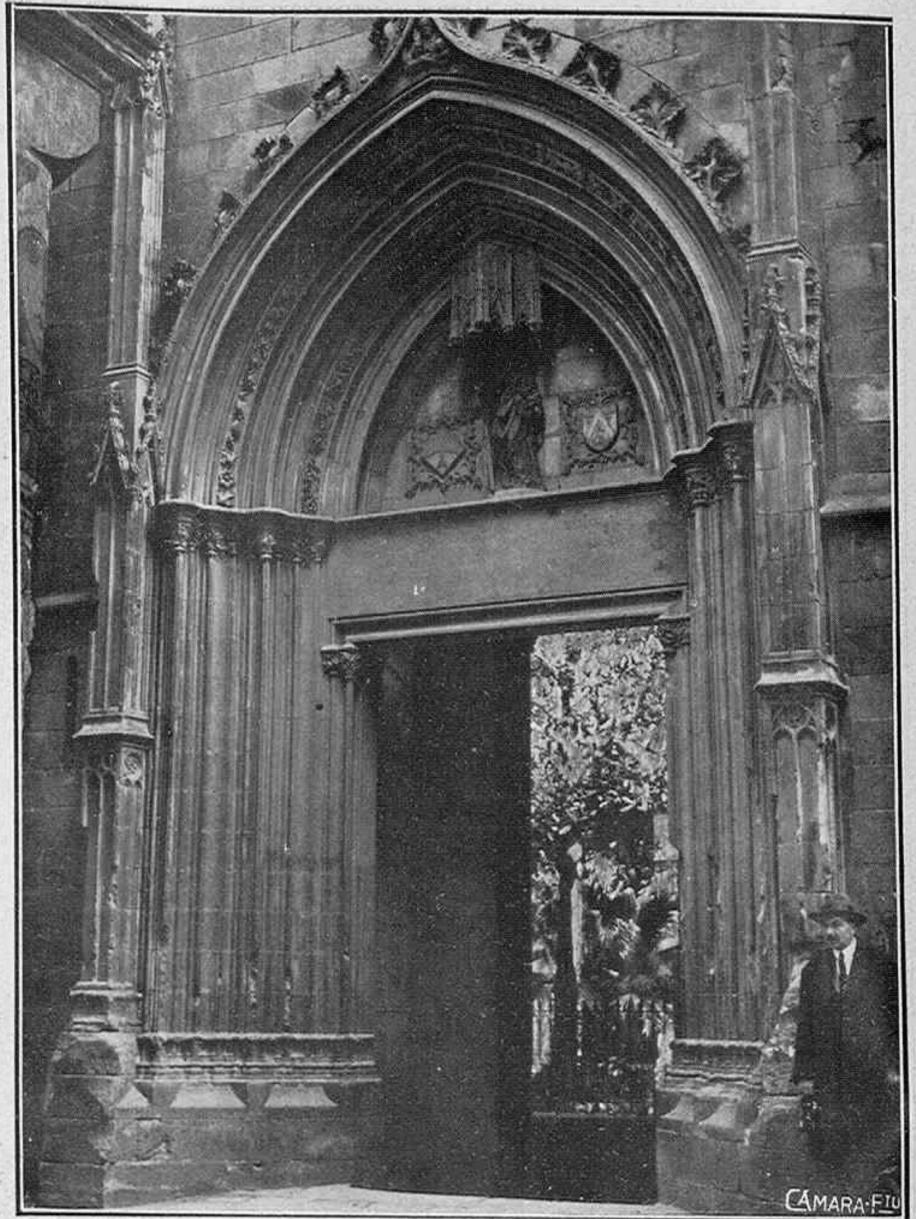


CÁMARA FOTO

Puerta principal pseudo-gótica de la Catedral de Barcelona



Puerta lateral de San Ivo



Puerta gótica del claustro exterior

Ascendiendo los peldaños de la capilla de Santa Ana, abarcaremos, algo apartados, la airosa puerta de San Ivo, sobre la cual temerariamente descansa la esbelta torre del reloj. Cinco arcos muy apuntados cobijan el tímpano con la estatua del santo, bajo doselete. En los muros laterales se empotraron sillares labrados con figuras románicas del siglo XII, procedentes de la primitiva catedral románica que construyó el conde Ramón Berenguer I.

Sigamos adelante. Rodeemos el antedicho ábside, pródigo en inscripciones (ilegibles de noche), y llegamos a la puerta de la Piedad, más pequeña que la anterior, pero del mismo siglo XIV, y más bella aún si cabe. Tomó nombre del relieve esculturado de su tímpano, que es una maravilla de ejecución en talla de madera. Formando ángulo recto torcemos el muro del claustro para detenernos frente a la puerta que enfrenta a la calle de San Severo. Es de archivoltas caladas, angrelados sobre el arco superior, y tímpano blasonado con la imagen de la Virgen. Los delgados fustes de los cubillos rematan en capiteles de flora.

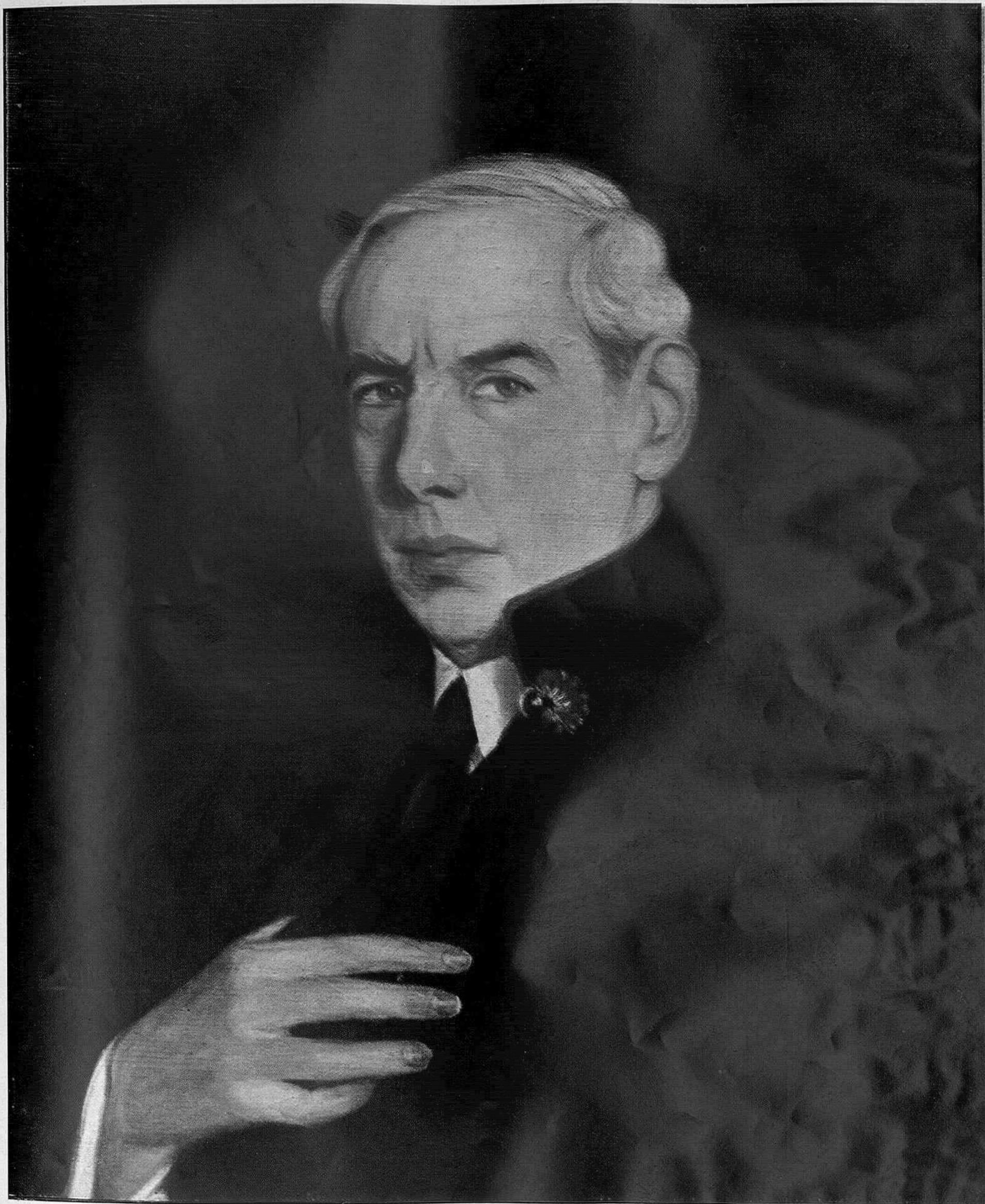
La puerta está abierta hasta el toque de las últimas oraciones. Franqueemos el paso que nos brinda y admiremos el gran claustro ojivo de la Catedral débilmente alumbrado por las arañas eléctri-



Reja gótica de una capilla del claustro de la Catedral

cas de sus ángulos. Esta visita nocturna al claustro tiene encantos insospechados. Allí vemos la puerta románica del siglo XIII, resto del antiguo templo con el cual comunica el claustro. Las puertas góticas de sus salidas y la de la sala Capitular. Paseemos sus galerías, y recreémonos en la contemplación de su glorieta, ventanas, sepulcros históricos y lápidas de los muros; de las capillas con góticos retablos trescentistas y esculpturados sarcófagos, recatados tras las rejas forjadas del siglo XV; levantemos la vista para ver las claves historiadas de las crucerías molduradas de las bóvedas. Nuestros pasos retumban en los claustros solitarios de la Catedral. Entre mudos sepulcros y silenciosas imágenes, saboreemos a placer el romántico ambiente de este lugar. En el patio enverjado duerme el jardín. La brisa mece sus flores perfumadas. Los cisnes todavía se deslizan sobre el cristal de un estanque que refleja los encajes de piedra de un ojivo ventanal. La fuente musita una oración. Sobre la reverberación del celaje, el chapitel del cimborrio ahilanta su cúspide hasta siluetear, en lo alto, el signo sacrosanto de la Cruz que desde el claustro aparece eclipsando la luna que lo nimba como una aureola cual faro divino: como un símbolo, como algo sobrenatural.

CARLOS SARTHOU CARRERES
(Fots. del autor)



«Retrato del ilustre novelista Eduardo Zamacois», cuadro original de «Virgilio»

DÓNDE NACIERA Y CÓMO CASARA FERNANDO DE ARAGÓN, EL DE LOS ALTOS DESTINOS

DEMASIADO breve, en verdad, el espacio disponible para una crónica sobre tan sugestivos extremos, capaces de transformar completamente la Historia de España, preciso será sacrificar toda gala literaria y repetición de antecedentes históricos, en gracia á la mayor abundancia de importantes asertos, en pleno disfrute de la más absoluta autenticidad.

Fernando V de Aragón — propiamente llamado el Rey Católico — nació en la villa de Sos, provincia de Zaragoza. Hijo de Don Juan II, rey de Aragón y de Navarra, y de su segunda esposa, Doña Juana Enríquez, descendiente del

almirante de Castilla, fué el segundón de la Casa, que, sin embargo, pudo llegar á heredero de la Corona cuando la misteriosa muerte de su desdichado hermano el Príncipe de Viana.

Con ser la historia del católico rey la más emotiva y episódica entre todas las historias de los reyes de España, hubo en ella dos sucesidos: el de su natalidad y el de su casamiento, que, á pesar de su aspecto novelesco en extremo, han pasado á la posteridad rigurosamente históricos.

Por sabido de todos cuánto significó en la Edad Media el poderío y fortaleza de la Corona de Aragón, tanto por el triunfo de sus armas cuanto por sus ejemplares instituciones políticas, espejo de libertades para pueblos conscientes y libres.

Acaecía, en el transcurso del siglo xv, una crisis trascendental para las nacionalidades, predominantemente en Navarra, Aragón, Cataluña y Castilla. A la sazón, existía en Navarra un poderoso partido que, militando por el Príncipe de Viana, llevaba muy á mal que su rey, Juan II, hubiese casado con Doña Juana, hija del almirante de Castilla, y á quien odiaba consiguientemente; perseguida por sus muchos enemigos, debió la reina encerrarse en la fortaleza de Estella, y mala cuenta hubieran dado de ella las tropas sitiadoras, partidarias del de Viana, su hijastro, si el Rey de Castilla no hubiera corrido en su ayuda cuando también lo hacía su esposo; milagro fué que padre é hijo no hubiesen de luchar frente á frente.

Trasladada Doña Juana Enríquez á Sangüesa,



El palacio de Sada, solar de don Fernando el Católico y edificado en el siglo XV

provincia de Navarra, y sintiéndose muy adelantada en su embarazo, presintió con certero tacto político la apremiante necesidad de que naciera el sucesor en Aragón y no en Navarra, y disponiendo cuanto fué menester para marchar al vecino reino, emprendió el penoso viaje prestamente. Pero sintiendo la proximidad de su alumbramiento, hizose colocar precipitadamente en una cama en forma de parihuelas, y á hombros de sus servidores llegó á Sos con los primeros síntomas del parto; un incidente inesperado detuvo al cortejo cuando entraba en la calle que conducía á la casa-palacio de la ilustre familia de Sada, donde había decidido alojarse. Por la estrechez de la rúa, la cama portátil de la reina no podía pasar, siendo preciso reposarla en el suelo; á toda prisa los servidores y vasallos picaron desde el suelo hasta una altura conveniente las paredes de las casas, y así, ensanchando el camino, la reina y su séquito si-

Miguel, y adosado á la iglesia de su nombre. Un colegio fué el último ocupante, pues á consecuencia del ensanche y urbanización de la ciudad, el espacio del inmueble y el de sus jardines es ocupado en la actualidad por varios modernos edificios. Habitándolo todavía los referidos marqueses, existía un salón, el mejor del palacio, llamado de la reina Doña Juana, en que se conservaban los tapices que ella regaló.

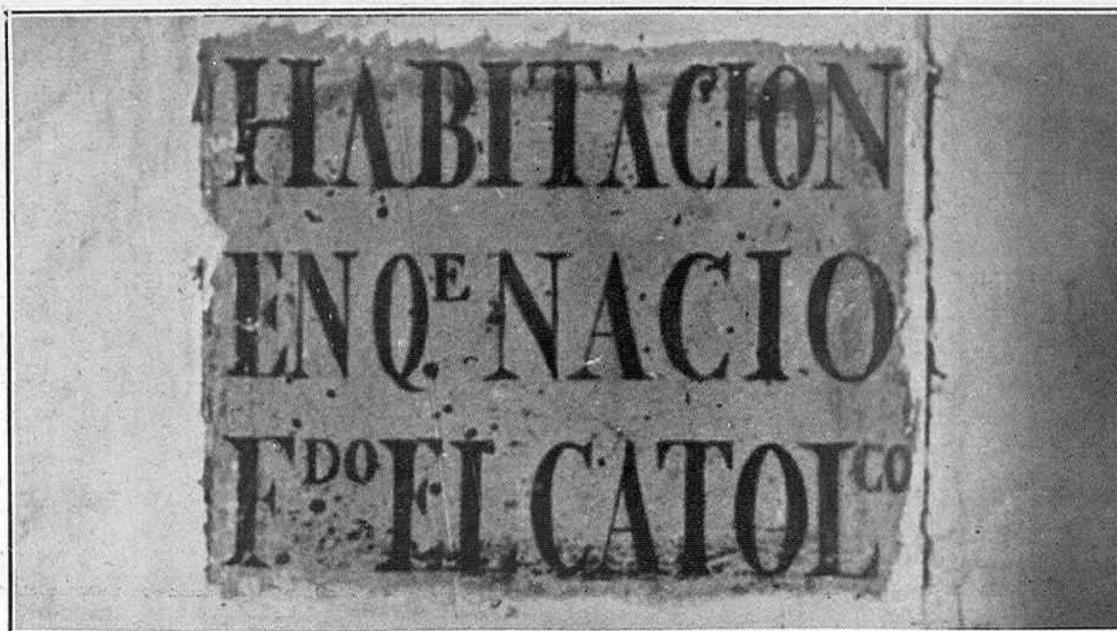
No es menos interesante el casamiento de la reina con Don Fernando de Aragón.

Contaba nueve años de edad cuando fué reconocido por las Cortes del Reino heredero á la Corona, y trece cuando luchaba denodadamente en la guerra por primera vez.

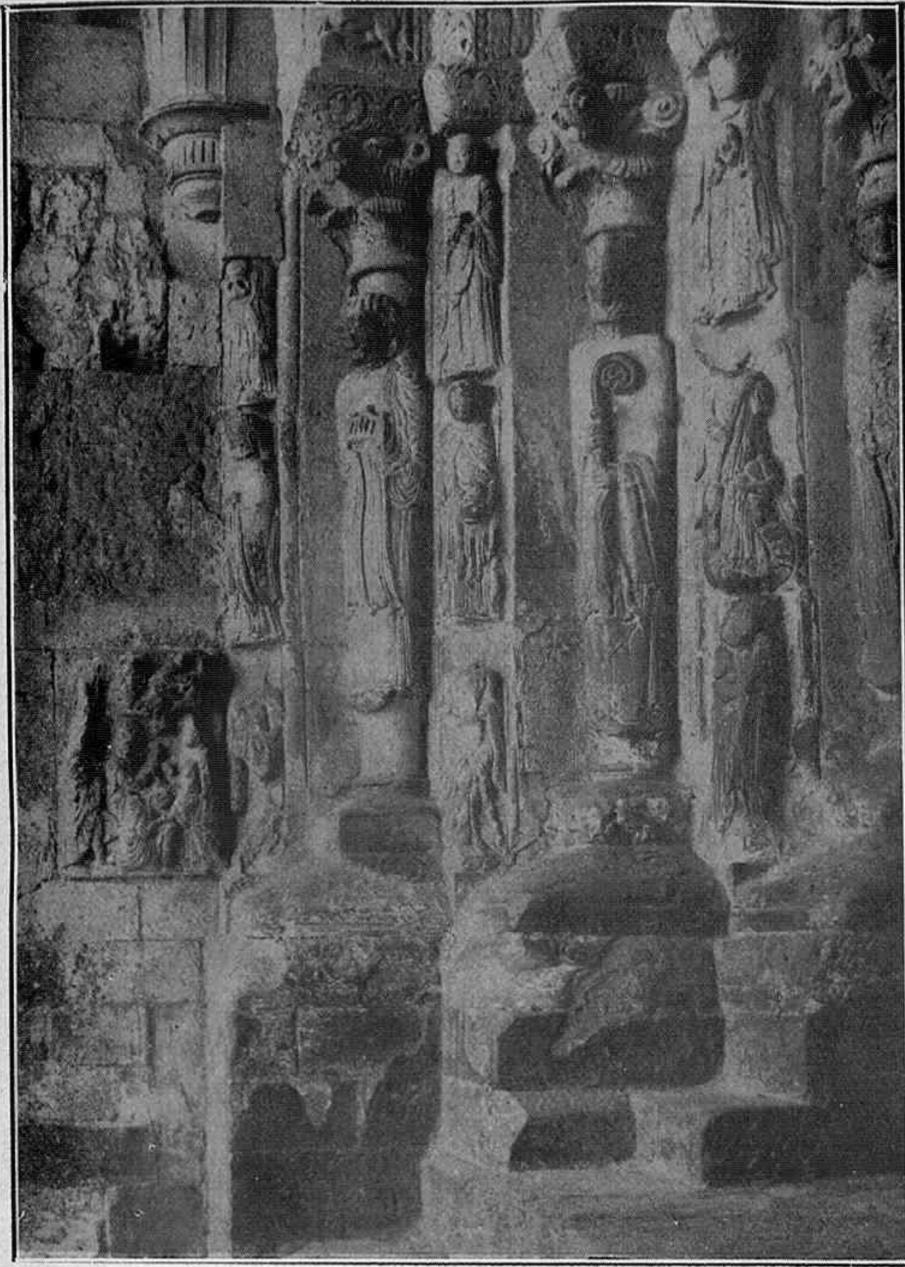
Dos bandos, á cual más pujante, esforzábanse en Castilla, opuestamente, por el matrimonio del juvenil príncipe con Doña Isabel: el llamado partido aragonés, devoto inquebrantable á la

princesa, que estaba comprometido para casarla con el infante de Aragón, y á cuyo frente figuraban el arzobispo de Toledo Don Alonso Carrillo y el almirante de Castilla Don Fadrique Enríquez, padre de la reina de Aragón, Doña Juana, y el acaudillado por el marqués de Villena, influyente valido del rey Enrique IV, que se oponía resueltamente al matrimonio, temeroso de perder con la ingerencia del Infante Don Fernando en los negocios de Castilla sus cuantiosas posesiones del marquesado, oriundas de la Corona de Aragón.

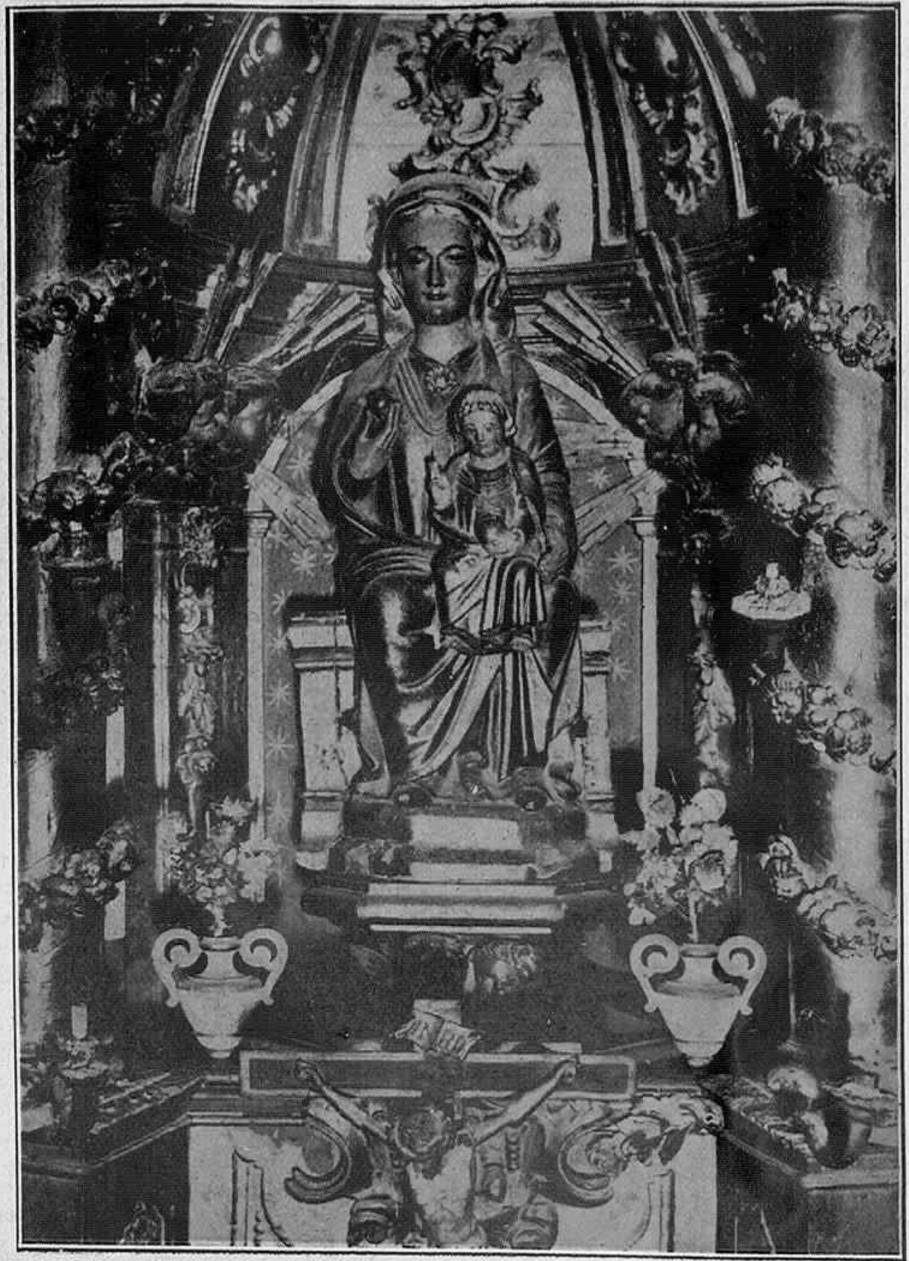
La lucha era enconada, á tal extremo, que el Infante Don Fernando decidió resueltamente avisarse con su pretendida



Azulejo existente en la habitación del palacio de Sada, donde nació el rey Católico



Un aspecto del pórtico de la Parroquia de Sos, original del siglo XI. La parte superior y la inferior llamada del Perdón, mucho más antigua. En tal iglesia existen varias pinturas antiquísimas de gran valor:

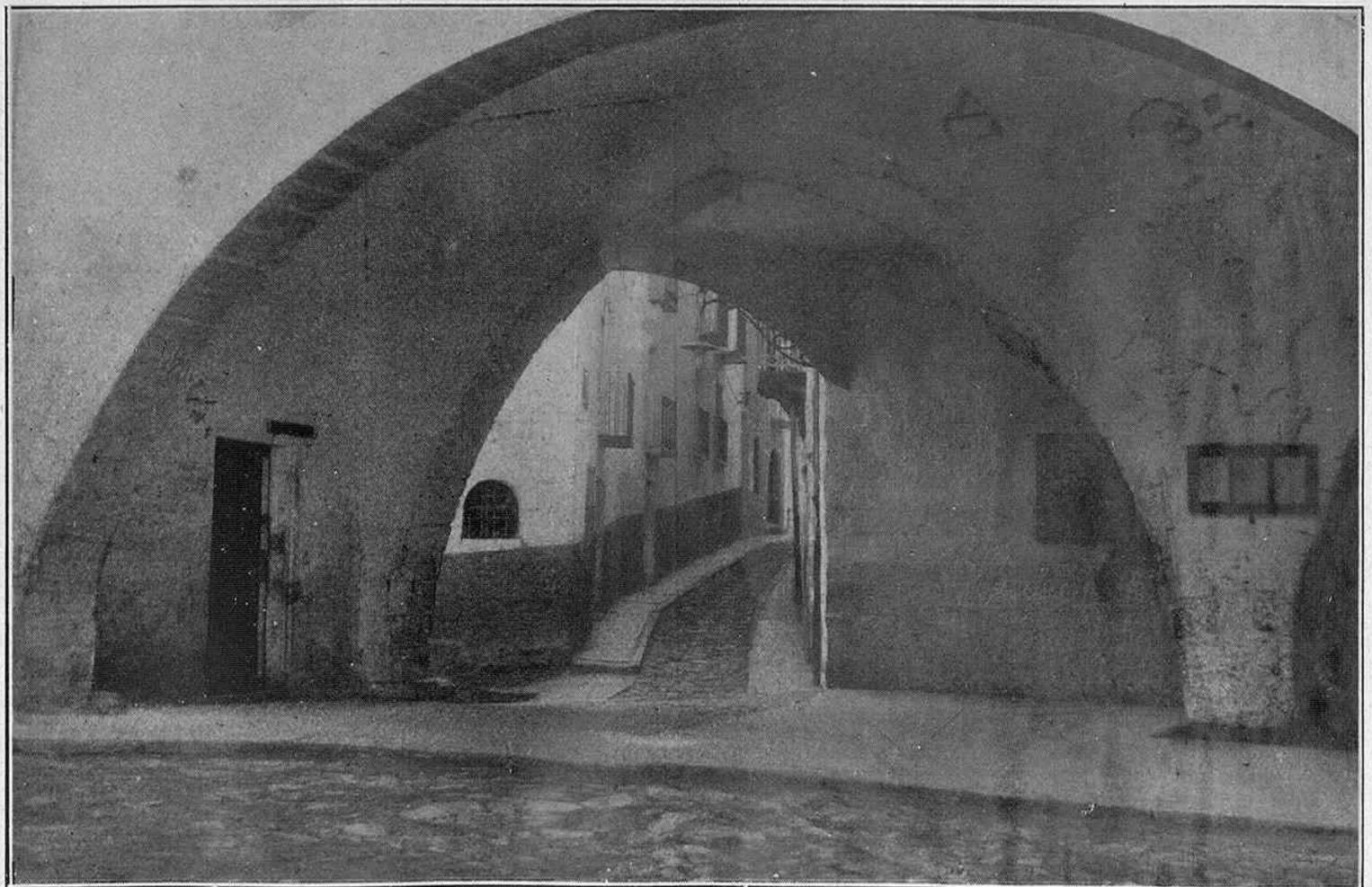


La Virgen del Perdón, joya del siglo XI que se venera en Sos. Esta imagen, como otros muchos objetos guardados en la Parroquia de esta villa, tienen un valor artístico verdaderamente grande

dama, pese á los mortales peligros de la empresa; audazmente se lanzó, disfrazado de arriero y fingiéndose criado de su mayordomo mayor, amigo y consejero, el rico-hombre aragonés barón Don Ramón de Espés, también disfrazado éste de mercader. (De tan arriesgada hazaña se acuñó, en conmemoración, una medalla que todavía existe.) Igualmente audaz y curiosa, le aguardaba en Dueñas Doña Isabel, y decisivo fué el resultado de la entrevista, pues que de ella surgió en ambos el firme propósito de casarse, como así sucedió, para ejemplo perenne del amoroso tesón de soberanos y gloria de la Historia de España.

Fernando de Aragón y de Castilla, el Rey Católico, enamorado de su esposa hasta el postrer aliento de su vida, murió en Madrigalejo, provincia de Cáceres, el 23 de Enero de 1516.

LUIS FRANCO DE ESPES
Barón de Mora



Arcos de la plaza de Sos, punto de reunión del concejo de la Villa, desde los tiempos más remotos

VIEJA ESPAÑA

TRUJILLO, TIERRA DE CONQUISTADORES

BLANDA AL AMOR, ENTRE LOS BERROCALES...

ENTRESE por Cáceres, por Logrosán ó por Plasencia, una legua á la redonda antes de llegar á Trujillo el viajero cree penetrar en una comarca muerta, de otros tiempos, petrificada en sus evocaciones, quizá esculpida en la piedra dura de su historia. Subraya esta impresión un cantar de arriero que se oye en el camino:

«Si fueres á Trujillo,
por donde entrases
hallarás una legua
de berrocales...»

Pero entre tanta aspereza, yerguen su busto firme y grácil—ahora como antaño, bajo el poder de Roma lo mismo que bajo el señorío de los árabes—, villanas de pecho duro y ojos dulces—¡esos ojos de luz de miel que liba en el Himeto extremeño el pincel de Eugenio Hermoso!—, villanas blandas al amor de los conquistadores. Una de ellas, Francisca González, rinde su hermosura al capitán Gonzalo Pizarro, héroe trujillano en las guerras de Italia, que llena sus ocios bélicos si no libando batallas de amor en campos de plumas, sí peleando por la continuidad de la raza en los lechos de piedra que le brindan en torno á Trujillo las márgenes del Magasca, el Lavid ó el Almonte... Varios hijos se le logran así, á salto de mata, al capitán. Sólo uno, Hernando, el primogénito, hereda legítimamente con su apellido sus bienes. Pero éste, como Juan, como Gonzalo, han de compartir la sangre belicosa y el nombre ya ilustre con Francisco, el primer bastardo. Y este hijo de la villana y el caballero, este mozo sin linaje, que no sabría escribir su apellido si lo tuviese, se aventura por el ancho mundo en busca de medro, con un puñado de desarrapados como él, y conquista un imperio para España. Descubre el Perú y lo sojuzga, funda ciudades, distribuye justicia; y para que sus trabajos herácleos se purifiquen del es-

tigma de crueldad inhumana que va aparejado á toda posesión por la violencia, casándose con la hija del Inca demuestra que no sólo domina con su espada, sino también con la entrega del corazón; que no sólo vierte la sangre del pueblo invadido, sino que le transfunde la suya; la suya generosa, con la que riega el suelo incaico al morir á mano airada, víctima de un ardid cobarde. Pasan los siglos—cuatro—y la gloria epopéyica de este bastardo es la que á la postre iluminará con mayor fulgor los escudos de los descendientes directos del hijo legítimo. Hoy, que la estatua ecuestre del Conquistador, ofrendada á España por la viuda del norteamericano mister Rumsey, erige en la Plaza Mayor de Trujillo su quijotesca traza, tener un parentesco remoto con el hijo de la villana Francisca González es el más alto orgullo de los más rancieros títulos de Trujillo, ciudad de aristócratas. ¡Bien haya la locura del bastardo—«la locura, la mitad de la razón española», como exaltó el único poeta épico de nuestros días—! Ella valió un Perú... Mas, ¡bien haya también, y antes, la flaqueza de una moza que, sintiéndose blanda entre los berrocales al impetu seductor de un capitán, dió un hijo natural al mundo y con él lustre á la historia de un pueblo!

LA GRACIA HOSPITALARIA

Como la madre del aventurero, es la ciudad entera: blanda y acogedora para el viajero entre la pétrea adustez de sus escudos. Casas de alcurnia como las de Orellana, la Conquista, San Carlos, Sofraga, del Vado del Maestre, de Chaves, de Carvajal ó de Amaya, brindan fácilmente grato refugio al que llega, bajo el artesonado de sus comedores suntuosos, entre sus blasonados reposteros. Apenas presentados, estas «chicas» de hoy que se hacen llamar familiarmente «Julita», «Pili», «Patrito» y que ocultan al humilde muchacho forastero con esmero exquisito los inúmeros cuarteles de su vieja prosapia, organizan en su obsequio un te; le llevan —¡divinos ciceroni!— á recorrer, de piedra en piedra y de asombro en asombro, «la Villa»; esto es, la ciudad antigua; le hacen recalar al caer la noche en su palco abonado del cine; y luego, en el casino, le deleitan como parejas de baile... Todo ello, naturalmente, después de haberle hecho el regalo máximo: el de una amable apariencia de intimidación, al tutearle á la media hora de conocidos.

No importa que uno al día siguiente suba al automóvil y regrese á Madrid para recomenzar en él su aspeada vida de ganapán plebeyo. La gracia hospitalaria de estas aristocráticas chicas trujillanas habrá servido para dejarle —imborrable— la impresión de que aún perdura en España, refugiado en algunos rincones, entre la piedra berroqueña de su his-

toria, el espíritu hidalgo, la sencillez patricia— la verdadera cortesía — que fué en otros siglos el supremo airón que justificaba y disculpaba nuestra fuerza, el impetu arrollador de nuestros conquistadores locos, osados y ambiciosos.

PASEO DE TURISTA

—¿Cúya es esta antigua iglesia sin culto, abandonada á extramuros de la ciudad, al pie del viejo castillo derruido, que se desmorona ella también en la incuria, no obstante la sobria belleza de su traza gótica?

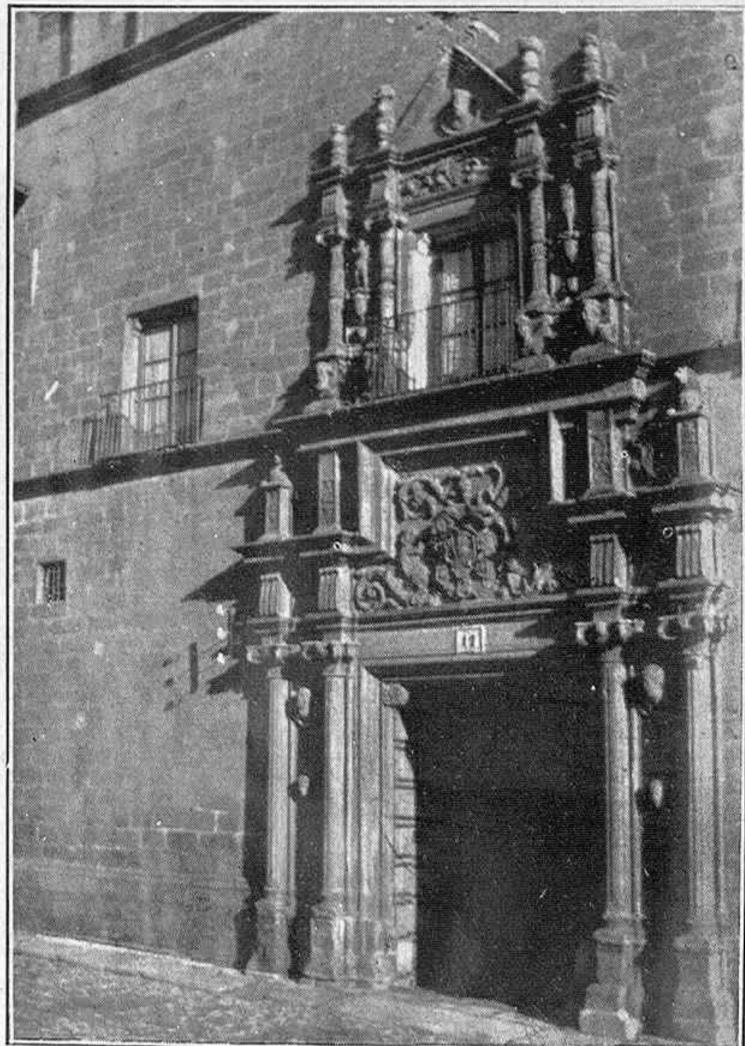
—Esta es Santa María. Pase y admire la elegancia severa de sus naves y el coro—ya restaurados—; los sepulcros de los Vargas, los Carvajales, los Orellanas; la maravilla de ese retablo. Faltan en él algunos cuadros; otros sucumben indefensos frente á la injuria del tiempo. Se atribuye á pintores italianos y flamencos que afinaron en Salamanca y crearon la escuela de los primitivos españoles. Hay quien cree que es obra de Fernando Gallegos. Ponz, en su *Viajes por España*, adscribe esta joya del cuatrocientos nacional á los discípulos de Alberto Durero...

—Y ¿cómo «esta joya» que es el templo entero, no se conserva y defiende como un tesoro de nuestro patrimonio artístico? ¿Cómo es que llega el agua por esas grietas hasta el pie de estos sepulcros venerables? ¿Cómo?...

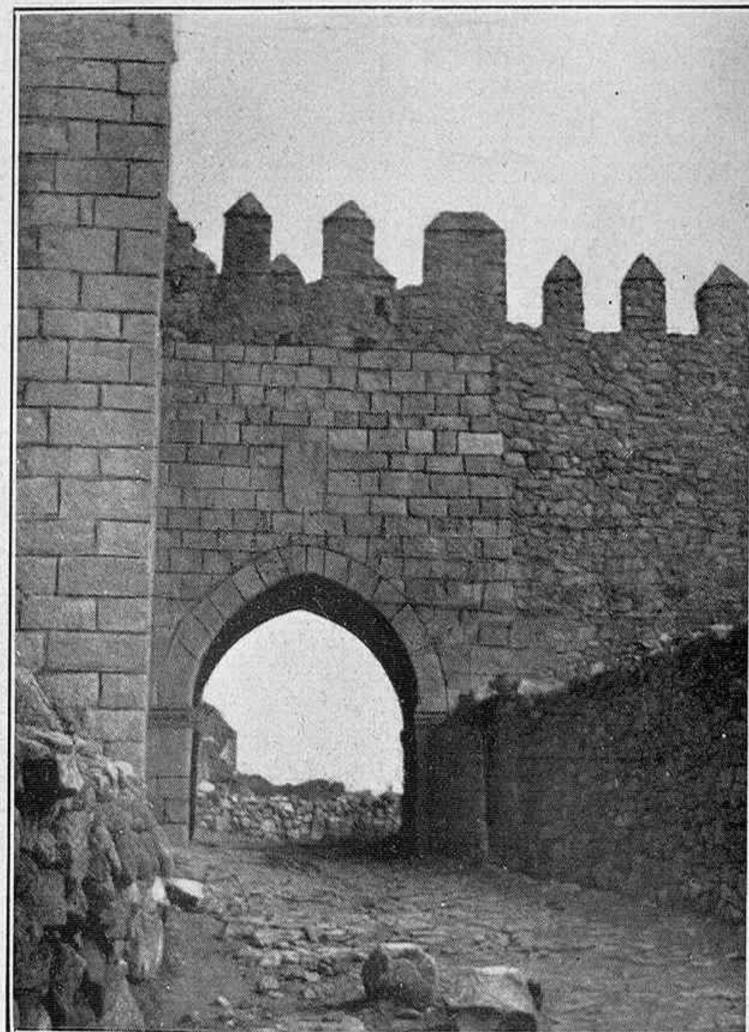
—Verá usted... Es que... Hay un expediente en tramitación... La consignación... Los créditos necesarios... Pero no se detenga. Vamos á recorrer «la Villa».

—¿Qué torre es esa, de ventanales góticos, cegados por feos tabiques de ladrillos, y en cuya cúpula, postiza á buen seguro, en forma de huevo, anida tanta cigüeña irrespetuosa?

—Esa es la Torre del Alfiler. Es muy hermosa, ¿verdad? Pero está en ruinas. Un día el viento de la paramera la derrocará sobre esas miserables casucas que la circundan.



Trujillo.—Portada del palacio de los duques de San Carlos



Trujillo.—Arco de las palomas



Lo único que queda en pie — un paredón y una puerta — de la casa solariega de Pizarro

—¿Y ese balconaje gótico de esa admirable casa solariega deshabitada? ¿Por qué esas persianas de arcilla? Y esa ochava Renacimiento, ¿por qué tiene igualmente cegados con absurdos cascotes el ventanal y la puerta, tan bellos? Y el arco de aquella portalada, bajo aquel escudo de granito, que hace tan soberbio fondo á esta calleja, ¿por qué está rabiosamente encalado? ¿Y este magnífico patio de escombros?

—Es famosísimo. Le llaman «el Patio de la Curia»; pero..., ¿qué se le va á hacer? Se va también por la posta...

—¿De qué casa sería este paredón solitario, con esa hermosa puerta, injuriada también por un insensato afán de empequeñecer su entrada?

—¡Esto queda de la casa solariega de Pizarro! ¿Para qué iba á seguir siendo grande su entrada si ya no habrían de trasponerla los gigantes?...

No todo, sin embargo, son ruinas en este paseo elegiaco.

He aquí, firmes todavía, los arcos—fuertes y graciosos—de la Cuesta, de las Palomitas, de los Enamorados; los palacios de los duques de San Carlos y de los marqueses de la Conquista, restaurados con sabia discreción; los soportales de la plaza Mayor; la iglesia de San

Martín; el ancho lienzo de cuya severa fachada sirve de fondo adecuado á la estatua del Conquistador...

Como tampoco es reflejo exclusivo de Pizarro toda la gloria de Trujillo. Al pie de sus muros lucharon Isabel y la Beltraneja; en su recinto firmaron el Tratado de paz. Trujillanos esclarecidos fueron el esforzado y forzado Diego García de Paredes, el cardenal D. Gaspar Cervantes de Gaeta y fray Diego de Chaves—el tenebroso confesor del príncipe D. Carlos, al mismo tiempo que confidente de su padre, Felipe II—, teólogos de Trujillo, que ilustraron con su palabra á los doctores del Concilio de Trento; y el cardenal de Santa Cruz, D. Bernardino de Carvajal, de tal temple, que osó enfrentarse con los Borgias, y D. Juan de Carvajal, cardenal de Sant'Angelo, el que enjuició á Juan de Hus, en nombre de tres Pontífices...



El conquistador del Perú.—Grabado que se conserva en la Biblioteca Nacional

PIZARRO Y LAS CAPEAS

¿Cómo de un tan feraz vivero de aventureros, conquistadores de oro y de laureles por la espada, por la cruz, ó simplemente por el corazón y la osadía, no ha surgido, para empalidecer la fama de todos en el presente, el torero, el matador que, recobrando la espada de Pizarro, torea doce corridas en la plaza de Lima y reconquiste para España El Perú, en los miles de soles de un fabuloso contrato? No habrá sido, ciertamente, por falta de afición al arte taurómico. Ved el ruedo de Trujillo, en las afueras, rebosante de espectadores en las corridas feriales de Junio. Ved, en los Carnavales, la plaza Mayor, en cuyo encintado se apretuja el público, mientras que en torno á la fuente el mocerío viril embroma al novillo de las capeas con valor irónico, que hace—doble audacia—una burla del propio peligro. Sueltan el cornúpeto, y los muchachos le torea sin otra barrera que la fuente, cuyas aguas, en caso de embestida, les sirven de burladero..., con el remojón consiguiente, que ya procuran ellos no llevarlo, hurtando el cuerpo á maravilla de las arranques fieros de la res acorralada.

Esperemos que algún día—ahora que la estatua de Pizarro, como un enhiestado caballero en plaza, va á presidir ineludiblemente las capeas de Trujillo—uno de esos chanceros valerosos, «El Trujillano», por ejemplo, arranque del crispado puño el estoque al claro varón y dé al becerro un volapié que, abriéndole las puertas del Banco de España, extienda por el ancho mundo la nueva fama de la ciudad donde se meciera su cuna, entre los berrocales.

JUAN G. OLMEDILLA



Las capeas de Carnaval, que se celebran en la nueva plaza donde se alza la estatua de Pizarro (Fots. Torres)

EL AÑO HISTÓRICO

CARLOS V, INTIMO

AQUELLA brumosa mañana invernal del siglo XVI, cercada por una mollina insistente que se agarraba á las oscuras fachadas de las viejas casas flamencas, las gordinflonas verduleras del Mercado de Legumbres, envueltas en sus capas de capucha, desatendían las coles de sus tenderetes para ver pasar, sin miedo á la llovizna, un golpe de plumas, brocados y gualdrapas que se encaminaba á San Juan, la veneranda iglesia de Gante, luego elevada á catedral de San Barón, cruzando el puente de las Hierbas sobre el Lys. Era un cortejo real de damas y magnates, que venía del cercano palacio de los condes de Flandes, del que hoy sólo resta la tristeza de una puerta, que llora su pasado bajo los afeites de una piadosa restauración. Iba el séquito á bautizar un niño, habido en matrimonio por Don Felipe, el apuesto archiduque de Austria, que en nuestra historia figura con el pretencioso sobrenombre de *El Hermoso*, y de Doña Juana, víctima de esa belleza regia, que ha llegado á la posteridad con el apelativo de *La Loca*.

Los gorros de lana de los bateleros y las cofias de hilo de las verduleras, figuras obligadas del antiguo barrio, en el que aún palpitaba el espíritu de rebeldía de Artevelde, vieron con cariño crecer y desarrollarse entre ellos aquel niño insignificante del que cuidaba su tía Margarita con los consejos para el alma del decano de la Universidad de Lovaina, Adriano Florencio, y para el cuerpo de Guillermo de Croy, noble flamenco apasionado de las armas. Más de una vez artesanos y negociantes habían admirado al príncipe blondito, ya en sus quince años, manejando un caballo con singular destreza, en la plaza de San Faraldo. Se comentaba entre la gente el excesivo desarrollo de la mandíbula inferior del mancebo, que le obligaba á mantener siempre abierta la boca, sin poder hacer coincidir los dientes para una buena masticación, lo que le originaba indigestiones continuas. Aremberg y Ticiano certifican de este desarrollo maxilar.



CARLOS V, cuadro del Ticiano

¿Quién iba á sospechar entonces que el infante, bautizado en el fausto borgoñón por el obispo de Tournai, asistido por trece preladados, entre los que figuraba el de Málaga, el solo español de la pía asamblea, fuera á morir, después de una vida de glorioso renombre, en que dejó

es la semblanza del que la pronuncia. El conde de Burens, viéndole renquear por la gota, le dice: «Señor, el Imperio cojea.» La viva imaginación de Carlos halla en el acto la respuesta: «No son los pies los que gobiernan, sino la cabeza.» Sanguíneo de temperamento, le acosan, como

sentir en todo el mundo la pesadumbre de su guantelete de hierro, no bajo el oro de cortinajes regios, entre la alcurnia de próceres ilustres y en la alcoba de un palacio, sino en una modesta casa de campo, enclavada en el más abrupto rincón extremeño y rodeándole los hábitos de unos cuantos frailes jerónimos, sus vecinos?

En ese rincón saludable y ameno de la Vera de Plasencia, que aromatizan el romero y el tomillo con un olor permanente y perfuman en primavera los naranjos, fué á terminar el cuerpo que fortaleció el noble Guillermo de Croy, y de cuyo cuerpo voló el alma formada por el docto Adriano Florencio. Había sido nuestro Carlos I de naturaleza robusta, gran jinete, diestro en disciplinas de vigor y agilidad; correr caballos, juegos de lanza y sortija, rejoneo de toros. Incansable en campaña, sin que le pesara la armadura, rindiendo á sus lugartenientes en cabalgadas sucesivas, por el viejo precepto de que la rapidez es en la guerra la victoria. Croy había sacado un buen discípulo. No menos fruto había obtenido Florencio. El emperador hablaba francés, alemán, italiano, como es natural, flamenco, y al cabo el castellano, y su espíritu poseía las cualidades del acero. De una parte era sencillo; se inscribe como «soldado» en la Compañía del señor Antonio Leiva, con el nombre de Carlos de Gante; borra así, entre otros hechos, la enemiga por su predilección á los funcionarios flamencos. De otra parte, muestra su temple, construyendo una fortaleza para dominar á Gante, su ciudad queridísima y siempre rebelde. El sobrenombre que dan á la ciudadela los ganteses revela con suprema elocuencia el carácter del que la elevó; la denominan «La tumba de sus fueros». La palabra



Vista general del Monasterio de Yuste

secuela, el erotismo y la gastronomía.

Neutraliza el primero, retirándose á un convento en Semana Santa y ayunando á pan y agua.

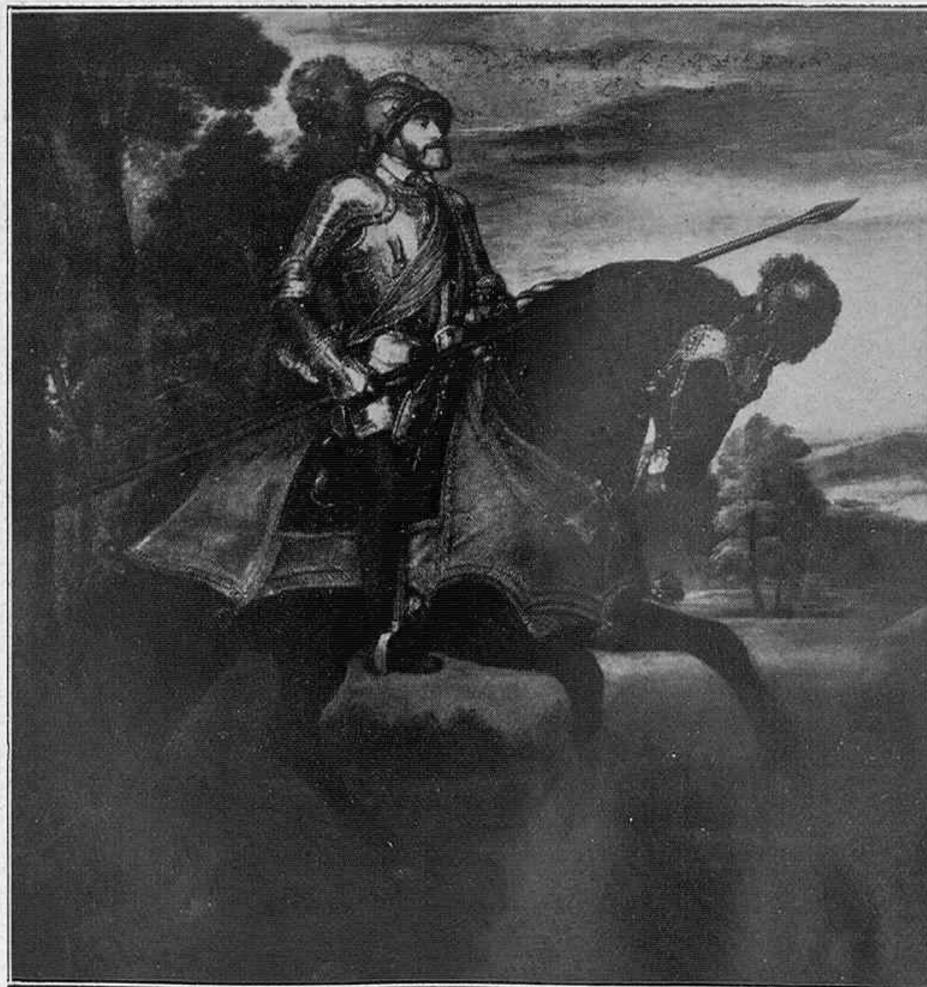
La segunda, la tirana de los viejos, le acompaña hasta su última hora.

Cansado de guerrear; viendo tal vez á su verdadera luz lo que significan las conquistas, el que apresó á Francisco I, se revolvió contra Clemente VII y destrozó á Solimán, abdica todos sus Estados y se encierra en Yuste, no á hacer vida de anacoreta, sino á gozar de la paz del campo donde no pudieran fácilmente interrumpirla, aunque desde su retiro no deja de cartearse con sus hijos y de aconsejarles medidas de gobierno.

Diciéndolo con una frase vulgar, siguen gustándole los toros, pero vistos desde la barrera. En su retiro acrecen dos de sus predilecciones: la relojería y la mesa. En materia de relojes era peritísimo; los desarmaba y armaba como si fuera del oficio. En cierta ocasión se queja á uno de sus mayordomos de que no le presenta platos nuevos...

«Como no le haga á Vuestra Majestad uno de relojes», le contesta el interpelado.

Para su regalo le traen ricos



CARLOS V, cuadro del Ticiano

salmones del Bidasoa, alguno de los cuales le roban los vecinos de Cuacos.

¡Todo un emperador impotente para sujetar á unos míseros labriegos!

Corto ha sido el voluntario ostracismo. El día 21 de Septiembre de 1558 por la madrugada yace el emperador en su lecho. Su alcoba tiene una puerta, por la que se ve el altar mayor de la anexa iglesia del convento. Está abierta. Por ella se van los ojos del moribundo hasta el ara. Su fiel Quijada llora á su lado, en silencio. Unos frailes rodean de rodillas la cama. Todos empuñan encendidos cirios. El agonizante estrecha con su mano izquierda un crucifijo, el mismo que sirvió á la emperatriz en igual doloroso trance. Con la derecha sostiene una vela. El prelado le ofrece otro Cristo. «Es el momento!», murmuran los augustos labios; pronuncia el nombre de Jesús. Expira...

¡Terraza bañada por el sol, fresca fuente del huerto, ya no veréis más á vuestro regio huésped!

¡Campanas de Cuacos y Jaramilla, doblad á muerto con vuestras esquilas humildes!

¡Sois las primeras que lloraréis al gran Emperador!

ALFONSO PEREZ NIEVA

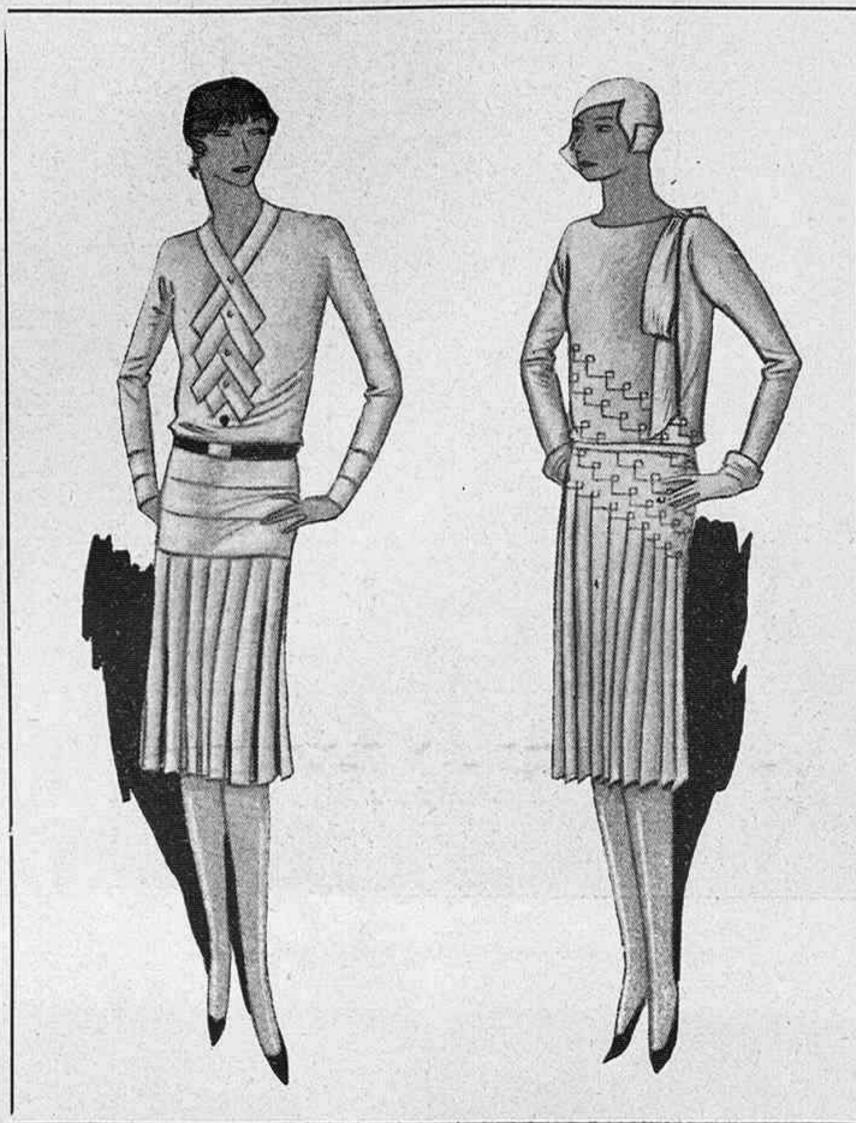
Elegancias



Sombrero de fieltro y seda negra
Modelo (ermaine Page)

EL tema de la ropa íntima femenina es inagotable, y siempre de interés palpitante para las mujeres que se cuidan de sus *toilettes* interiores con el mismo refinamiento que de sus vestidos, abrigos y demás detalles de su vestimenta.

Muchas hay con una modesta apariencia exterior que interiormente van ataviadas con sedas y



Dos lindos vestidos en «crêpe georgette» con las faldas olegadas



Toca de cinta de seda en tono azul pavo
Modelo Le Monnier)

encajes costosísimos. Las que no pueden gastar mucho en su *toilette* íntima pueden ellas mismas, guiándose por buenos diseños, confeccionarse sus prendas con exquisitos y minuciosos trabajos de lencería.

Los bordados á mano, especialmente los de *fil-tiré*, rococó, *richelieu* y el festón y el perfil moderno, son base esencial en los más



Capelina en «bakon» natural, con incrustaciones de crin
(Modelo Margarite Gisler.—Fot. Hugelmann)



Capelina de paja amarilla, adornada con dos «bouquets»
(Modelo Lewis.—Fot. Henri Manuel)



Vestido de «georgette» azul con un lazo en la parte delantera de la cintura



Vestido de «crêpe» satin blanco, bordado en perlas



Vestido de «georgette» negro, bordado de «strass»

bellos modelos, combinados con jaretas muy menudas, tablas, plisados y vainicas.

Las combinaciones de dos colores opuestos, pero en tonalidades claras, están muy en boga, así como las de un fondo liso y otro estampado en flores pequeñas.

En este aspecto hay lindos modelos, en los que el contorno de la camisa es de *toile de soie* ó crespón estampado y el resto en tela lisa de la misma calidad. El pantalón, en forma de campana, remata con el tejido estampado.

Hay también lindos juegos confeccionados con tejidos de dibujo en la totalidad, guarnecidos en los extremos con finos encajes blancos ú ocres, según le vaya al fondo pálido ó vivo de la tela.

Las camisas-pantalón, prácticas para los trajes de noche, se hacen en *crêpe georgette*, adornadas con encaje metalizado ó bordado con rosas de color.

La *toile de soie* es actualmente el tejido de moda universal para la ropa de lujo para el día. Los colores más corrientes son rosa carne, azul cielo, paja y malva claro.

Las prendas blancas se ven poco; en realidad, sólo se hacen en este tono las del juego nupcial, pero guarnecidas con encajes ocres.

Los *pijamas* van decayendo rá-



Toca de fieltro negro con una gran cocarda de crin

(Modelo Henriette.—Fot. Hugelmann)

pidamente para dar paso á una toga lindísima, la del camisón de dormir sin mangas, al que se añade una bella *liseuse* de crespón del mismo tono.

Son dos preciosas prendas de lencería femeninas ejecutadas con verdadero primor; pero que más que nada nos seducen por el *chic* y la gracia de su corte.

Para el invierno suelen hacerse estas *liseuses* en pirineo ó franela de colores pálidos, y se ribetean con una fina trencilla de seda.

Con estas prendas se puede andar muy cómodamente por el *boudoir*, siendo para ello más apropiadas que el más bello *pijama*.

Las combinaciones han sufrido una transformación; ya no son recetas completamente, como se han llevado hasta aquí; ahora adoptan la línea princesa, muy ceñidas al talle. Se emplean en su confección diversos tejidos; pero los más corrientes son el crespón de China, el punto de seda y el *satin* muy brillante, para que tengan buena caída los trajes.

Algunas combinaciones, cuando son para llevar con trajes de falda muy estrecha, carecen de vuelo, naturalmente; cruzan por delante y abren á un lado, dando de esta forma plena libertad á los movimientos.

ANGELITA NARDI

DEL SENTIDO ESTETICO DE LA MUJER MODERNA

EN el continuo ir y venir de la moda, los cambios perpetuos de opinión y la incesante aparición de nuevos modelos y de tendencias desconocidas, sólo un aspecto de la moda permanecía estacionario y al parecer inmovible: el de la línea... Durante varios años, en efecto, el cuerpo femenino se ha mantenido dentro de las normas de la más excesiva delgadez, sin que hayan logrado triunfar, del esqueletismo reinante, las halagadoras promesas de los creadores del traje ni la belleza de los dibujos que un artista tras otro ofrecían a los editores de las Revistas de Moda con el objeto de hacer cambiar de criterio a las elegantes.

Con un tesón y un renunciamiento dignos de más altas empresas, la mujer ha padecido hambre y sed, día tras día, sólo por conservarse limpia de la más insignificante cantidad de grasa. En vano levantaron su voz, en contra de la moda del hambre, higienistas y médicos. En vano se trató de convencer a las bellas de que dejarían de merecer tal calificativo si persistían en su actitud...; viejas y jóvenes, altas y bajas, rubias y morenas, mostrábanse unidas en el terreno de la moda en una sola aspiración: la de enflaquecer; en un sólo anhelo: el de mermar los gramos del peso que semanalmente anotaban en los cuadernitos de las boticas, donde se hallaba su balanza predilecta.

Los adversarios del gusto unánime habían dejado ya de luchar cuando he aquí que de repente cambiaron las tornas. La mujer mudó de opinión, y por el mundo entero corrió la consigna impuesta por su nuevo capricho.

Se acabó la mujer esqueleto y empezó el triunfo de la curva moderada, de la línea ondulante, tentadora, nada provocativa y llena de posibilidades para el artista del traje.

Posibilidades que pueden convertirse en peligro inesperado si el manejador de las tijeras no es un cortador de primer orden; porque, eso sí, la silueta recta de las temporadas pasadas, si no ofrecía oportunidad de lucimiento, en cambio no entrañaba riesgos. Todo podía disculparse por la exagerada delgadez. Colocar un traje sobre un cuerpo femenino era casi igual a colgarle de una percha. Hoy no sucede así. El vestido ha de seguir la línea suave y curva sin desfigurarla, sin formar arrugas ni pliegues que no tienen justificación debida.

También para la mujer es un peligro la nueva modalidad. El mantenerse dentro de un término medio es más difícil aún que rebasar la meta. El que la ondulación no llegue a pronunciarse demasiado, menos fácil que suprimirla totalmente.

La vigilancia ha de ser incesante; el régimen, rigurosísimo

Efecto del cambio de silueta es, por supuesto, el de los trajes. La línea de la cintura que había desaparecido por completo, se marca en los vestidos modernos con inesperada audacia.

Además, se la instala en el lugar que por derecho le corresponde. Tan rápida ha sido la transición, que al ver las figuras quebradas, cubiertas

Nos habían amenazado con un retorno a los vestidos, si no completamente largos, muy por debajo del nivel que hace tiempo se lleva, y ha sucedido lo contrario. Todos los modelos verdaderamente *chic* resultan más cortos que los que, durante el invierno, han señalado las normas de lo elegante. Es muy posible que los modistos insinúen, de repente, un cambio en este terreno, porque no cabe duda que la falda por la rodilla favorece a muy pocas personas.

En América parece ser que el traje femenino va a acentuar las tendencias que hemos señalado. Hay en los países nuevos un latente sentimentalismo que a veces domina a su espíritu práctico, sobre todo en materias de forma: de belleza.

No obstante ser la cuna de muchas reformas favorecedoras de la emancipación femenina, existe arraigada predilección por el tipo de mujer que laboró en la formación del vasto pueblo hoy existente: una mujer de línea frágil, quebradiza, cutis nacarado y cabeza adornada de bucles.

Insensiblemente, los directores del gusto americano, pese a su modernismo, tienden a reproducir ese tipo femenino que es ideal de todos.

Sin duda, ello es causa de que en los Estados Unidos haya pasado de moda la melena corta, cuando en Europa seguimos aferradas a esta modalidad.

Lo extraño del caso es que allí la juventud es quien apoya, con más fervor, la vuelta a los cabellos largos. Ella, por lo visto, no conoce la calificación de Schopenhauer, ó no le importa la opinión del filósofo, al que, sin duda, encuentra «pasado de moda», y no hay desprecio más absoluto que el nacido al impulso de semejante acusación.

Pasado de moda ó, lo que es lo mismo, «viejo», viejo no antiguo. Caduco, inservible y de ninguna representación.

Con el tiempo volverá el insigne alemán a imperar, quizá, en las conciencias más frívolas; pero, por lo pronto, queda rezagado.

Prueba de ello es la tranquilidad con que la mujer vuelve a lucir los cabellos largos, sin temor a que por ello se la tache de animalito de ideas cortas.

O es que ha afirmado, por tal modo, su personalidad jurídica y política en dichos países, que puede permitirse el lujo de reírse de toda afirmación contraria, aunque proceda de una mente filosófica teutona.

Lo indudable, en todo caso, si se tienen en cuenta las tendencias de la moda, es que el tipo femenino de antaño es el que triunfa.

ISABEL DE PALENCIA



... viejas y jóvenes, altas y bajas, rubias y morenas, mostrábanse unidas en el terreno de la moda en una sola aspiración: la de enflaquecer (Fot. Agencia Gráfica)

por trajecillos vaporosos cuyo vuelo forma ondas suaves en torno al cuerpo, cabe preguntarse si la vida habrá retrocedido sesenta años...

No hay duda que las nuevas corrientes favorecen mucho, y que la mujer que sabe mantener el perfecto equilibrio que la moda requiere, tiene seguro el triunfo. El cuerpo ajustado y la falda ampulosa devuelven a la silueta femenina toda la grácil belleza de las épocas más suntuosas de la moda, unida a una flexible y sugerente delicadeza muy en consonancia con el concepto moderno de la estética.

Otro aspecto inesperado de las corrientes actuales es el que se refiere a la falda muy corta.



Las alegres marineras
Una escuela náutica
femenina
en
Deauville.

La aristocrática playa de Deauville asiste este año a un espectáculo que no contaba en los carteles de fiestas y atracciones del verano: una ligera goleta, soberbia embarcación de tres palos, flota orgullosa, mecida por las caricias de una tripulación enteramente femenina.

Esta original idea del teniente de navío Georges Hebert, que merecía haberse incubado en Yanquilandia, constituye el *gran succès* de la temporada, y las gentes, entre curiosas y sorprendidas, se sienten más fuertemente atraídas por el espectáculo de la *Alcyon*, que ante el desfile de todas las bellezas universales, paseadas en fila india sobre la pasarela del Casino.

Porque este barco, del que los hombres están borrados, en el que, aparte su capitán, ningún ciudadano está autorizado a poner la planta, no es una broma original de chiquillas caprichosas, que, vestidas de marineros, se hicieran servir a bordo como en cualquier Palace de moda.

El ensayo de la *Alcyon* es un paso más en la prueba femenina de aptitud universal. Las muchachas lo han aceptado con alegría, cumpliendo los penosos mandamientos de la vida a bordo, sino con una vivacidad que a los hombres podría servir de ejemplo.

A bordo de la *Alcyon*, si hay algunos días malos, son los primeros. Pero ellas, que voluntariamente acuden a solicitar un puesto en la nave, se resignan heroicamente al comienzo, para saborear más tarde con fruición la rudeza de las faenas propias del barco, donde han de comportarse exactamente igual que los marinos de cualquier otra embarcación.

Se trata de muchachas bien educadas, de señoritas que han ido encantadas a este ensayo de vida al aire libre, prescindiendo de reuniones, peluqueros, manicuras, tés-bailes y cuanto constituye su complicada trama de la vida diaria.

El primer sacrificio que han de hacer es el del zapatito. Apenas puesto el pie a bordo, hay que acostumbrarse a ir descalzas de un extremo a otro. Lo mismo para las faenas de la cocina que para el baldeo, que para trepar por las jarcias como los más ágiles grumetes. El capitán, sin embargo, sabe a qué atenerse respecto de su tripulación, y no ignora que sus alegres marineras volverán pronto a tierra y serán las mismas damiselas de los bailes y los tés; y para evitarlas el disgusto de tenerse que calzar en adelante con zapatos enormes, las obliga a ponerse los suyos, por lo menos una hora al día.

No hay nada más alegre que un breve crucero de los que se atreve a realizar la *Alcyon*. Las muchachas conocen perfectamente su oficio, y no desdeñan los más modestos. Reina a bordo una disciplina perfecta. Pero si alguna muchacha siente la nostalgia de la vida que dejó en tierra firme, no necesita sino decírselo a las señoritas instructoras de navegación, que al punto se lo comunican al capitán. Este da orden de arriar un botecillo, y la que se cansó de las faenas de a bordo, de la comida, del obligado baldeo, de levantarse con el alba, de hacer guardias en el puente, del sometimiento, en fin, a la disciplina rígida indispensable, es reintegrada al hogar que dejó voluntariamente para conocer por un girón diáfano cómo es la vida en el mar.

Casi siempre en el mismo bote vuelve alguna muchacha que esperaba un puesto en la *Alcyon* para aprender a navegar. E incorporada a la tripulación, la goleta sigue su navegación aprovechando los suaves vientos, dominada por esas manos finas de mujer que han aprendido a manejar las velas, a sujetar la caña del timón, a realizar, en fin, toda la maniobra con la misma ternura con que la madre acaricia a su hijo.

(Fot. Henri Manuel)

M. C.

CANTÓ LA TENTACIÓN...



RA una tarde, al crepúsculo, y el agua estaba toda vestida de oro. Había una muchedumbre silenciosa, y el lago, rizado en ondas, parecía suspirar.

Cristo, agigantado y blanco como un fantasma, estaba sobre toda aquella multitud sumisa, semejante á un cisne entre serpientes dormidas...

La voz de Cristo era el canto del encantador: «Mi reino no es de este mundo—decía—. ¡Oh, nuncio de la buena nueva!...»

Flotaba una bruma leve, como una gasa azul, y el albo manto de Cristo, suelto al viento, parecía la vela de un navío:

«Mi reino no es de este mundo, y para llegar á él hay que seguir por el camino del Amor...»

Amad los que seáis dichosos...
Amad los que seáis desgraciados,
y vuestras alegrías serán flores...
Y vuestras penas serán aromas de amor...

En mi reino todos seréis iguales.
Porque el amor os unirá...
Y la belleza será la vestidura de vuestras almas...

¡Oh, los bienaventurados!...
¡Hijos predilectos de Dios!...»
Una voz preguntó: «¿Y los ricos?...»

Cristo dijo:
«Los ricos serán aquellos que tengan más amor...»

No llaméis riqueza á las riquezas vanas, percederas é insensibles...
Nada como el amor es fuente de venturas...

Y hasta un rey, sin amor, será bajo sus riquezas como un paria bajo su lepra...

Pero un paria, si está cerca de mí, será bajo su lepra el más rico de los hombres...

El más bello...
El más amado...
Y el menos abandonado...

Todos los hombres serán parias y leprosos, en su día y á su vez, cuando la vida les haya abandonado...

Pero no todos serán felices...
«Porque la felicidad está sólo en mi reino...»

Cristo tenía la mirada en alto, como un fuego celeste, y sus palabras revoloteaban en torno suyo sobre las cabezas inclinadas.

Había, entre los abatidos, ciegos de nacimiento, y Cristo les decía:

«No es aquí donde he de mostraros la luz...»

¿Por qué traéis muertos á mi presencia?

No es aquí donde he de resucitarlos...
¿Para qué daros una vista y una vida efímeras?...

Tarde ó pronto, todos habéis de morir.
Todos habéis de cegar...

Y entonces será cuando yo he de daros una vista y una vida perdurables...»

Había tanta fe en sus palabras, que todos creían en Él...

Pero no todos eran felices por esto, y á la llegada de las sombras empezaron á abandonarle...

Y se alejaron en largas comitivas: los ciegos, y los leprosos, y todos los lisiados..., y los que

tenían belleza y juventud..., y los que poseían riquezas...

Y todos los caminos eran como largas serpientes que se arrastrasen...

Y silbasen...

Y pronto, cuando la noche hubo llegado, quedó solo Cristo, en medio de doce hombres, que eran sus discípulos...

Y todos ellos ante el lago, semejante al mar, formaban como una roca, sobre la cual se alzaba la figura blanca y nimbada de Cristo Redentor.

•••••

Así permaneció Cristo entre sus discípulos por largo tiempo.

La luna estaba ahora perdida sobre el lago. Había un gran silencio en torno. Los doce discípulos parecían dormir...

Hubo una leve agitación en el agua, y del seno



Cristo, agigantado y blanco como un fantasma...

del agua surgió la figura anfibia de una mujer con cola de sirena...

Era, en verdad, una sirena...
Miraba á Cristo con ojos fascinantes, y con voz dulcísima le dijo estas palabras:

«He oído tu canto hace un instante, ¡oh, amor!...
Y tu canto me llenó de tristeza...»

Porque es el canto de un cisne moribundo que corre en pos de una quimera...

¿Y esas pobres gentes que te han oído?...

¿Y las pobres gentes que te oirán?...

¿Y las pobres gentes que tengan fe en tus palabras?

¿Dónde encontrarán el amor?...

¿Qué es el amor?...

¿Dónde está ese reino prometido?...

¿Estás seguro de que exista?...

Quando todos hayan cerrado los ojos á la vida; cuando todos hayan cegado, ¿estás seguro de poder darles una vista y una existencia eternas?...

¿En qué mundo?...

Tras una pausa solemne, la sirena prosiguió:
«¿Por qué no decidles: Vivid esta vida en la bienaventuranza de un gran amor?...

Porque mi reino es de este mundo y de todos los mundos que están sobre vosotros como miradas de misterio...

¿Por qué hablarles del mal?...

¿Por qué hablarles del pecado?...

¿Por qué hablarles de lo prohibido y de los sacrificios inútiles?...

No hablar del Mal es destruirlo.

Y cuando los hombres no oigan hablar del Pecado, ignorarán que el Pecado existe.

Ignorarán lo que es pecado.
Y el Pecado, entonces, será destruido.

Y el mundo, entonces, será un paraíso, donde lo prohibido no exista...

Porque en la vida no florecerá ya el árbol del Mal...

Pero el mundo, ¿cuándo volverá á este estado de primitiva perfección?...

Si tú eres verdaderamente el Redentor, después de tu muerte el mundo quedará purificado...

Y los hombres bautizados en las aguas de tu fe, que todo lo limpian, vivirán en un Edén...

Y un gran amor será el lazo que unirá á todos los humanos...

Y una gran igualdad será la ley común de las generaciones que hayan de llegar después de tu sacrificio...

Y entonces, si esto pasa, serás verdaderamente el Redentor.

Serás el Hijo de Dios, Único...
El Héroe del mundo, por siempre y para siempre glorificado...

Pero, ¡ay de ti si nada de esto acontece y sobre tu tumba siguen floreciendo las flores del dolor y de la esclavitud, regadas con tu propia sangre estéril y con la sangre de otras víctimas de tu delirio!...»

Ahogó la sirena sus palabras en el lago.

Volaron cuervos negros en bandadas siniestras...

Y Cristo lanzó un gran gemido.

Los doce discípulos dormían bajo la serenidad de las horas...

Cristo los miró un instante con tristeza, y lentamente, furtivamente, los abandonó y se perdió en las negras sombras de la noche.

Como una sombra blanca...

•••••

De nuevo, sobre el lago, cantó la voz de la tentación...

GOY DE SILVA

(Dibujos de Tejada)



FIGURAS PREEMINENTES DE LA REPÚBLICA DE EL SALVADOR



EXCMO. DR. D. PIO ROMERO BOSQUE

Actual Presidente de la República de El Salvador, en la América Central. El Dr. Romero Bosque es una de las personalidades más sobresalientes de la política centroamericana; á su intensa capacidad política una singulares dotes de gobernante y la mira de llevar á la República á sus más grandes destinos de paz, prosperidad y progreso

EN el elevado cargo que el doctor Gómez Zárate desempeña actualmente en el gobierno de la República de El Salvador ha realizado una labor brillantísima, en la que no se sabe qué admirar más: si su profunda preparación y su capacidad extraordinaria, ó su rápida y amplia penetración de las necesidades militares, cubiertas por iniciativa suya con arreglo á las exigencias nacionales y en relación con los progresos modernos. Sus actividades en este ejercicio señalan una de las obras ministeriales más fecundas en estos últimos años, y constituyen una ejecutoria de estadista que no sólo honra á la República de El Salvador, sino que enaltece también al cuadro de estadistas de Hispanoamérica, en el que es una de las figuras de máximo relieve. Los Institutos armados de la bella República centroamericana deben al doctor Gómez Zárate un impulso notable. Bajo su gestión se estableció la Escuela Militar, con cursos especiales para aspirantes oficiales, introduciendo así una innovación que redundará en beneficio de la orientación y eficiencia militares; se instituyó la enseñanza primaria é industrial en los cuarteles, aliando la capacitación para la vida civil con el servicio á la Patria; se desarrollaron en gran escala la Aviación y la Legislación militar, así como el régimen sanitario; se construyeron edificios militares y se crearon las Escuelas de Guerra y de Tiro, reorganizándose con amplio criterio la Inspección general del Ejército.

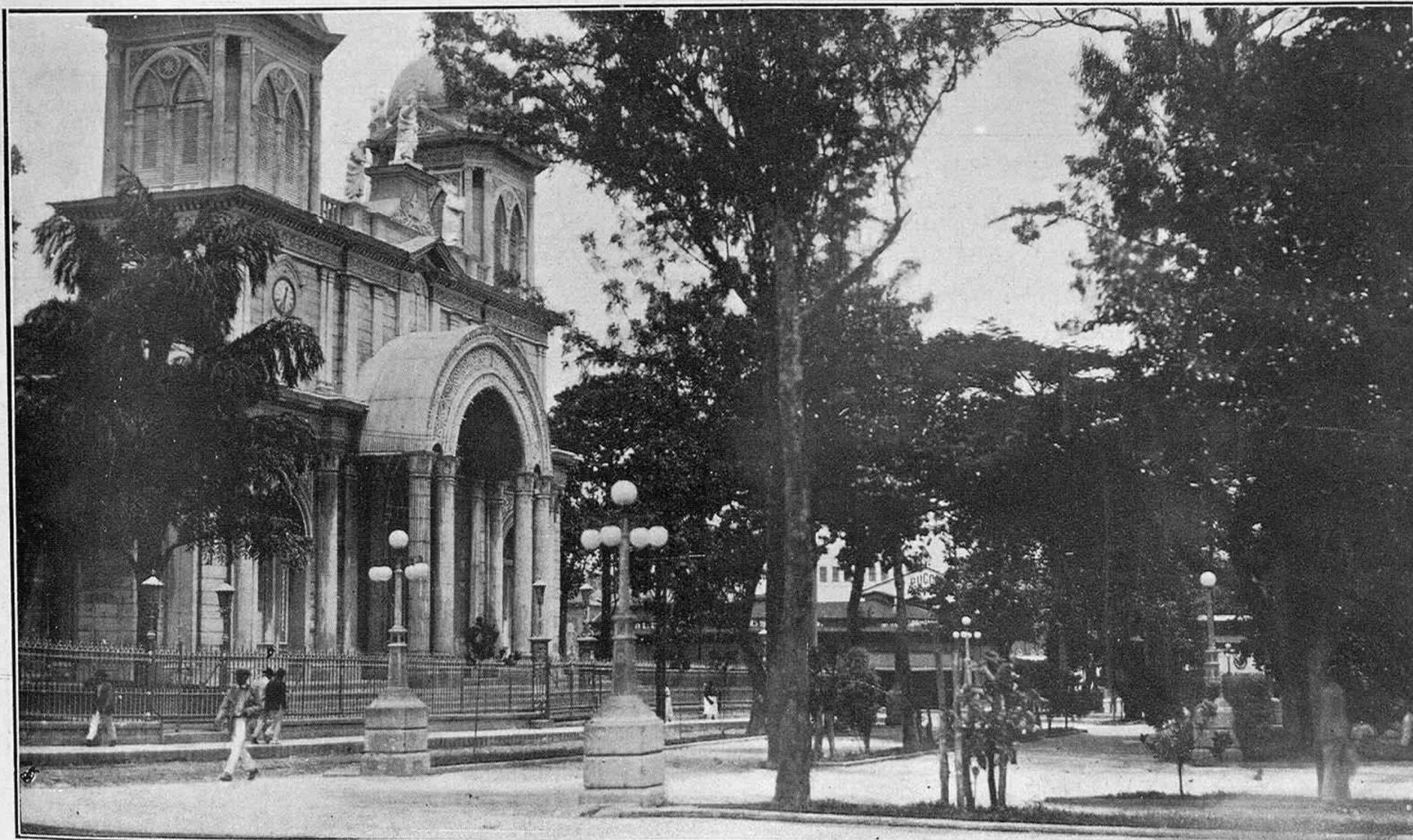
En el ejercicio de tan honroso cargo, la Honorable Asamblea Nacional—á manera de premio á sus indiscutibles virtudes cívicas—lo eligió Primer Designado á la Presidencia de la República.

El doctor Gómez Zárate es uno de los elementos más valiosos de la Sociedad salvadoreña, así en lo social como en lo político; lo que le hace aparecer como una de las figuras más precisas, mejor delineada, para el porvenir de la Patria.



DOCTOR D. ALBERTO GOMEZ ZARATE

Actual ministro de Estado en los ramos de Guerra, Marina y Aviación de la República de El Salvador, en la América Central



Parque de Bolívar, en la capital de la República

EMOCIONES DE PARIS

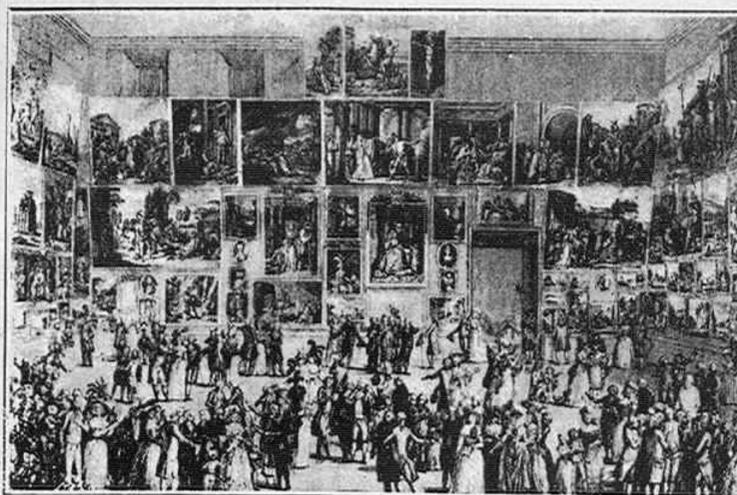
MEDITACION ANTE EL LOUVRE

QUIENES residen en París, acaban por olvidar el Louvre, á fuerza de verlo. Para los aficionados á las artes, significa hoy un conjunto de museos copiosos; y para los demás, no cuenta apenas. Se diría, pues, que en sí no existe esta amalgama de construcciones erigidas por soberanos de épocas diferentes. Sin embargo, sus diversos cuerpos de edificio constituyen el palacio mayor del mundo dentro de la capital del mundo, y merecen que cualquier día nos detengamos ante tanta magnitud.

El origen del Louvre se pierde en las tinieblas de la historia, conservándose el dato de que, sobre una parte mínima de su actual emplazamiento, hubo, bajo Felipe Augusto, un refugio de caza entre las espesuras de cierto bosque contiguo á la urbe y poblado por lobos, de donde acaso provendrá su nombre. A partir del siglo XII, la antigua mansión ha ido modificándose y ensanchándose hasta componer el inmenso acervo de riquezas que compone al presente. Si recapacitamos un poco, el Louvre de ahora nos abruma con su lujo incalculable y con su perímetro casi análogo al de la Lutecia primitiva. Desde su ignoto fundador, á Napoleón III, y aun á la república que le sucediera, numerosos monarcas lo han hecho espejo de vanidades suntuosas, espejo que cubre una superficie triple de



El Louvre y la Cité en 1668, según documento de la época

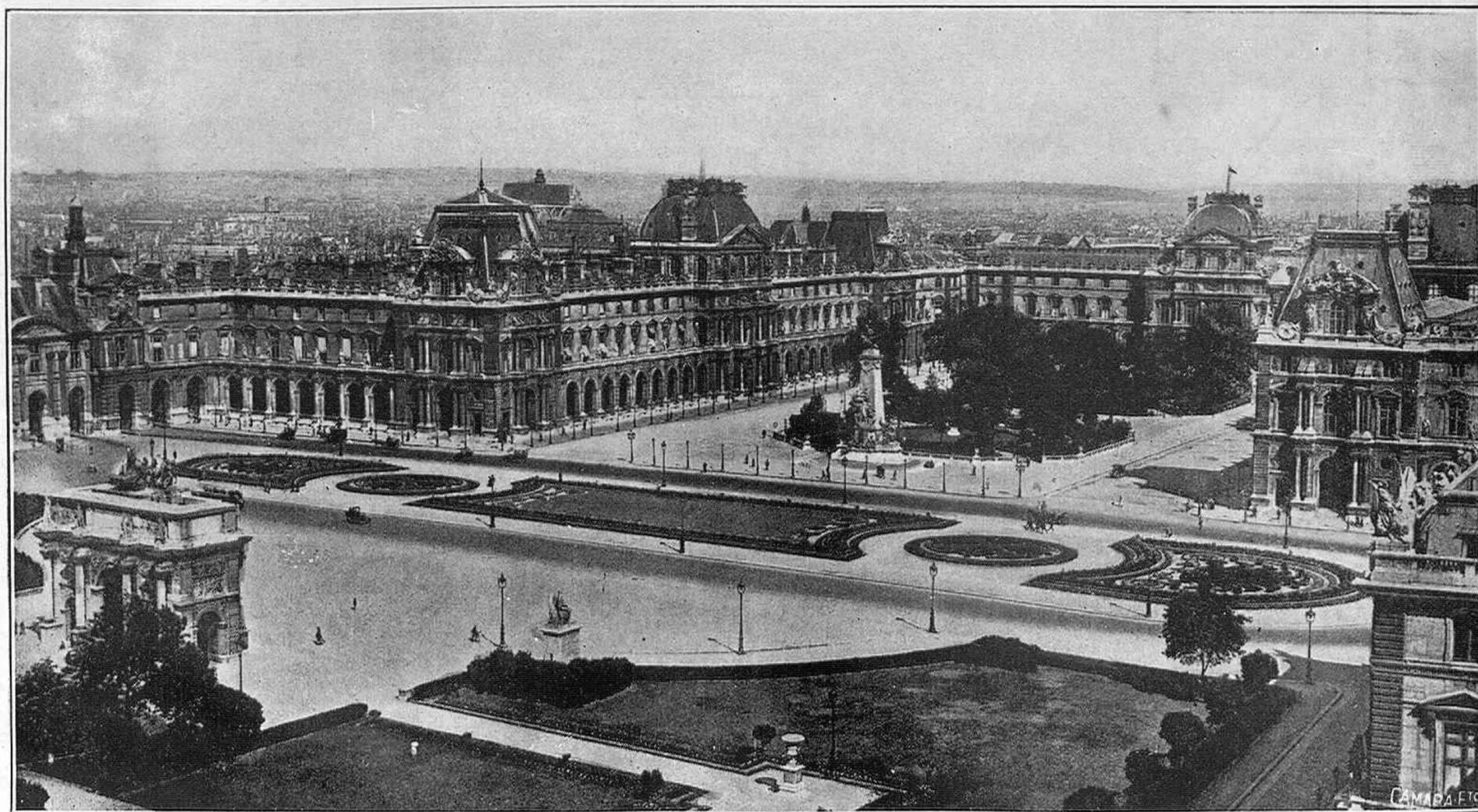


Estampa de fines del siglo XVIII, que conmemora la primera Exposición de pintura celebrada en el Louvre

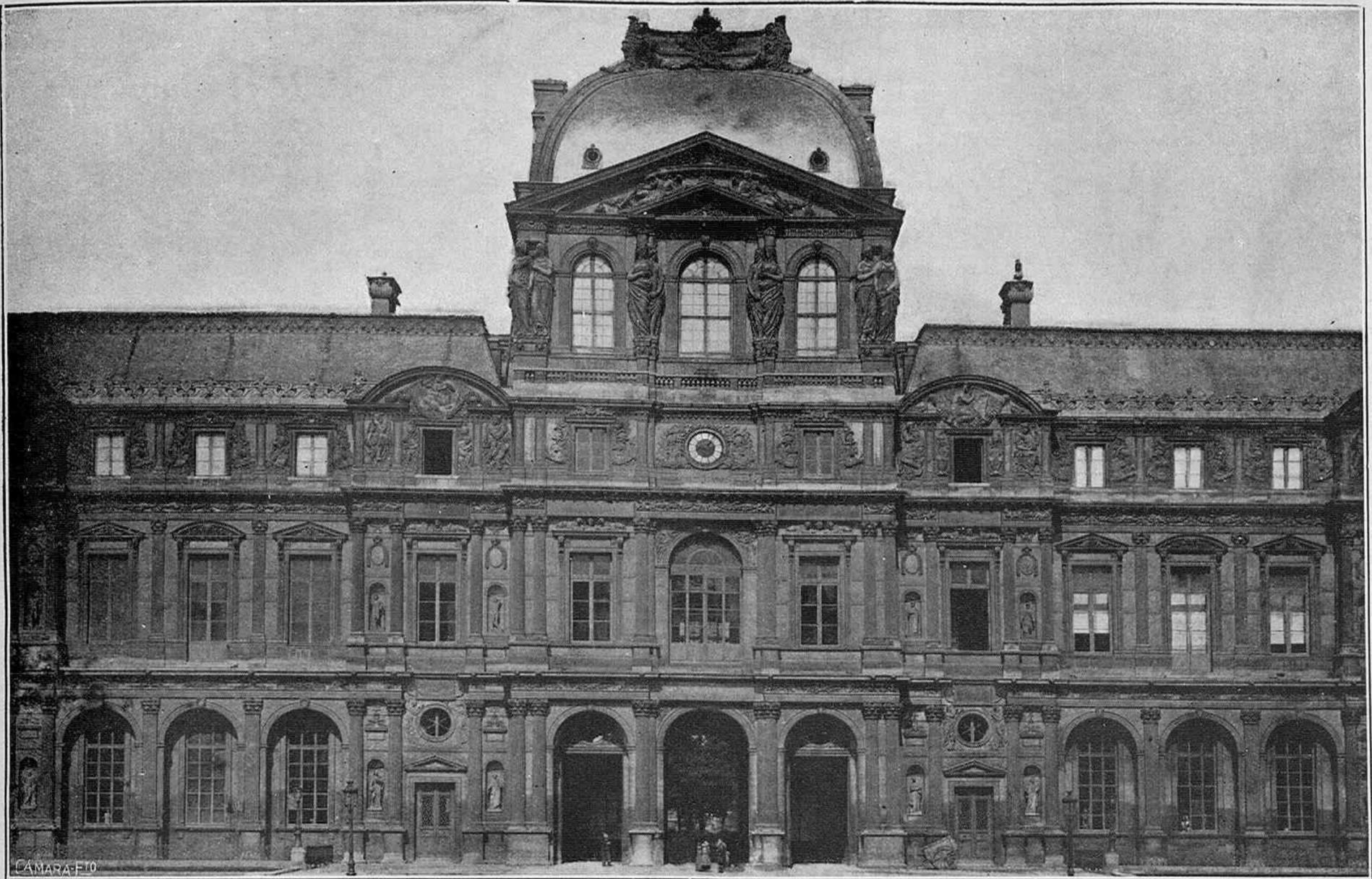
la del Vaticano, incluso la iglesia de San Pedro. Conforme advertiréis, denota el cúmulo de mil esfuerzos reunidos y el resultado de ciclópeas ansias.

No sabríamos concluir si es bello ó feo el Louvre; pero en seguida concluimos que es grande y es grandioso, grande y grandioso como el anhelo de superación que lo creó á través de ocho centurias. Sus piedras tienen la elocuencia evocadora del tiempo y la majestad de sus destinos reales. Monstruo ó dechado, lo juzgamos admirable en principio por lo enorme, y según se tiende cabe el río, testigo de su nacimiento, delata una armonía, no obstante formar un desbarajuste de arquitecturas. A los pájaros y á los aviadores debe de parecerles archigigantesca esfinge, cuya grupa se llama el Viejo Louvre, ó Louvre de los Valois, cuyos flancos abarcan seis espaciosos pabellones, cuyas patas delanteras se adelgazan á lo largo de un vasto jardín y cuya cabeza supuso ayer el derruido castillo de las Tullerías. Los colosos no admiten reparos críticos de los pigmeos, y el palacio mayor del mundo posee las proporciones desproporcionadas de un coloso; huelga, por consiguiente, que opinemos acerca de su estética, inasequible á nuestra ínfima pequeñez.

Ya que no criticar, permítansenos meditar ante el Louvre. ¿Qué objeto persiguen las moradas amplias cual ciudades



Vista general del llamado Nuevo Louvre



Aspecto de la parte del Louvre llamada Louvre de los Valois



Una fachada del Louvre

que los hombres levantan con el auxilio de los años, no habitándose á la postre?... Ninguno, y he aquí el primer distintivo de grandeza: lo verdaderamente magno está desprovisto de finalidad preconcebida, adaptándose á no importa qué finalidad; sólo móviles teóricos comportan los ideales, puesto que cesan de serlo al conseguirse. El Louvre implica un ideal conseguido, un ex ideal, y por eso no sirve al pronto para nada, sirviendo para todo al cabo: lo mismo que llena las funciones de museo y ministerio, llenaría las de granero, de cuartel ó de asilo, porque lo engendró un prurito vago, una fuga lírica, un *excelsior* orgulloso.

Toda meditación suministra una enseñanza, tesis instructiva del trabajo mental á que nos hemos entregado, no pudiendo por menos de enseñarnos algo nuestra meditación de agobio frente al Louvre. Nos enseña que las ambiciones no han de conocer límites y han de buscar inconcretamente lo infinito, caso de querer que devengan fecundas, á trueque de limitarse temprano ó tarde. Un poeta no hubiese rematado nunca el Louvre, y un burgués no lo hubiese empezado jamás, *verbi gratia*. Observad cómo creció al conjuro de la desordenada imaginación de reyes que á ratos se sentían poetas, y cómo lo terminó, acotándolo al fin, la imaginación restringida—*ergo* restrictiva—de burgueses que á ratos se sentían reyes..

GERMÁN GOMEZ DE LA MATA

*"Jamboree" internacional
en España*

*Ante el campamento
organizado por los
exploradores de España
en la Exposición
::: de Barcelona :::*

A bordo del vapor «Orita» llegó días pasados á Santander un numeroso grupo de exploradores chilenos, que va á formar parte del campamento internacional que se ha reunido en el recinto de la Exposición de Barcelona. Los muchachos, que llegaban satisfechísimos de la travesía, saludaron con su bandera al pasar frente al Real Palacio de la Magdalena; y más tarde fueron recibidos con mucho cariño por la tropa santanderina y las delegaciones que acudieron á recibirles á la capital montañesa. Después de breve estancia, los exploradores chilenos partieron para la Ciudad Condal, donde acamparán en la Exposición durante los días que dure la reunión internacional organizada por los exploradores de España.

En esta plana publicamos dos notas gráficas de la llegada á Santander de los exploradores chilenos.



Santander.—Los exploradores chilenos saludando con su bandera al Real Palacio de la Magdalena, al llegar á Santander á bordo del «Orita», procedentes de su país



Santander.—Grupo de exploradores chilenos que forman parte de la Delegación que la República envía al campamento internacional reunido en el recinto de la Exposición Internacional de Barcelona

(Fots. Del Río)